



Benito Más y Prat

Hojas secas

Índice

A la memoria de mi padre
Prólogo
Primera parte
Crepúsculos
Quietud del hogar
 Fragmento
Cantares
Un cuento azul
 Oriental
A un retrato
El Valle de Andalucía
Cantares
El primer crepúsculo
La cestilla
 Balada
A una rosa entreabierta
 A...
Al Guadalquivir
Tres besos
 Balada

Ausencia
Cantares
Una tarde en el Genil
 A mis amigas...
 Barcarola
Presentimientos
 Oriental
La nube del alba
Cantares
Celos
 Oriental
A Lucídea
 Anacreónica
Recuerdos de Andalucía
 Fragmentos
El adiós de la golondrina
 En un álbum
La súplica de Aliatar
 Oriental
El canto del cisne
 Fábula mitológica
A Aurora
 Seguidillas
La ermita del Valle
El último crepúsculo
Segunda parte
Noches de luna
Introducción
 Armonías de la noche
Graziella
 Nocturno
Una noche ante Écija
 Meditación
¡Más allá!
 Nocturno
Una nube
 Oriental
A la luz de mi lámpara
 Nocturno
La luna de primavera
 A...
¡Horas que huyen!
 Nocturno
Al sueño
Luz y sombra
 Nocturno
Noche triste
 Nocturno
A...
 Serenata

La lluvia de estrellas
 Nocturno
En el Adriático
 Barcarola
Misterio
 Meditación
La campana
 Nocturno
A una lágrima
 Nocturno
Ecos de un calabozo
 Versión libre de Lamennais
La hoguera de los recuerdos
 Romance
La ninfa del valle
 Balada
Nieblas de otoño
Melancolía
 A un amigo
Un nocturno de Beethoven
Noche andaluza
 Romance
Un búcaro de flores
Tercera parte
 Dedicatorias
 Un sueño de Allan Kardec o El mundo de los espíritus
 Fantasía espiritista
 Dedicada a mi querido amigo Francisco Monsalve
 Visión primera
 El opio
 Visión segunda
 Los espíritus
 Visión tercera
 El planeta Júpiter
 Visión cuarta
 Julnius
 Visión quinta
 Noche
 Visión sexta
 Los campos Elíseos
 Visión séptima
 La ciudad aérea
 Visión octava
 Las almas simpáticas
 Visión última
 La mansión de Pitágoras
 Conclusión
 El poeta
Epístola
 A mi querido amigo D. Pedro Román

Oda a la inteligencia
Leída en la solemne apertura del C. M. de Sevilla
Adiós a Rossina
Destrucción de Nabod
Profecía de Abiathar
Canto bíblico dedicalo a mi amigo el presbítero D. J. J. B.
Al dinero
Poesía leída en el Coliseo Ecijano en Diciembre de 1869
Las hojas secas
A la eminente trágica Carolina Civili, en su álbum
En la catedral de Sevilla
A mi querido amigo D. Aurelio Orduña
Una esperanza perdida
A mi simpática amiga Lola
La batelera
Balada
Para el álbum de mi joven amigo Juan Pérez
A Cástulo
A mi amigo D. Juan Llorente
La orgía en el Tíber.
Romance
A mi buen amigo D. Vicente Aceña
A un crítico
Soneto único

Índice alfabético
¡Adiós, mujer! en el revuelto lecho
A la fiesta las niñas
Alga perdida sobre el mar del mundo
Allá velado en los opacos tules
Amarga flor encendida
-Ayer, ingrata Zulema
Blanco jazminillo
Cástulo; si el espíritu maligno
Ceñida de relámpagos la frente
Ceñido el arnés brillante
César llegó con su preciosa carga
Clavelillo encarnado
Como tus rojas hermanas
Concha, la última mirada
Crítico, te aconsejo
Cruzando aquí un plantel de clavellinas
Cruzando va por el Tíber
Cuando en la tarde del Otoño triste
Cuando la oración caía
Cuando las brisas húmedas de Otoño
Cuando te vi y te amé por vez primera
¡Cuánta amargura, lágrima preciosa

Del sol en el ocaso los trémulos matices
Del vespertino celaje
De mi búcaro exijo, reina rosa
Desde los verdes valles andaluces
De una rama siempre hojosa
Dícenme que denuestas a mi musa
Diz que hay noches en el Bósforo
En el bullicio del mundo
En las aguas del Eurotas
Entre purpúreos matices
Entre Saturno y Palas suspendido
En un marmóreo, arábigo retrete
¡Es ella, sí, es mi amada! esa es su frente
Estoy cerca de ti, tu blanca mano
Es un alcázar de mármol
Es un pequeño y delicioso valle
Hay en la isla de Prócida
Hay una ninfa gentil
¡He aquí la pequeña ermita
Hijos espúreos de Israel y Sara
-La luna besa tu blanca frente
La luna va iluminando
La noche sobre los valles
La pálida luna se quiebra en tu reja
Lectora, si por mi dicha
Lloro cuando no me ves
Melancólicas (9) nieblas
Mientras que pude llorar
Miro el valle andaluz lleno de flores
Miro en redor de mí y hallo la sombra
Morenita del Tajo
Muestra el cielo torvo ceño
Nardo oloroso, huésped del alcázar
Náyade blanca, que en las tenues ondas
Niñas, la noche tiende su manto
No me cerquéis de pámpanos
No quiero las riberas
No sé por qué tu rápido oleaje
¡Oh, qué grata es la ribera
Os vi meceros con vaivén violento
Otro día cayó por Occidente
Penetraron los viajeros
Perdóneme el jazmín y la azucena
Pláceme cuando el desvelo
Pobre lirio campesino
Por fin huyen las sombras de la noche
¿Por qué vuelan tan rápidas las horas
Pronto de los ligeros velocípedos
Puesto que a Juan y Juana y Pedro y Pablo
¡Qué deliciosa mañana!...

¿Qué fugitivas chispas luminosas
¿Qué hay en la choza de Bempo
¿Qué medroso rumor el duelo vierte
¿Quién a mi patria volverá mi paso?
¿Sabéis lo que es misterio? el ser incomprendible
Si os place oír el arpa de las sombras
Si una kadsida moruna
Sobre una andaluza yegua
¡Sueño, ser misterioso
Tierna zagaleja
¡Tranquila noche! del Genil sonante
¡Un nocturno alemán! ¿oís? la mano
Valle, contempla la feraz campiña
Ven, tierna y delicada sensitiva
Viste el Delirio túnica flotante
Ya con su rojiza lengua
Ya declina la tarde: en torno mío
Ya el pabellón de estrellas
Ya el sol envuelto en sábanas de oro
Ya iba el alba robando a los luceros
Yo besé una sensitiva
Zagala morena

¡Hojas del árbol caídas
juguete del viento son!...
ESPRONCEDA

A la memoria de mi padre

¡Qué triste cosa es contemplar la infancia desde la edad de la razón,
cuando los placeres se van y el porvenir se oscurece!

Pasan aquellos años, aquellas dichas y aquellos seres; y apenas si
queda rastro en el lugar donde fueron.

Hoy que lanzo al viento mis HOJAS SECAS ¿a quién he de dedicarlas,
más que a la memoria sagrada del autor de mis días?

Recibe, padre mío, el pobre presente de tu hijo
Benito

Prólogo

Este libro no lo necesita: su autor lo ha concedido así tácitamente
al encomendarme tamaña empresa. Si lo necesitara, estoy seguro que las
reputaciones de nuestra patria no se desdeñarían de estampar su nombre en
la primera página, porque las HOJAS SECAS del Sr. Mas y Prat son una nueva

joya que viene a enriquecer el catálogo brillante de nuestra literatura.

A no estar seguro de robar a mis lectores sus impresiones más gratas, extractaría algunas de sus muchas bellezas; pero no quiero espigar el campo, creería una profanación cortar las flores para presentarlas en mi vaso, pudiendo mostrarlas lozanas y olorosas en el tallo que las vio nacer.

Hijo de la privilegiada Andalucía, inspirado en los valles del poético río por el cual suspiran aún los descendientes de los Omeyas, los cantos del Sr. Mas y Prat tienen el tinte voluptuoso de las veladas del Generalife.

Dos cosas le distinguen de esa pléyade de rimadores adocenados; la variedad de entonación en los distintos géneros, y el tinte melancólico que los envuelve. Sus concepciones no son un día de sol en la región abrasada de los trópicos, sino una tarde apacible en la templada zona del mediodía; no deslumbran por soberbios conceptos, sino por imágenes delicadas.

Cuatro composiciones abarcan y destacan, por decirlo así, su carácter. A un retrato, Más allá, Melancolía y la preciosa oda En la Catedral de Sevilla.

La titulada A un retrato respira esa misteriosa voluptuosidad de las primeras impresiones: síntesis completa del arrobamiento amoroso, estereotipa esa afección verdadera que con tal diversidad se caracteriza, ya por los sacerdotes del espíritu, ya por los obcecados apóstoles de la materia.

Perdóneme el lector si fallo a mi propósito; he aquí cómo exclama el poeta contemplando el retrato de su amada:

¡Todo es en vano! mis continuos besos
no logran reanimar esta vitela,
aunque al contacto ardiente de mi boca
sus insensibles átomos se queman.

¡Ondas de mi Genil, que tantas veces
reflejasteis su imagen hechicera,
con más placer que el junco de las márgenes
y el rosado matiz de las adelfas!

Decidle cuando el mundo esté dormido
y ella sueñe en mis lágrimas despierta,
que le mando en un rayo de la luna
todo el cariño que mi pecho alberga.

Decidle que es su aliento más süave
que el perfume del nardo y la violeta,
y su boca más dulce y más sabrosa
que los frutos de Nápoles y Hesperia.

Dios lä hizo surgir ante mi paso
como surge el oasis en la arena,
la fuente cristalina en la montaña

y el árbol en la sábana desierta;
Como esas tenues lámparas nocturnas
que en las azules bóvedas se cuelgan,
cuando manda a los ángeles que arrollen
el crespón que tendieron las tormentas.

No puede darse más facilidad en la versificación, más belleza en las imágenes, ni más delicado sentimiento.

Distingue principalmente a esta poesía la espontaneidad que revela; el corazón del poeta se siente palpar en sus estrofas, y parece destacarse de ellas el perfil de la mujer amada. La inspiración lo ha hecho todo, el arte apenas ha concertado los trazos.

Siguiendo mi método de buscar el carácter del autor del Mundo de los Espíritus por sus creaciones, citaré el nocturno ¡Más allá!

Aunque vive soñando, y como dice en sus Armonías,

...Cuando truena el bronce en las ciudades
y se hunden en el légamo los tronos,
ensaya sobre el arpa suaves tonos
y olvida el ronco acento del cañón,

no por eso se exime de pagar el debido tributo al siglo de las revoluciones; la duda le atormenta, fluctúa en el dédalo de sistemas filosóficos y religiosos, rompe por fin con las queridas tradiciones de su niñez, y exclama, contemplando los lugares donde aspiró la fe cristiana de sus padres:

Miro el valle andaluz lleno de flores
donde huyó para siempre mi niñez,
donde arrullaron mis primeros sueños
las brisas perfumadas de la fe;

Donde un nombre, por grande incomprendible,
mi madre me enseñó a balbucear,
y digo al evocar aquellas horas:
¿por qué no ha de existir un más allá?

Esta poesía es la personificación de la duda, pero no de esa duda fría que mata cuanto toca, que hiela cuantos sentimientos caben en el corazón del hombre, sino ese estado del yo humano recomendado por Descartes, capaz de todas las modificaciones que le imprima la verdad manifestándose racionalmente.

No puede decirse lo mismo de la titulada Melancolía, sin disputa de las más notables del tomo: parece marcar una época de pesares en la existencia del poeta, es el grito de dolor de un alma abatida por el sufrimiento, la espuma del pesar que salta hirviendo del vaso de la vida.

He aquí sus últimas estrofas:

Pobre estoico sin fe, sin esperanza.
Me deslizo en la escéptica Babel,
sobre el plano inclinado de la duda,
sin mañana ni ayer.

En vano en torno mío se suceden
las galas de la fértil creación,
y se abrazan los cielos y la tierra
en ósculos de amor.

En vano pasan en ardiente giro
blancas apariciones ante mí,
tendiéndome risueñas y livianas
sus brazos de marfil.

Ya no encienden el mármol de mi boca
sus incitantes labios de coral;
¡la atmósfera de fuego y ambrosía
no puedo respirar!

Acaso si en el cielo de mi vida
surgiera el ángel del primer amor
y en la vacía copa de mis goces
dejara una ilusión;
cuando la tarde triste y melancólica
en nuestros valles declinando va,
el día con las sombras de la noche
se complace en luchar,
otra vez a las pobres golondrinas,
que van de estos lugares a partir,
y miran silenciosas las cabañas
donde anidar las vi,
con las tiernas endechas de mi arpa
pudiera en su viaje detener,
que a ellas dije mis tristes confidencias
cuando amores canté.

Mas ¿cuándo vuelve a su desnuda rama
el fruto seco y la marchita flor?
¿Cuándo vuelve a brillar en nuestro cielo
la perdida ilusión?
¡Ríos que sorbe el mar del desengaño
son los fáciles sueños del placer,
sus olas limpias y azuladas
podrán retroceder!

¡Qué perfectamente justifica su título esta poesía! ¡Qué pesar tan intenso revelan esas estrofas! Bien dice el poeta: Alga perdida sobre el mar del mundo, no sabe dónde le lleva el huracán de sus pasiones.

Dignas de notarse son las interiores composiciones, mas ninguna tanto como la oda En la Catedral.

Siempre melancólica, elevada por grados y cadenciosa sin descanso; hasta en el descuido de su versificación muestra el verdadero ánimo del

poeta y revela sus más íntimos sentimientos.

El hombre en perpetua lidia con el destino, la inteligencia falible pugnando por descifrar el eterno misterio de nuestra existencia actual y futura, la lucha de la fe y la razón; esto y algo más significa la oda a que nos referimos, y la cual parece llevar el sello imperecedero de nuestro siglo. Si la lira del Sr. Mas y Prat no hubiera sido feliz al arrancar esos acordes, el solo espíritu de la composición bastaría a hacerla apreciable ante la crítica.

Medítese este valiente trozo:

Trémulo he interrogado a las estrellas,
al sol radioso que en Oriente arde,
a esas creaciones múltiples y bellas
que cubre con sus besos por la tarde;
a cuanto vive en torno,
a cuanto yace en el profundo abismo,
a esta llama increada
que siento arder espléndida en mí mismo;
y al darme una respuesta misteriosa,
cuya razón a descifrar no acierto,
he inclinado la frente fatigosa
creyendo siempre que soñé despierto.

La filosofía moderna satura, por decirlo así, esta composición, sin matar el sentimiento; la imagen de la humanidad, luchando con el oscurantismo y encendiendo el fuego sagrado de la Ciencia, se encierra en estas exclamaciones:

¿Qué hay detrás de la muerte?
¿Qué hay antes de la vida?
¿Qué término nos fija allá la suerte?
¿Cuál es del alma el punto de partida?

El suspiro de desaliento de la inteligencia humana, al perderse en el dédalo de hipótesis contradictorias, para cuya explicación son impotentes las funciones racionales, se traduce perfectamente en esta melancólica estrofa:

¿Por qué en este recinto
donde no llegan nunca los rumores
del mundo revoltoso,
donde el misterio a la oración convida,
no halla siempre reposo
el viajero cansado de la vida?

Triste consideración que aparta el ánimo de los preceptos teológicos y que, llevando nuestra inteligencia por el espacio sin límites de las

ideas, hace que vuelva a caer fatigada sobre la tierra buscando, como el poeta,

...la paz del alma
y la flor sin perfumes del olvido.

Suficientes creo los ligeros rasgos que anteceden para bosquejar, siquiera sea de una manera vaga, el carácter del Sr. Mas y Prat y el valor filosófico de sus HOJAS SECAS; pero no debo pasar en silencio, antes de abandonar el campo de las creencias, su poema fantástico El Mundo de los espíritus. Trabajo notable que cumple el propósito para que ha sido escrito, y que, por lo extraño de su asunto, se presta a las galas poéticas con que el autor sabe revestir sus conceptos; no sé qué admirar más en él, si la fluidez de su versificación y perfecto desarrollo, o la enseñanza moral que encierra en su doble objeto crítico-filosófico.

Sabido es, que en pleno siglo diez y nueve existe una escuela visionaria cuyos cándidos adeptos creen en las apariciones de la Edad Media, y ensayan en el trípode las sandeces de Merlín y de Nostradamus.

Allan Kardec, primer profeta de la secta espiritista, de cuyos principios, medios y fines no creo deber ocuparme por ser bastante conocidos y no permitirlo las dimensiones de este proemio, es el héroe de esta fantasía, y su viaje a Júpiter guiado por el Delirio y cabalgando en el Hipogrifo de Atlante, que inmortalizó Ariosto, la aventura que galanamente canta el poeta.

En el trascurso de este prodigioso viaje el cantor halla medio de poner de relieve nuestras costumbres y de apuntar de una manera original y agradable, tanto los deslices y aberraciones en que cae la secta espiritista, cuanto las de la sociedad humana en sus distintas evoluciones.

He aquí cómo describe la marcha social de Júpiter en la Ciudad Baja, que supone habitada por los irracionales que allí han trasmigrado:

«La pandilla más aleve,
de más débil condición,
forman en esta mansión
lo que se llama la plebe.

»Y la de mayor audacia
y mejor rango dental,
forma la clase social
que se llama aristocracia.

»Éstos oprimen a aquéllos
y unidos tejen la guerra;
fiel trasunto de la tierra,
todo va por los cabellos.

»Y hay clubs y revoluciones,

y asonadas y motines,
que promueven los mastines
y aprovechan los leones.»

Preciso sería, para dar una idea de lo intencionado y fácil de las redondillas que siguen, transcribirlas todas; pero no siendo esto posible, me contentaré con apuntar la notable reconvención que el Delirio da al Profeta cuando éste, admirado de hallar en los irracionales el reflejo de las costumbres terrenas, huye despavorido hacia el lugar más solitario. Hela aquí:

»Al cabo son pobres bestias,
estúpidas alimañas,
que en las terrenas montañas
tuvieron su habitación;
»cuya brújula es su instinto,
torpe, egoísta y rastrero;
brújula que el derrotero
no marca de la razón.

»¡Mas los hombres de la tierra,
que son de distinta esencia,
que orgullosos con su ciencia
desprecian a su Hacedor!
»¡Que una chispa de Dios mismo
creen encerrar en su alma,
que han de hallar al fin la palma
en otro mundo mejor!

»¡Que a pura hipótesis saben
que no valen lo que ellos,
ni los órdenes más bellos
de la escala irracional!
»¡Pues aun los seres que tocan
los límites racionales,
son al hombre desiguales
en el ángulo facial!

»Esos altivos señores
de cuanto abarca la tierra,
¿por qué se dan mutua guerra
y en su necia estupidez
»ávidos buscan placeres
y corren al precipicio,
de la ambición y del vicio
apurando hasta la hez?

No puede darse más galanura de estilo ni más originalidad en el

pensamiento; si el Sr. Mas ne tuviera otro mérito que su especial afecto a las ideas nuevas, le sería suficiente para granjearse el general aprecio. Tal vez algún crítico descontentadizo halle divergencia entre la parte que se refiere a la Julnius Baja, y la Ciudad Alta; pero el más sabido precepto de Horacio le dará la respuesta a mi juicio.

Nada más extraño y delicioso que la descripción de la Ciudad Aérea. Si algún defecto puede encontrarse es, a no dudarlo, lo parco que anduvo en esta creación, que de seguro le hubiera dado materia para un apreciable trabajo separado. Hay efectos tan nuevos, toques tan felices, descripciones tan originales, que parece al lector, al tocar la visión última, que se roba algo a sus miradas.

Veamos lo que salta a la vista de Kardec después de haber hallado, según la feliz expresión del poeta,

...el gran portento
de una ciudad segura sobre el viento.

La brillante sardónica que forma la puerta de la Ciudad se rompe al contacto de la mano del Genio, como el cristal tocado por el diamante, y aparecen las mansiones aéreas, en las cuales

...No hay piedra sobre piedra alzada,
ni material terreno se consiente;
el alcázar más bello y permanente
nube ligera y vaporosa es:
y hay edificios de impalpable humo,
y monumentos de nevada espuma,
y altivas torres de flotante bruma
con montañas de nubes a sus pies.

Aquel era el jardín de las delicias,
el hiram de los sueños seductores;
no hay ángulo sin hojas ni sin flores
ni contorno sin líneas de color.

Perpetua luz circunda sus palacios
y baña sus espléndidas moradas;
jamás soñaron imitar las hadas
sus pórticos de espuma y de vapor.

Una cintura de árboles y plantas
cada prodigio artístico rodea,
y el alma al contemplarlos se recrea
en una doble y plácida ilusión;
parece que el jardín de las Hespérides
sobre el templo de Júpiter irradia,
y los verdes laureles de la Arcadia
tejen una diadema al Parthenon.

Hay jazmines de lágrimas del día
y azucenas de ráfagas de luna,
camelias de vapor de la laguna
y dalias de arrebol crepuscular;
parras de escarcha, cuyas blancas hojas
suspendidas están en el vacío,
con apretadas uvas de rocío
que hace el soplo del céfiro oscilar.

No menos digna de notarse es la descripción del Valle de las almas simpáticas, donde se encuentran los que se amaron en la tierra; Laura y Petrarca, Beatriz y Dante, Julieta y Romeo, vagando entre aquellas flores etéreas y anegados en los éxtasis del espíritu, despiertan en el alma un sentimiento dulce y misterioso como el primer sueño de amor.

Larga tarea sería seguir rasgo a rasgo los felices toques de que está salpicado este pequeño poema; otras composiciones reclaman nuestra atención, y necesitando, por la poca pericia de mi pluma, acompañar estas indicaciones críticas con algunos trozos que las justifiquen, me permitiré pasar a otro asunto.

Lástima que el libro que nos ocupa no abunde en trabajos de la naturaleza de éste; las composiciones que lo forman, si bien todas fáciles, la mayor parte notables y muchas modelo de clasicismo lírico, no son de la índole de la que acabamos de notar y del nocturno Graziella.

Y ya que la nombramos, diremos algo de esta preciosa leyenda.

Dedicada a la memoria de Lamartine, poeta favorito del Sr. Mas y Prat, no tiene del autor francés más que el nombre.

Completamente original, por más que el abuso de dísticos le dé cierto sabor de imitación, más bien parece ocultar un recuerdo propio que una reminiscencia ajena; ni por su desarrollo, ni por su desenlace, se parecen en nada las aventuras de las dos pescadoras de Prócida.

Como la fantasía, adolece del defecto de ser demasiado concisa, cosa tanto más notable cuanto que, si algún defecto puede notarse en alguna de las bellas poesías líricas de que no hemos hecho mención, entre las que contamos El cuento azul y la oda Al sueño, es sin duda la ampliación, defecto común en los vates de nuestra patria, debido más a exuberancia de ideas que a falta de gusto poético.

Sencilla por demás esta leyenda, y versificada con esmerada facilidad, abunda en trozos inapreciables. Los romances, en particular, son verdaderamente clásicos, y en los demás metros usados es notable el canto titulado La Tempestad, como puede verse por las siguientes octavas, donde resalta la recomendada armonía imitativa:

Ya estalló el huracán: de furia lleno
alza la ola que iracundo hostiga,
y hasta que vuelve al turbulento seno
a elevarse en pirámides la obliga;
retiembla el monte al retumbar el trueno,
las nubes el relámpago castiga,

y el cráter del Vesubio, allá a lo lejos,
da a las sombras sus fúnebres reflejos.

César oye zumbir sobre su frente
aquella tempestad, que se desata
rodando por la atmósfera imponente
como breña por ronca catarata:
cercano el riesgo inevitable siente
y de acorrer a Graziella trata,
mientras en torno suyo el oleaje
dobla sus broncas voces de coraje.

Este bellísimo trozo, preparado con mano maestra, puede decirse que es de lo mejor de la leyenda: la situación excepcional de los amantes; el cambio repentino y natural de la confianza en peligro; los esfuerzos de César

por sostener el cuerpo de su amada,
que sobre el negro piélago se asoma
y en el fondo del barco se desploma;

el cuidadoso esmero del amante, que sin pensar en sí mismo

sobre la frente de su amada vierte
agua del mar, y en su continuo duelo
cubre de ardientes ósculos los ojos
que dieron antes a la luna enojos;

todo esto, repito, prepara perfectamente la calma que vuelve, descrita en estas dos felices y correctas octavillas:

De aquella negra mortaja
entre los rotos girones,
brillantes constelaciones
comenzaron a asomar:
la mano de la Esperanza
se posó en los elementos,
y los iracundos vientos
dejaron tranquilo el mar.

El rayo olvidó la encina
que tal vez amenazaba,
y el trueno que retumbaba
a sus cavernas rodó:
dejó el relámpago súbito
su luz pálida y medrosa,
y el alba de nieve y rosa

el horizonte bordó.

La facilidad, la sencillez y la pureza de dicción campean en esta leyenda; bien es verdad que el Sr. Mas y Prat no usa jamás las trasposiciones culteranas, ni abusa de las licencias del lenguaje trópico, vicio común en las letras españolas desde que el caprichoso Góngora y el romántico francés Hugo inocularon sus nocivas excentricidades.

No dejaré de conceder que así como lo sublime está cerca de lo ridículo, lo sencillo suele perderse en lo grosero; mas el genio que sabe evitar los escollos, brillará mejor con el atavío de la naturalidad que con el oropel romántico o el anfibológico culteranismo.

Después de las composiciones que dejo mencionadas, justo será que diga algo sobre un género favorito del autor: los orientales.

Apurado el gusto en la materia, la crítica moderna no se rinde a los halagos de los orientistas y sólo puede permitir a nuestros poetas que los usen con sobriedad y sólo por vía de indemnización a los malos ratos que les proporciona el estudio de la sociedad moderna.

El Sr. Mas ha conseguido, a pesar de esto, hacernos agradable el género en sus dos más acabados, Una nube y Presentimientos. La difícil facilidad de los preceptistas brilla en ambos y cada uno; y no vacilaré en asegurar que sólo en nuestro precioso romancero pueden hallarse algunos que se les asemejen. He aquí, del primero, la pintura de un árabe celoso en el misterio de su harén:

Esto dijo Abenamet
mesando su luenga barba
y llevando entre sus dedos
los crespos rizos de rabia.

Mas un beso de Zulema,
que riendo le escuchaba,
sobre un diván de Damasco
muellemente reclinada,
como el sol corta las nubes
cortó la duda en su alma,
y serenose su frente
que la tormenta anunciaba.

El titulado Presentimientos es especialmente un verdadero trabajo clásico; la mezcla monstruosa de caballerosidad y barbarie del siglo de los Almanzores resalta en él de una manera inimitable. He aquí su asunto. Una sultana dice a su amado que va a partir a la guerra:

-«No ciñas al ágil talle
áspera cota de mallas,
ni fatigues a tu yegua
con el peso de las armas.
»Viste, viste tu marlota
guarnecida de oro y plata,

y oprime el gallardo pecho
con los lazos de mi banda.
»Pon aromas al cabello
y peina la crespa barba,
respira amor y placeres,
no aspire humo y matanza.»

Delicada y ardiente súplica que, a pesar de hacer gran mella en el corazón de roca del moro, es contestada con esta bárbara y expresiva orden:

«¡Conmigo los de a caballo,
esa mujer a mi alcázar!...»

Frases que dicen toda la amargura del amante y toda la fiereza del guerrero.

Con pesar voy a concluir este prolijo análisis, haciendo notar una caprichosa particularidad que resalta en este libro: la carencia de sonetos.

No negaré, como indica nuestro joven poeta, que hay pocos buenos y muchos malos, que en esa composición no deben admitirse términos medios, y que todo mal coplero usa y abusa de él inconscientemente; pero esto no disculpa su capricho, puesto que por sus dotes está obligado a no despreciar el ornamento más clásico de nuestra literatura.

Resumiendo, pues, mis consideraciones, diré que el Sr. Mas y Prat es verdaderamente poeta; que versifica con facilidad, sin amaneramiento y con deliciosa cadencia; que tiene el delicado sentimiento de la escuela mística, sin participar de sus preocupaciones ni de sus extravagancias; y que entre la brillante pléyade de nuestros líricos, tendrá siempre un puesto y una rama de laurel.

Bien es verdad, que es a veces fútil en sus asuntos y no siempre intachable en la forma; pero ¿quién está exento de extravío? Es joven, tiene inspiración, y en sus concepciones bullen las ideas nuevas; la crítica no debe ser inflexible con el autor de HOJAS SECAS.

Réstame dar una ligera ojeada a las composiciones siguientes; mas en la imposibilidad de analizarlas por el rigor de los límites, recomendaré al lector El cuento azul, La ermita del valle, En el Adriático, la oda Al sueño, El primer crepúsculo y El mendigo; como así mismo El adiós a Rossina y el Nocturno de Beethoven.

No sé si habré cumplido mi propósito; tarea espinosa y difícil es rasguear un juicio crítico sin dotes para ello, pero si mis apreciaciones son erróneas, en cambio no pecarán de apasionadas, puesto que no me liga con el autor más que la simpatía natural de todo amante de las bellas letras. Lejos de mí la idea de haber hecho un trabajo correcto y concienzudo; sólo creo, al dar cima a mi tarea, que habré logrado excitar al lector a que hojee este libro; ya que por desgracia en el siglo que corre, tanto por sus aspiraciones cabalísticas, como por la abundancia de producciones de brocha gorda, suelen deslizarse ante el público, sin que éste se aperciba de su paso, mucho más si se notan en su texto esas líneas

escalonadas y desiguales que delatan al arte de Horacio.
Madrid, 1872.
Adolfo Biepma de Alarcón.

Primera parte
Crepúsculos

¿Recuerdas aquellas tardes andaluzas, en las
que leíamos juntos el Pablo y Virginia de Saint Pierre o el Rafael
de Lamartine?

Tú bordabas mientras yo leía, y cuando el crepúsculo no te
dejaba continuar tus labores, cogías uno de aquellos libros y tu voz
insinuante y argentina daba vida a aquellos cuadros encantadores que
hacían vibrar las cuerdas del sentimiento.

A esa época se refieren mis más ardientes cantos, y en ellos va
envuelto el recuerdo sagrado de nuestros primeros sueños.
MIS RECUERDOS

Quietud del hogar
Fragmento

-Muestra el cielo torvo ceño,
y los árboles cimbrea
del espacio el ronco dueño:
¡Echa, Tomás, otro leño
y aviva esa chimenea!5

Pronto el huracán bravío
arrancará los nogales
remolcándolos al río,
y vendrá el granizo frío
a azotar esos cristales.10

Pronto, al fugaz resplandor
del relámpago que espira,
seguirá el ronco estridor
con que acentúa el Señor
el lenguaje de su ira.15

Dichoso quien de su hogar
en la plácida quietud,
oye el trueno retumbar,
y a los abismos rodar
entre espumas el alud.20

Quien de la noche lluviosa
pasa la eterna vigilia,

a la lumbre deliciosa
que baña con luz dudosa
a su agrupada familia.25

¡Ay del pobre peregrino
que envuelto en mísero andrajo
sufre el rigor del destino!
Dios le señale el camino
de nuestra quinta del Tajo.30

Así la luz del portal
haga su rumbo más breve,
por el sendero fatal
que parte del robledal
invadido por la nieve.35

¡Truena!... el eco pavoroso
en la montaña retumba,
permita el cielo piadoso
librar al menesteroso
del alud que se derrumba.40

¿Palideces, hija mía?
¡Tranquilízate, Clemencia!
Esa ráfaga sombría,
es Dios quien la enciende y guía
y no hiere a la inocencia.45

Nunca, inocente, rehuyas
la indomable tempestad
ni contra su dolo arguyas;
venganzas son como suyas,
sólo hieren la maldad.50

Jamás esta quinta honrada
que cuenta sin cuenta Mayos
fue por el rayo tocada;
sólo en la regia morada
hace falta el para-rayos.55

Donde la virtud florece
y la caridad se asienta,
ni la inquietud se guarece
ni jamás se desfallece
al rumor de la tormenta.60

Esto dijo el anciano removiéndolo
el leño de la ardiente chimenea,
que una llama más viva esparció en torno
para que la verdad resplandeciera.

Llamó a la pobre niña que temblaba⁶⁵
como al soplo del cierzo la violeta,
y la sentó risueño en sus rodillas
en tanto que brillaba una centella.
-«¡Duerme! la dijo, el ángel de la Guarda
con tu abuelito por tu sueño vela»;⁷⁰
y aunque más ronco el trueno retumbaba
tranquilamente se durmió la nieta.
Año 1872.

Cantares

En el bullicio del mundo
solo estoy con mis pesares,
si alguno vive contento
que no venga a acompañarme.

La lápida del olvido⁵
he puesto sobre tu amor:
¡Ya puedes amar a otro,
por ti estoy rogando a Dios!

Aves que vais a mi patria
cruza felices el viento;¹⁰
¡ay, si yo tuviera alas
fuera vuestro compañero!

¿Te acuerdas, niña? ¡allí fue!...
Dijiste: ¡qué feliz soy!...
Me olvidaste y te olvidé...¹⁵
¡Lo que va de ayer a hoy!
Año 1872.

Un cuento azul Oriental

Pláceme historias pasadas
de andante caballería.
AROLAS

- I -

Pláceme cuando el desvelo
vaga en los flotantes tules

de un lecho de terciopelo,
decir mis cuentos azules,
porque son color de cielo.5

Sultana que te reclinas
sobre almohadones de plumas,
como las blancas ondinias
de las aguas cristalinas
en las móviles espumas:10

Oye, si place a tu oído,
mi cuento caballeresco,
de azul y rosa teñido,
perfumado y encendido
como el pebete arabesco.15

- II -

En un harén de Estambul,
entre perfumes y flores,
sándalo, perlas y tul;
una esclava de Gazul
lloraba cuitas de amores.20

Como esquivaba al sol la estrella,
la niña al moro esquivaba,
y él suspiraba por ella;
Gazul amaba a la bella
y ella por otro lloraba.25

A fuer de altivo y galán
es el moro noble y bravo;
pero tal sus cuitas van,
que a pesar de ser sultán
es las más veces esclavo.30

La nazarena se esfuerza
en no dar pábulo al fuego;
y él, aunque su orgullo tuerza,
no prefiere por la fuerza
lo que puede dar el ruego.35

Una noche que la luna,
por penetrar lo vedado,
entró en la estancia moruna
deslizándose importuna
por un ajimez calado,40

Con la frente pesarosa,
a los pies del noble moro,
halló postrada a la hermosa,

a la ráfaga dudosa
de una lámpara de oro⁴⁵

La nazarena gemía
y en sus amores soñaba;
y así sus quejas decía,
olvidando que la oía
el mismo a quien despreciaba:⁵⁰

«¡Oh! déjame, moro fiero,
que corte otra vez las olas,
que yo a tu alcázar prefiero
la cruz de mi caballero
y mis costas españolas.⁵⁵

»Déjame, que dame enojos
de este celaje el azul,
y húmedos están mis ojos
cuando el sol da visos rojos
a las torres de Estambul.⁶⁰

»¿Qué me valen tus consuelos
ni tus bárbaros amores;
qué me son tus terciopelos,
tus perfumes y tus velos,
tus pebetes y tus flores?⁶⁵

»¿Qué el susurro de esa fuente
de kioscos rodeada
que se arrastra lentamente;
qué tus pájaros de Oriente
presos en cárcel dorada?⁷⁰

»¡Ay mi vega de Granada,
ay mi Genil placentero,
ay mi patria idolatrada,
ay la divisa morada
que viste mi caballero!⁷⁵

»No te irriten mis enojos,
vuélveme, moro, a mi hogar,
y ante ti caeré de hinojos;
¡mira cuál están mis ojos
turbios de tanto llorar!⁸⁰

»¡Allí ilumina la aurora
el castillo de mi padre,
allí vela el que me adora,
allí está el sauce que llora
en la tumba de mi madre!«⁸⁵

Oyó Gazul de la esclava
el melancólico ruego,
y dijo, mientras rodaba
una perla que saltaba
de su pupila de fuego:90

«Bien sabe Alá que te aprecio,
aunque tu desdén me reta,
y que por tu amor desprecio
las vírgenes de más precio
del mercado de Damieta.95

»Bien sabe Alá que daría
por un beso de tu boca
mi bandera y mi gumía,
el cintillo de mi toca
y el faro de Alejandría.100

»Bien sabes tú, nazarena,
que soñé en tus labios rojos,
y que al verte en Cartagena
colgué a Zayde de una almena
porque puso en ti los ojos.105

»Pues bien, hermosa Gacela,
libre te deja Gazul,
tu española carabela
se hará mañana a la vela
en las playas de Estambul.110

»¡Parte! y que el ángel amigo
mueva las soberbias olas
hasta que encuentres abrigo;
mi corazón va contigo
a tus costas españolas.115

»De hoy más, nunca tu desdén
esquivará mis abrazos;
parte y llévate mi bien,
que en mi solitario harén
no he de buscar nuevos lazos.120

»Para ti elevé en mis playas
esos palacios dorados,
por cúpulas terminados,
que cercan cien atalayas,
con ajimeces calados.125

»Para ti sembré de rosas

sus kioscos orientales,
y en sus cámaras lujosas
puse fuentes olorosas
de transparentes cristales.130

»Pues todos esos primores
que te agrupé con usura;
kioscos, y cenadores,
y torres, y miradores
de árbiga arquitectura:135

»Puesto que solo me siento
y ya sé que no me amas,
cuando dejes tu aposento
desde el remate al asiento
serán presa de las llamas.140

»Y cuando bañe esa cumbre
el crepúsculo sombrío,
encendiendo esa techumbre
haré una antorcha que alumbre
la estela de tu navío.»145

Esto dijo el triste moro
con ronco acento a la esclava,
que, bañada en turbio lloro,
sus pies de hinojos besaba
calzados con seda y oro.150

Y en silencio recobrando
su tunecino alquicel,
y a lento paso girando,
la estancia regia dejando
cerró la puerta tras él.155

- III -

El alba en las nubes vuela
con alas de tibio azul,
y alumbra una carabela,
que se va a hacer a la vela
en las playas de Estambul.160

Es la carabela apresada
a la flota castellana,
que, cumpliendo su promesa,
devuelve Gazul ileso
a la cautiva cristiana.165

Ya el piloto a mandar iba
volver la quilla hacia Europa,

y aun dudosa la cautiva
de tanto bien, pensativa
se reclinaba en la popa,170

Cuando se vio que subían,
iluminando el espacio,
lenguas de fuego que huían,
y en su fuga destruían
las cúpulas de un palacio.175

Caen las piedras con estruendo,
y a los rojos resplandores
se van los muros hendiendo;
en sus escombros sumiendo
mármol, estucos y flores.180

Mancha el humo el limpio azul,
y el ávido fuego corre
por los muros de Estambul...
Del palacio de Gazul
no quedará ni una torre.185

Fiel el moro a la promesa
que hiciera a la hermosa esclava,
que en mal hora fue su presa,
convirtió en humo y pavesa
el alcázar que habitaba.190

Y en tanto el ancla en son grave
gimió al salir de las olas,
dejando libre a la nave,
que se lanzó como un ave
a sus costas españolas.195

A un retrato

¡Yo no os puedo decir cuánto es hermosa
como el azul y el oro en rica tela,
como luz de mi vida dolorosa
que en el mar de mis lágrimas riela!
AROLAS

¡Es ella, sí, es mi amada! esa es su frente,
blanca como los mármoles de Grecia;
esa es su boca de coral y nácar,
esos sus ojos de mirada intensa.

¡Qué hermosa está! Sobre su blanco cuello⁵
se deslizan las ondas de sus trenzas...

¡Oh, si estos labios que acaricio hablaran!

¡Oh, si estos ojos que contemplo vieran!

Imagen dulce de la amada mía,
que mis insomnios de dolor consuelas,¹⁰

¿por qué no miras y verás mi llanto?

¿Por qué no escuchas, sentirás mi pena?

¡Todo es en vano! mis continuos besos
no logran reanimar esta vitela,
aunque al contacto ardiente de mi boca¹⁵
sus insensibles átomos se queman.

Inmóviles están sus rojos labios,
no se alza seductora su cabeza,
fijas están sobre su blanco cuello
las ondulantes líneas de sus trenzas.²⁰

¡Oh! ¿por qué siendo el alma de mi alma,
la vida que circula por mis venas,
lejos estoy de la que adoro tanto,
bebiendo el jugo amargo de la ausencia?

¡Ondas de mi Genil, que tantas veces²⁵
reflejasteis su imagen hechicera,
con más placer que el junco de las márgenes
y el rosado matiz de las adelfas!

Decidle cuando el mundo esté dormido
y ella sueñe en mis lágrimas despierta,³⁰
que le mando en un rayo de la luna
todo el cariño que mi pecho alberga.

Decidle que es su aliento más süave
que el perfume del nardo y la violeta,
y su boca más dulce y más sabrosa³⁵
que los frutos de Nápoles y Hesperia.

¿Habéis visto el lucero de la tarde
cuando con blancas ráfagas os besa?
¿Habéis visto las nubes de la aurora
cuando el sol las esparce o las condensa?⁴⁰

Dios lä hizo surgir ante mi paso
como surge el oasis en la arena,
la fuente cristalina en la montaña
y el árbol en la sábana desierta;
como esas tenues lámparas nocturnas⁴⁵
que en las azules bóvedas se cuelgan,
cuando manda a los ángeles que arrollen
el crespón que tendieron las tormentas.

¡Cuántos recuerdos, seductora imagen,
tus delicadas líneas me despiertan!⁵⁰

¡Cuántos recuerdos, que pasaron rápidos
como pasa la alondra por las selvas!

Pláceme el evocarlos uno a uno,
porque forman mi única riqueza,

y son más gratos a mis dulces sueños,55
que a los del rico avaro las monedas.

Pláceme recordar aquellas noches
con sus rayos de luna y sus estrellas,
de caricias y amores perfumadas
y de placeres misteriosos llenas.60

Que es dulce deleitarse en un recuerdo
oculto como un lago entre la niebla,
para el viajero que su cauce ignora
y cruza indiferente por la selva.

Al mundo se lo velo, y lo descubro65
al triste corazón cuando se queja,
que el raudal de placer que hay en mi pecho
sólo hay una mujer que lo comprenda.
Año 1869.

El Valle de Andalucía

- I -

Allá velado en los opacos tules
de la flotante y vaporosa bruma,
al fin mis ojos contemplarte pueden
siguiendo al ave que el espacio cruza.

Mas no cual antes de esmeralda henchido,5
mas no vistoso cual mi afán te busca;
no con espigas que llenara Ceres,
no con tus prados de olorosa púrpura.

Ya, Valle hermoso, el colorín parlero
que el alba estiva trinador saluda,10
que el claro arroyo de pequeño cauce
con sus alillas de color enturbia,

No posa, no, sobre las verdes ramas
del alto pino y de la encina ruda,
ni los arrullos de perdida tórtola15
la pastorcilla enamorada escucha.

Ya no contemplo en las tendidas eras
oro que limpia plateó la luna
en clara noche de ardoroso estío,
rica estación de sazoadas frutas.20

Ya no contemplo las hojosas vides
con sus colgantes de apretadas uvas;
ni la guitarra vibradora escucho

que el andaluz enamorado pulsa.

Ya, cuando Febo tras azul y grana²⁵
sobre las nubes el Olimpo surca,
en vez de espigas, de pintadas flores,
baña arboleda de verdor desnuda.

Que ya, no el aura que meció las hojas,
mas Aquilón embravecido zumba,³⁰
y huyendo Progne a la abrasada Libia
quéjase triste Filomena oculta.

¡Cuál se deslizan las ligeras horas!
ayer matices de estival verdura,
hoy negros tintes de invernal tristeza,³⁵
¡cuál vence el tiempo en su continua lucha!

También mi dicha, pintoresco Valle,
cual copo blanco de ligera espuma
voló, trocando su matiz de rosa
entre la sombra del pesar oscura.⁴⁰

También las flores de carmín y oro
que rodeaban mi tranquila cuna
se marchitaron, cual el mustio nardo
que crece al pie de solitaria tumba.

También ¡oh Valle! cuando a verte vuelvo,⁴⁵
árido campo mi ilusión vislumbra,
que cruzo el mundo cual la seca hoja
que al precipicio arrebató la lluvia.

- II -

Ya el arroyo, que manaba
como cinta trasparente,⁵⁰
que en juncos se desataba
y entre flores serpeaba,
es devastador torrente.

Ya las hojas desprendidas
vuelan del Austro agitadas,⁵⁵
y las ramas sacudidas
tórnanse descoloridas,
por las lluvias azotadas.

Ya la linda espigadera,
del sol poniente a la luz,⁶⁰
no canta alegre en la era,
escuchando placentera
al segador andaluz.

Ni la guitarra halagüeña
alegra el florido prado;65
ni la hermosa malagueña
el pie diminuto enseña
en cintas aprisionado.

Las flores se marchitaron,
las golondrinas huyeron,70
y los árboles dejaron
las hojas que les legaron
las estaciones que fueron.

Mas, presto la Primavera
con su manto de alegría75
envolverá la pradera,
y vendrá el ave parlera
al Valle de Andalucía.

Y vendrán los colorines,
al despuntar la mañana,80
a sus agrestes jardines,
do se mecen los jazmines
sobre alcatifas de grana.

Y prestará el lirio olores,
y la rosa sus capullos;85
el tulipán sus colores,
la tórtola sus arrullos,
y las auras sus rumores.

Y la linda espigadera,
del sol poniente a la luz,90
cantará alegre en la era,
escuchando placentera
al segador andaluz.

Y entonces, Valle preciado,
cuando luzcas tu contento,95
de mil flores matizado,
habré la palma alcanzado
de mi amargo sufrimiento.

Que en vano puedo querer
que vuelvan pasadas dichas;100
que nunca suelen volver
las que torna el padecer
en incansables desdichas.

Desdichas, que cual el mar

cuando ruje la tormenta,105
saben las dichas tragar;
y en sus antros devorar
cuanto hermoso se presenta.
Año 1866.

Cantares

Yo besé una sensitiva
y se plegaron sus hojas;
si no me cierras tu pecho
deja que bese tu boca.

Ayer te cogí una flor⁵
y la arrojaste al suelo;
dime si con mi cariño
lo mismo harás con el tiempo.

Ni una lágrima me queda
en las urnas de mi alma;10
si quieres que llore sangre
dime que ya no me amas.

El primer crepúsculo

Le feu des étoiles
commence à pàlir.
BERNIS

- I -

Por fin huyen las sombras de la noche
y viene la luz pàlida del alba,
a ahuyentar de mi insomnio y de mis duelos
las medrosas cohortes de fantasmas.

¡Oh, con cuánto placer la veo filtrarse⁵
por el turbio cristal de mi ventana,
bañando débilmente los objetos
con los blancos matices de sus ráfagas!

¡Oh, con cuánto placer abro los ojos
en los que va a oscilar la última lágrima,10
y los derramo avaros por los ángulos

donde gime la sombra avergonzada!

Huye, noche fatídica y sombría,
que el corazón con duelos despedazas,
y hielas nuestra sangre en las arterias¹⁵
con tus cuadros de tintas funerarias.

Huye, que a solas mi pesar devoro
y me punza contar tus horas largas;
porque tengo un dolor, por cada golpe
que lanza a tu silencio la campana.²⁰

¡Oh, qué inmenso raudal de luz y amores
en tus pardas tinieblas encontrara,
si un aliento de fuego me envolviera
y unos brazos de nieve me enlazaran!

¡Oh, qué dulce será trocar un lecho²⁵
en tálamo sagrado de dos almas,
que se eleven unidas de la tierra
para anegarse en mutuas confianzas!

¿Qué me valieran, noche, tus legiones
de quiméricos sueños y patrañas?³⁰
¡Si sólo con un sol vais fugitivas!
¿Qué hicierais con los ojos de mi amada?

Huid, huid, tinieblas; por el monte
bajando va la luz de la mañana,
y la flor que recibe su rocío³⁵
se viste con su traje de escarlata.

¡Qué preciosos matices colorean
las puertas del Oriente sonrosadas,
y cómo el sol su túnica de oro
va dejando caer sobre las aguas!⁴⁰

Las nubes en azul, púrpura y nieve
huyendo por la atmósfera se bañan,
y fingen en sus juegos caprichosos
alamedas, campiñas y cascadas.

¡Con qué placer el pájaro dormido⁴⁵
tiende en el aire las ligeras alas,
libre de las tinieblas azarasas
que sólo le brindaron asechanzas!

¡Con qué trinos la alondra va subiendo
hasta perderse en las azules sábanas,⁵⁰
buscando a su inocente compañera

que con alegre cántico la llama!...

¡Ay, salve, aurora! tu rosado manto
tiende sobre el abismo de mis lágrimas,
y ¡lleva entro tus rayos apacibles⁵⁵
esta queja hacia el lecho de mi amada!

- II -

Salve, ráfaga primera
de los albores diurnos,
tú los fantasmas nocturnos
truecas en aire y vapor:⁶⁰

Y levantas a las flores
que, con lánguida pereza,
inclinaron la cabeza
de las sombras al amor.

Tú sobre las nubes flotas⁶⁵
al despertar la mañana,
y con encajes de grana
bordas la bóveda azul;
tú viertes sobre los campos
tus ánforas de rocío,⁷⁰
y de las brumas del río
coloras el leve tul.

Cuando por el hondo valle
tu pálida frente asomas,
se levantan las palomas⁷⁵
de sus lechos de verdor:
y van unidas en bandos
a beber en la laguna,
donde el disco de la luna
va perdiendo su fulgor.⁸⁰

Ya el pastor con su rebaño
por la montaña desfila,
de la metálica esquila
al monótono sonar:
y el labrador codicioso⁸⁵
cruza con la yunta el prado,
preparando el corvo(1) arado
que la tierra ha de domar.

La tosca cabaña humea,
y se oye el áspero ¡alerta!⁹⁰
que lanza desde su puerta
el inteligente can:
y van cruzando los prados
las tostadas segadoras,

bellas como las pastoras⁹⁵
de los valles del Jordán.

Tal vez, del rústico techo
bajo el pórtico de parra,
de la andaluza guitarra
suena la argentina voz: ¹⁰⁰
y entre tan varios rumores
el mundo va despertando,
y el sol su carro lanzando
sobre las nubes veloz.

Como el sultán Nazarita¹⁰⁵
deja el tálamo de plumas,
él de su lecho de espumas
levanta la regia faz:
y sobre campos de púrpura
que bordan nubes de plata, ¹¹⁰
deslumbrante catarata
lanza sus olas de paz.

¡Luz! Luz, el ave te llama
y el insomne te desea;
tu antorcha al pobre recrea ¹¹⁵
porque brillas para él:
sólo el rico, que entre orgías
pasa la noche afanoso,
sumido en letargo ocioso
te olvida bajo el dosel. ¹²⁰

De tus ráfagas al brillo
mal los vicios ocultara,
y en su rostro se marcará
la vergonzosa señal:
por eso en la noche larga, ¹²⁵
en desenfrenada orgía,
parodia la luz del día
con la luz artificial.

Fuegos fatuos, que aparecen
cual luminosas estrellas, ¹³⁰
fingen virtudes las bellas
y tiñe el carmín su tez:
virtud dudosa, mentida
como el tinte de su boca;
virtud que al vicio provoca ¹³⁵
con fingida candidez.

La llama de las bujías
en los trajes reflejando,

parece que va rielando
en un lago de color:140
y en incitante abandono,
de placer y vicios llenos,
palpitan mórbidos senos
a su tenue resplandor.

Y giran en torbellinos145
en mil vueltas confundiéndose,
en la atmósfera meciéndose
impregnada de azahar:
o se recuestan rendidas
en pabellones de aromas,150
como aturcidas palomas
cansadas de voltear.

Visiones de las tinieblas
que rayos de luz circuyen,
al nacer el día huyen155
para ocultar su rubor;
como mágica cohorte
de forma dudosa y vaga,
que el dedo de alguna maga
evocase en derredor.160

¡Ay de los que el alba amiga
halla al besarles los ojos
hinchido el pecho de enojos
y cansados de gozar:
en vano entre las tinieblas165
ocultarán sus dolores;
en vano buscarán flores
donde espinas han de hallar.
Año 1870.

La cestilla
Balada

Puedes irme dando
veinte... ciento... mil...
NAVARRO

Zagala morena
de los ojos negros,
la del pie pulido,
la del alto seno;
deja que las ondas5

beban tus corderos,
que no avanza el lobo
si velan los perros.

El sol, tras el alba
alzose en el cielo¹⁰
con nubes de grana
en trono de fuego;

dorando los bosques,
besando los cerros,
y sembrando lirios¹⁵
al pie del otero.

Siguiendo a la diestra,
volviendo al siniestro,
dicen que a una fuente
nos lleva un sendero;²⁰

sus aguas son claras,
y forman un cerco
con álamos blancos,
los álamos negros.

De juncos tejidos,²⁵
pintados y secos,
con leves labores
allí tengo un cesto.

Tiene por adorno
tres lazos de fuego,³⁰
y tres, azulados
con borlas y flecos.

Entre hojas verdosas
y flores, cubiertos,
encierra maduros³⁵
mil frutos diversos.

La fresa encendida,
y el dátil honesto
que crece en las palmas
hijas del desierto.⁴⁰

Las uvas doradas
del verde viñedo,
tendrás alternando
con pomos y peros;
y tersa granada,⁴⁵
que en túrbidos velos
oculta de néctar
los granos pequeños.

Cerezas y guindas,
que en grato himeneo,⁵⁰
graciosas enlazan
sus cabos revueltos.

En fin, cuantos frutos
nos brindan los huertos
desde el rojo Estío⁵⁵

hasta el cano Invierno.

Si esto no te place,
si no basta esto,
te daré... ¡no huyas!...
uno, dos, tres besos,60
ocho, diez y doce,
veinte, treinta... ciento,
a ver si me quieres
como yo te quiero.

Zagala morena65
de los ojos negros,
la del pie pulido,
la del alto seno;
deja que las ondas
beban tus corderos,70
que no avanza el lobo
si velan los perros.
Año 1867.

A una rosa entreabierta

A...

¿Qué es más que el heno a la mañana verde,

seco a la tarde?
RIOJA

- I -

Como tus rojas hermanas,
ávida de luz y amores,
abres tus hojas livianas
en las primeras mañanas
de la estación de las flores.5

Lucha tu seno plegado
por conservar el perfume
que tu cáliz ha formado,
mas por contemplar el prado
tu pétalo se consume.10

En tu imbécil ambición
importunas a la brisa,
hinchida de presunción,
pidiéndole la impresión
de su ligera sonrisa.15

Y al sol que va apareciendo,

y al ave que va cruzando,
parece que estás diciendo:
-¡Ved cuán bella voy creciendo,
nuestra pradera esmaltando!20

-¡Ved cuál las hojas suspiran
de mi beldad envidiosas,
ved cual en círculo giran
y embelesadas me miran
abejas y mariposas!25

Esto dices, contemplando
tu faz roja en la corriente,
por abrir ambicionando;
a torrentes derramando
los ámbares de tu frente:30

Esto dices, ¡ay cuitada!
por la vanidad herida
y el orgullo acariciada,
sin conocer que a la nada
lleva el exceso de vida.35

¿Qué es la tuya, más que el paso
de esa nube pasajera
desde el oriente al ocaso;
durable lo que la cera
vertida en ardiente vaso?40

¿Qué es más que un pliegue de bruma
que rompe frágil barquilla,
qué es más que una débil pluma,
un copo de blanca espuma,
un relámpago que brilla?45

¡Si tu corola has de abrir
para verla deshojar!
¿Por qué pugnas por lucir,
si tan pronto has de morir
y tan poco has de gozar?50

Plega, plega flor preciada
tu clámide sonrosada
si por ello no te enojas;
ya que mueras olvidada
guarda el perfume en tus hojas.55

No escuches la baja ola
que te adula desde el río,
ni a la servil amapola;

no te incite la aureola
que da a tu frente el rocío.60

Que es tu vida el fácil paso
de esa nube pasajera
desde el oriente al ocaso;
durable lo que la cera
vertida en ardiente vaso.65

- II -

Rosa, sin duda deliras,
y en tu delirio orgulloso
por desplegarle suspiras,
no conociendo las iras
de este mundo proceloso.70

Vana será tu hermosura,
tu pureza y tu fragancia;
sólo probarás tortura,
sólo tendrás amargura,
sólo verás inconstancia.75

Si fueras limpio diamante
o esmeralda transparente,
el hombre ciego, anhelante,
en su ambición impaciente
te guardara delirante.80

Y si tu tallo inodoro
y tus hojas peregrinas
fuesen de plata o de oro,
no guardarán tal tesoro
esas punzantes espinas.85

Mas si eres rica en colores
y poderosa en aromas;
si por reina de las flores
te cantan los ruiseñores
y te arrullan las palomas;90

No seduce tu color
al avariento mortal,
que no aprecia tu candor
porque a la más pura flor
prefiere siempre el metal.95

Que el selam de los amores
no circula en los palacios
de los soberbios señores;
¡qué tienen que hacer las flores

donde brillan los topacios!100

Rosa, tus hojas inclinas
porque la pena te embarga;
y en mi canción adivinas
una verdad con espinas
porque es verdad muy amarga.105

Pero, si te hago llorar
otro te hará sonreír,
y al fin vendrá a resultar
que entre sufrir y gozar
vivirás hasta morir.110

Adiós, Rosa; ya el sol lanza
su última luz sobre el río,
y pues que todo es mudanza,
aduérmete en la esperanza
que es de la vida el rocío.115
Año 1869.

Al Guadalquivir

No sé por qué tu rápido oleaje,
que ondula sosegado
al retratar el plácido celaje
acariciando el prado;
no sé por qué tu espuma pasajera,⁵
tus márgenes de flores,
encienden de mis lágrimas la hoguera
y hostigan mis dolores.

No sé por qué, Guadalquivir tranquilo,
vengo triste a tu orilla,¹⁰
y en los escollos del pesar vacilo
cual trémula barquilla;
no sé por qué cuando la noche cierra
demándole consuelo,
y viendo muda a la dormida tierra¹⁵
alzo la vista al cielo.

No sé por qué, te digo, y estoy loco
cuando el golpe no siento
del triste corazón, que poco a poco
me dice mi tormento;²⁰
no sé por qué, te digo, y voy contando

las horas de mi pena,
y de gratas imágenes poblando
la atmósfera serena.

¡Ya sé por qué, Guadalquivir tranquilo,25
vengo triste a tu orilla,
y en los escollos del pesar vacilo
cual trémula barquilla!
¡Ya sé por qué tu espuma pasajera,
tus márgenes de flores,30
encienden de mis lágrimas la hoguera
y hostigan mis dolores!

Me falta el sol que tu oleaje besa
cuando el ocaso arde,
el lucero apacible que atraviesa35
las nubes de la tarde;
me falta el lirio azul de la pradera
que baña la laguna,
la virgen de los sueños hechicera
que baja con la luna.40

Tú, claro río, que también murmuras
y como yo te quejas,
y a veces cual mi alma, en ondas puras
tristes nubes reflejas,
vuelve, vuelve tus aguas hacia el valle45
donde suspira ella,
y antes que el arpa del poeta estalle
torna sobre tu huella.

¿Qué me valen ¡oh Betis! esas luces
de púrpura y de gualda,50
que coloran tus campos andaluces
y besan tu Giralda?
¿Qué ese de frutos, flores y arboledas,
espléndido tesoro;
tus alcázares llenos de alamedas55
y tu torre del Oro?

¿Que me vale que copies orgulloso
tanta belleza, y tanta
gala gentil del suelo delicioso
donde posas tu planta;60
si no ves en tus ondas retratada,
aunque te cause enojos,
la negra cabellera de mi amada
ni sus hermosos ojos?

Pregúntale al Genil, que es tan dichoso65

que la tiene en su orilla,
si es Véspero en la tarde más hermoso
cuando sin nubes brilla;
pregúntale si el alba tiene flores
más blancas que su frente,70
o el sol al descender más resplandores
que su mirada ardiente.

¡Ay! tú no sabes, apacible río,
con qué fuego la adoro,
ni qué lucha destroza el pecho mío75
cuando canto y no lloro;
tú no lo sabes, cuando no detienes
esas ondas suaves
y a consolarme silencioso vienes...
¡Betis, tú no lo sabes!80

Como ruedan al mar esas espumas
con caprichosos giros,
van a mi amada entre las tenues brumas
rodando mis suspiros;
en su mórbido seno hallan reposo85
y plácida acogida.
¡Ay! ¿Por qué de ese asilo delicioso
lejos paso la vida?

¡Oh, qué gratas me fueran tus orillas,
Guadalquivir sonante,90
tus márgenes, tus olas, tus barquillas,
tu cielo deslumbrante!
¡Oh, qué gratas tus brisas y tus flores,
tu curso sosegado,
si dos almas que sienten sed de amores95
no hubieras separado!

¡Adiós, Guadalquivir, de ti me alejo
sumido en mis pesares;
la copia fiel de mi pasión te dejo
en estos mis cantares:100
si luce el día en que mi duelo tenga
un término risueño,
tal vez gozoso a confiarte venga
la realidad de un sueño!
Año 1869.

Tres besos
Balada

- I -

Cuando la oración caía
con las sombras de la tarde,
y la doliente campana
daba su voz a los aires;
arrodillada en el huerto⁵
de la casa de mi padre,
del álamo más copudo
bajo el frondoso ramaje,
sentí un beso en la mejilla:
¡Era el beso de mi madre!¹⁰

- II -

Por cinco veces capullos
salpicaron mis rosales,
y cinco las golondrinas
volaron hacia los mares.

Siguiendo la romería¹⁵
de las vírgenes del Valle,
un mancebo de ojos garzos
me rogó que le escuchase;
eran sus labios de fuego,
gentil y apuesto su talle,²⁰
¿cómo odiarle sin oírle?
¿Cómo oírle sin amarle?

Cuando la tranquila luna
besaba con luz brillante
los álamos y las parras²⁵
en el huerto de mi padre,
bajo la discreta sombra,
de un pabellón de ramaje,
entre el ardiente delirio
de enloquecedoras frases,³⁰
viendo una trémula mano
ceñir con afán mi talle
y respirando en el fuego
de una atmósfera süave,
sentí un beso entre mis labios:³⁵
¡Era el beso de mi amante!

- III -

Ya Octubre seca las hojas
Enero troncha el ramaje,
y no hay flores de escarlata
en el huerto de mi padre.⁴⁰

Los sueños de eterna dicha
se escaparon con mi amante;
¡que quien en palabras fía
suele del viento fiarse!

Aquella anciana benigna⁴⁵
que se llamaba mi madre,
se fue al cielo, y en la tierra
sólo me dejó su imagen.

Nada me resta de aquellas
noches de placer, y tardes⁵⁰
saturadas de pureza
y caricias maternas.

¿Qué se hicieron nuestras horas?
Chispas de fuego fugaces
fueron; ¡cual globos nocturnos⁵⁵
escaparon por los aires!

¿Por qué se van los placeres
y se vienen los pesares...?
¡Ay, el beso de la muerte
vendrá presto a acariciarme!⁶⁰
Año 1868.

Ausencia

Náyade blanca, que en las tenues ondas
juegas mostrando tu desnudo seno,
dile a mi joven pastorcilla amada,
¡dile que muero,

blanco cordero que en el verde prado⁵
paces alegre la menuda yerba,
dile a mi joven pastorcilla amada,
¡dile que vuelva!

Céfiro fresco, que a las flores robas
gratos olores que en el éter vagan,¹⁰
corre ligero y mis suspiros lleva,
¡lleva a mi amada!

Cuéntale el fuego que mi pecho abrasa,
cuéntale el llanto que mis ojos quema,
cuéntale el ansia que mi vida oprime,¹⁵
¡cuenta mis penas!

Ya no contemplo sus preciosos ojos,
ya no contemplo sus preciosos labios,
que a los claveles que en la loma nacen
daban agravios.²⁰

Ya no la veo, cuando el alba asoma,
cruzar cantando por el valle ameno,
ya no la veo recogerme lirios,
¡ya no la veo!

Esa es la fuente de cristal sonora²⁵
do descansaba en la ardorosa siesta;

este es el prado do cuidaba alegre
mansas ovejas.

Esta es la casa, la pradera aquella,
la senda aquesta en que mi llanto vierto,³⁰
su imagen una que en mi pecho guardo
llena de fuego.

Blanco cordero, que en el verde prado
paces alegre la menuda yerba,
dile a mi joven pastorcilla amada,³⁵
¡dile que vuelva!

Náyade blanca, que en las tenues ondas
juegas, mostrando tu desnudo seno,
dile a mi joven pastorcilla amada,
¡dile que muero!⁴⁰

Año 1867.

Cantares

Lloro cuando no me ves,
y cuando me ves sonrío;
ya que sufro yo por ti,
que no sufras tú conmigo.

La perla no está segura⁵
entre las conchas del mar.
¿Tú, que estás sobre la playa,
cómo te podrás guardar?

Todo el que tiene ilusiones
alza castillos de arena,¹⁰
viene el soplo de los años
y ni los cimientos deja.

La golondrina que vuelve
halla a la vuelta su casa;
yo también hallé mi nido,¹⁵
pero no encuentro mi alma.
Año 1866.

Una tarde en el Genil
A mis amigas...
Barcarola

Del sol en el ocaso los trémulos matices
alumbran débilmente las torres de Cortés,
los álamos hojosos que crecen entre juncos
se miran en el agua que ondula a nuestros pies.

Yo soy el pobre bardo que en la andaluza tierra⁵
los sueños del crepúsculo evoco en mi laúd,
el roce de los remos los dicen a mi oído,
del río que cruzamos la plácida quietud.

¡Cantad, alegres jóvenes, en tanto se desliza
nuestra ligera barca por el fugaz Genil!¹⁰
Soñad en los amores, mecidas por las olas,
al sople de las auras del pasajero Abril.

Detrás de aquellas cañas, en la cercana orilla,
entre las verdes frondas se queja el ruiseñor.
¿Quién al oír sus trinos en medio de las aguas¹⁵
no sueña mil placeres en alas del amor?

Tal vez de algún ausente la sombra fugitiva
estas tranquilas horas empieza a acibarar,
que nunca más el pecho por sus placeres clama
que cuando ajena dicha miramos apurar.²⁰

¡Mis jóvenes amigas! las penas de la ausencia
no dejen a los ojos las lágrimas subir.
¿Sabéis si hay sufrimiento que compararse pueda
con la del pobre amante que presto va a partir?

Atrás deja su madre, su techo y sus amores;²⁵
atrás deja sus dichas, su cielo y su amistad;
atrás deja los bosques que viera cuando niño,
los cándidos recuerdos de la primera edad.

Mas veo en vuestra frente la sombra del disgusto
y en vuestros claros ojos la niebla del dolor...³⁰
¡Cantad, alegres jóvenes, en tanto se desliza
nuestra ligera barca, las trovas del amor!

Yo soy el pobre bardo que en la andaluza tierra
los sueños del crepúsculo evoco en mi laúd,
el roce de los remos los dicen a mi oído,³⁵
del río que cruzamos la plácida quietud.

Las brisas sus perfumes de rosas y jazmines
de vuestros rojos labios empiezan a libar;
la luna el regio disco, sobre el azul del cielo,
sin una sola nube empieza a destacar.⁴⁰

De Abril la última tarde se hundió en el Occidente,
con las postreras luces del adormido sol;
aún tiñe la montaña el resplandor postrero
que deja en el ocaso el último arrebol.

Doblad, doblad los remos; bogad hacia la orilla,45
que ya la noche tiende su manto de crespón,
y en las esbeltas torres de la moruna Écija
exhalan las campanas el toque de Oración.

- II -

Boga, boga, Gondolero,
corta las azules olas50
al son de las barcarolas
que brotan de mi laúd.
Nuestras alegres amigas
se mecen en tu barquilla
que se desliza a la orilla55
en placentera quietud.

El sol hacia el Occidente,
cual tenue lámpara arde,
la última luz de la tarde
reflejando en el Genil.60
Las auras embalsamadas
por los verdes limoneros,
traen los perfumes postreros
del último día de Abril.

Pronto las primeras sombras,65
cerniéndose sobre el monte,
velarán el horizonte
con melancólico tul:
pronto de tranquila luna
los caprichosos reflejos70
fingirán blancos espejos
sobre la sábana azul.

Boga, boga, Gondolero,
que huyen sin tardar las horas,
y son muy encantadoras75
las que acaban de pasar:
que el placentero recuerdo
de esta tarde, sobre el río,
grabado en el pecho mío
para siempre ha de quedar.80
Año 1868.

No te vayas, por tu vida,
que vendrán los Osmandinos
a besar a tu querida.

Vendrán por los arenales,
cual tigres de horrendas garras,
y cortarán mis rosales
con sus corvas cimitarras.

AROLAS

Ceñido el arnés brillante
sobre la marlota grana,
casi con el pie tocando
el estribo que le aguarda;
 en la diestra el corvo alfanje⁵
y en la siniestra la lanza,
para partir a la guerra
Aben-Zayde se prepara.

Recorre con tristes ojos
el ámbito de su alcázar,¹⁰
que en los pechos más valientes
el sentimiento se guarda,
 y aquellos moriscos muros
velan con sus atalayas
trozos de su corazón¹⁵
y pedazos de su alma.

Ya las bridas recogía
de su veloz africana,
que impaciente las baldosas
con el casco golpeaba,²⁰
 cuando, como rauda flecha,
del pórtico de su alcázar
una mora vino a él
envuelta en túnica blanca.

Tiene el cabello tendido²⁵
sobre la mórbida espalda;
el seno con pocos tules,
los ojos con muchas lágrimas.

Con un suspiro que dice
los pesares que la matan,³⁰
besó los pies de Aben-Zayde
al arrojarse a sus plantas,
 y abrazando sus rodillas,
y mirándole anegada
en turbio lloro, le dice³⁵
tristemente estas palabras:

«No te vayas, por tu vida,
¡Alma mía, no te vayas!
¿Quién halagará mis sueños

si tus caricias me faltan?40

Deja el alfanje afilado
y cuelga la aguda lanza,
encanto de los torneos
y rayo de las batallas;
no ciñas al ágil talle45
áspera cota de mallas,
ni fatigues a tu yegua
con el peso de las armas.

Viste, viste tu marlota
guarnecida de oro y plata,50
y oprime el gallardo peto
con los lazos de mi banda;
pon aromas al cabello
y peina la crespada barba,
respira amor y placeres,55
no aspire humo y matanza.

¿Para qué quieres conquistas
si tienes a tu Granada?

¿Para qué buscas preseas
si tienes a tu sultana?60

¿No es más hermoso el rumor
de la morisca dulzaina,
que el toque de arremetida
de las trompas castellanas?

¿No es más dulce despertar65
al arrullo de la danza,
que al eco de los clarines
en los campos de batalla?

Si quieres probar tu arrojo,
juega en el palenque cañas,70
y ádate al brazo mi toca
y lleva al pecho mi banda.

¡Pero no salgas al campo!
¡Por tu Zulema, no salgas!
Mira que anoche una estrella75
me dijo que no lucharas.

¿Quién me besará en la boca
cuando me envuelva en las sábanas
y quién velará mi sueño
al despuntar la mañana?80

Imágenes horrorosas
vendrán a traer mis ansias,
porque ¿quién sueña placeres
cuando pelagra su alma?

¡Tal vez dormida contemple85
tu cabeza ensangrentada,
clavada en el hierro agudo
de alguna pica cristiana!

Y te llamaré doliente,

y no estarás en mi cámara,90
y se perderán mis voces
en las cúpulas doradas.

No te vayas, Aben-Zayde,
¡vida mía, no te vayas!
¿Quién halagará mis noches95
si tus caricias me faltan?»

Con amor desenlazándose
de los grillos que le atan,
¡oyó Aben-Zayde a Zulema
sin hablar una palabra!100

Besó su pálida frente,
dejó en su boca una lágrima,
y silencioso apartándose
subió en su yegua africana,
diciendo a sus servidores,105
que callados le cercaban:
-¡Conmigo los de a caballo,
esa mujer a mi alcázar!
Año 1869.

La nube del alba

Mira que no puedo
vivir de esperanzas
sufriendo vaivenes
como flor de caña.
PLÁCIDO

Tierna zagaleja,
del monte la gala,
del valle florido
balsámica planta:
¿Por qué siempre esperas5
llorosa, cuitada,
la estrella del día
la nube del alba?

Siendo tus ojuelos
ojuelos de llamas,10
que en campo de nieve
vivaces abrazan;
siendo tus mejillas
de flor de granada;
siendo más hermosa15

que nube del alba,

¿Por qué, dime, niña,
con otras zagalas
ni corres, ni ríes,
ni juegas, ni cantas?²⁰
¿Por qué siempre triste
llorando te halla
la luz de la aurora,
la nube del alba?

Flérída, tú quieres²⁵
con toda tu alma,
que nunca está triste
aquel que no ama;
cuéntame tus penas,
cuéntame tus ansias,³⁰
en tanto que luce
la nube del alba.

Yo sufro cual sufres,
yo callo cual callas,
y lloro cual lloras,³⁵
que amé como amas;
y amor es tormento
que nubla las almas,
cual nubla el Olimpo
la nube del alba.⁴⁰

Ella... me responde
que no tiene nada,
bajando los ojos,
volviendo la cara;
como cuando Febo⁴⁵
pálido engalana
con tibios colores
la nube del alba.

Mañana serena,
la otra vegada,⁵⁰
hallela en la fuente
de aquesa montaña;
por ver lo que hiciera
me puse a espiarla⁽²⁾,
en tanto lucía⁵⁵
la nube del alba.

Despacio se acerca...
la frente plegada,
los ojos nublados,

cubiertos de lágrimas;60
cual antes de Apolo
sin tintes de grana
sus perlas destila
la nube del alba.

Después, distraída65
los broches desata
del verde corpiño
con cintas moradas;
sacando del seno,
más terso que nácar,70
un pañuelo blanco
cual nube del alba.

Todas cuatro puntas
las tiene bordadas,
con dos iniciales75
formando guirnalda;
y en una orilluela
a Venus, llevada
por dos palomitas
en nubes del alba.80

Le mira, le besa,
le pliega, le guarda;
le saca y sonrío,
le dobla con lágrimas:
y así pensativa,85
y así demudada,
ni aun ve que se oculta
la nube del alba.

Después va a la fuente
llorosa, cuitada,90
y encienden sus labios
las trémulas aguas;
que anudan las penas
su débil garganta,
y ya no la mira95
la nube del alba.

Yo nunca la llamo
la hermosa zagala,
ni Flérida bella,
ni rosa de Arabia;100
mas dígole siempre
la niña cuitada,
la estrella del día,
la nube del alba.

Año 1867.

Cantares

Mientras que pude llorar
me consolaron mis lágrimas,
hoy ya no tengo consuelo
porque hasta el llanto me falta.

Una pompa de jabón⁵
vi ayer tarde hacer a un niño,
y me dije suspirando:
¡Más dura que su cariño!

Me estoy muriendo por ella
y la falsa no lo advierte,¹⁰
como le sobra la vida
no se acuerda de mi muerte.

Niña, el que asesina a otro
tiene en la cárcel el premio;
tú me matas y me prendes¹⁵
¡explícame cómo es eso!
Año 1868.

Celos Oriental

...celos le inspiran
los labios a los ojos si la besan,
los ojos a los labios si la miran.
AROLAS
...El dulce acento
de la voz que no oía, aun escuchaba.
MILTON

- I -

En un marmóreo, arábigo retrete,
do en búcaros y limpias porcelanas
lucen mil flores de lejanos climas,
brindando sus colores y fragancia;
do lanza su vapor el pebetero⁵
hasta tocar el artesón de plata,
que sobre muros de labrado jaspe

gallardo cae y encantador se alza;
bajo crujiente pabellón de seda,
con flores de oro sobre fondo grana;10
sobre almohadones de Damasco rojo,
sobre alcatifa deslumbrante, blanca,
los bellos ojos de llorar cansados,
la tersa frente de dolor plegada,
en vano pugna por rendirse al sueño15
la enamorada y hechicera Zara.

Enojos danle las brillantes joyas,
enojos dale la flotante gasa,
que, revoltosa, sobre el blanco seno
leve se plega cual celoso guarda;20
enojos danle las canoras aves,
que en las doradas pajareras cantan,
el grato aroma de los febles lirios
y el grato beso de las febles auras.

Negras esclavas en sus negras guzlas,25
de cuerdas de oro y diapasón de nácar,
lánguidas notas que al descanso incitan
hacen vibrar en la vecina estancia;
y a cada eco que temblando muere
en la techumbre de la regia cámara,30
únese triste arrobador suspiro
que de su tierno corazón escapa.
¿Qué mal aqueja a la gacela hermosa?
¿Qué mal aqueja a la hechicera Zara,
que están sus ojos de llorar cansados,35
su tersa frente de dolor plegada?

¡Callad...! Que el ángel de los buenos sueños
toca su sien con las tranquilas alas...
¡Callad...! que sueña lo que el pecho anhela,
y el labio dice lo que siente el alma.40

- II -

Con paso leve y callado
penetra en la regia sala
Aben-Zayde el valeroso,
el tigre de las batallas;
en vez de escamoso peto45
cíñele vesta de grana,
con guarnición arabesca
de zafiros y esmeraldas.
En vez del alfanje corvo
que cristianos arrollara,50
cual hoz cortante las haces
en los campos de Granada,
pende del cinto labrado
puñal a la veneciana,

que a un príncipe nazareno⁵⁵
cuerpo a cuerpo arrebatara:
es el puño de marfil
con guarniciones de plata,
de acero bruñido el hoja,
de terciopelo la vaina.⁶⁰
Trémulo vase acercando
al lecho de la sultana,
y trémulo se retira
por temor a despertarla.
Y en tanto que Zara duerme⁶⁵
y Zayde vela su Zara,
al pie lejano del muro
suena esta amorosa cántiga:

«Blanca paloma de los amores,
velada en nubes de ámbar y grana,⁷⁰
fúlgida estrella de mil fulgores,
nube dorada de la mañana;

Yo soy el sueño
que te enloquece
cuando el sol huye,⁷⁵
cuando amanece;
yo que te adoro,
yo que en tus brazos
libo los besos
tras los abrazos.⁸⁰

Tal vez dormida, vague mi nombre
entre esos labios llenos de amor;
tal vez soñando con mis caricias
oyes mi arpa, oyes mi voz.»

Nublose el altivo rostro⁸⁵
del orgulloso agareno,
y ancha gota de veneno
en su corazón cayó:

que la cántiga amorosa
que aún en su oído zumbaba,⁹⁰
patente prueba le daba
del recelo que abrigo.

Rodrigo, el noble cruzado,
el del corazón de acero,
el apuesto caballero,⁹⁵
el de la morena tez,
es el amante cautivo
en las redes de su Zara,
el que atrevido escalara
el regio alcázar de Fez.¹⁰⁰

Pálido como la cera
y trémulo como el lirio,
en insensato delirio

a la hermosa se acercó;
en tanto que melodioso¹⁰⁵
el laúd enamorado,
con grato acento acordado
segunda vez escuchó:

«Blanca azucena del alma mía,
que de perfumes mi pecho llenas,¹¹⁰
rosa encantada de Alejandría,
diáfana luna de horas amenas:

Yo soy el sueño
que te enloquece,
cuando el sol huye,¹¹⁵
cuando amanece:
yo que te adoro,
yo que en tus brazos
libo los besos
tras los abrazos.¹²⁰

Tal vez dormida, vague mi nombre
entre esos labios llenos de amor;
tal vez soñando con mis caricias,
oyes mi arpa, oyes mi voz.»

- I -

Cual responde en el monte el leve eco
al canto del alegre pastorcillo,
copiando de las rocas en el hueco
el süave rumor del caramillo;

Cual suele el ave responder ansiosa⁵
aunque no escuche a su perdido amante,
que trina en vano por la selva hojosa
de árbol en árbol revolando errante;

Respondiendo a los ecos amorosos
en tanto que Aben-Zayde se acercó,¹⁰
soñando, de sus labios ardorosos
el nombre de ¡Rodrigo! se escapó.

- II -

¿Visteis la llama en la encendida era,
tornar aristas en ceniza fría,
en negro el campo que pajizo era,¹⁵
y en polvo el oro que la mies cubría?

¿Visteis el rayo que fulgúreo hiende
la parda nube con rojiza lumbre,
cuán presto el pino y el enebro enciende
llevando el fuego a la elevada cumbre?²⁰

Más rápido, de celos el veneno
la sangre de Aben-Zayde emponzoñando,
lleno de hiel su desgarrado seno
los fuertes nervios de furor crispando.

¡Celos! que el alma sin piedad torturan,²⁵
¡celos! que el alma con la vida llevan;
¡celos! que el juicio y el llorar apuran,
¡celos! que en dichas sin piedad se ceban.

- III -

Su mano temblorosa se agitaba,
el puñal veneciano acariciando;³⁰
su pecho se oprimía y se ensanchaba,
mientras el canto lánguido vibraba,
en sus oídos vívido zumbando.

Sus ojos con fijeza dolorosa
rojos, hinchados, de furor brillantes,³⁵
devoraban avaros a la hermosa
que dormida, febril, voluptuosa,
los labios entreabría suspirantes.

Y el vibrar del laúd que se perdía,
y el dulce canto de acordado acento,⁴⁰
y el suspirar de Zara que dormía,
girando en torno, sin cesar oía
el infernal, fascinador concento.

Ambas sus sienes de dolor latieron,
ambos sus ojos de furor cegaron,⁴⁵
y sus crispadas manos contuvieron
sus piernas, que de horror desfallecieron
cuando a la hermosa Zara se acercaron.

Asió el cabello de ébano rizado,
brilló en su diestra la bruñida hoja,⁵⁰
y ciego, descargando el brazo armado,
del blanco y terso seno mal velado
brotó la sangre por la herida roja.

Ni un ¡ay! turbó la aterradora calma
de la moruna y vaporosa alcoba;⁵⁵
voló entre nubes de la bella el alma,
y al pie del muro, bajo verde palma,
volvió a sonar la cadenciosa trova.
Año 1866.

A Lucídea
Anacreóntica

No quiero las riberas
que el Darro fertiliza,
ni el círculo del bosque
poblado de Hamadrías;
ni oasis encantados⁵
que rieguen claras linfas,
con silfos vaporosos
y náyades esquivas.

No anhele de la Arcadia
las vírgenes umbrías,¹⁰
do pacen ovejuelas
y saltan cabritillas;
ni arroyos y cascadas
en valles de Suiza;
ni lagos de Venecia¹⁵
con góndolas asirias.

No anhele las bellezas
que aduna entro delicias
de Césares la madre,
de Rómulo la hija;²⁰
ni alcázares poblados
de mármoles de Fidias,
con dóricos remates
y cúpulas corintias.

No quiero de la América²⁵
las sábanas floridas,
ni sus preciadas conchas
con perlas escondidas,
ni regaladas termas
con perfumadas pilas,³⁰
y bóvedas de flores,
y grifos de agua tibia:

no quiero, en fin, pebetes,
ni búcaros de Frigia,
ni tirios terciopelos,³⁵
ni rojas alcatifas;
que quiero tu regazo,
Lucídea querida,
de fuego si me amas,
de nieve si me esquivas.⁴⁰

Año 1867.

Recuerdos de Andalucía
Fragmentos

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto.
FRAY LUIS DE LEÓN

LA MARCHA

¡Qué deliciosa mañana!...
Empiece la romería,
que son nubes de alegría
esas nubes de oro y grana.

Mirad qué radiante el sol⁵
sobre aquel monte se eleva;
mirad qué clámides lleva
con festones de arbol.

¡Vamos, niñas! ¿Qué queréis?
¿Flores para los cabellos...?10
No tened pena por ellos,
en el campo las tendréis.

Deja del pueblo el tocado,
no te detengas, Dolores,
¿no te he dicho que las flores¹⁵
son más bellas en el prado?

¡En marcha! ¡Cuál estoy viendo
mientras vamos caminando,
cómo alguno está sufriendo
mientras otros van gozando!20

EL COLUMPIO

Os vi meceros con vaivén violento
de frágil cuerda en el falaz columpio,
y dije al veros sonreír alegres:
¡Ese es el mundo!

He ahí en sus cuerdas la graciosa imagen⁵
de ese placer que acariciáis en sueños,
tan peligroso como el juego ese,
¡tan pasajero!

LA FIESTA

A la fiesta las niñas,
fuera pesares;
los recuerdos se duermen
con los cantares.
¡Venga otra copla!5
Dime si no te alegras

con esto, Concha.

Dime si no es un cuadro
digno de Goya
esa atmósfera turbia¹⁰
y esa luz roja,
y ese sencillo
grupo, que gira y danza,
de campesinos.

De esas rústicas gentes¹⁵
los rostros francos
dicen que no conocen
los desengaños.
Porque sus goces
no se elevan a un cielo²⁰
que no conocen.

A ellos les basta un pobre
lecho de paja,
un manojo de espigas
y una cabaña.²⁵
¡Ay! en el campo
hay más pechos tranquilos
que en los palacios.

Cuando en noches de luna
cruzo las eras³⁰
y oigo una copia triste
de malagueñas,
la frente inclino,
y no sé por qué, Concha,
doy un suspiro.³⁵

LA SERENATA

Niñas, la noche tiende su manto
y os manda amiga dulce reposo;
así impregnados traiga en sus alas
dulces misterios, sueños hermosos.
Dormid tranquilas, no os preocupen⁵
del día que viene los pensamientos:
¡Cuando se duerme gozamos tanto
como sufrimos cuando despiertos!

LA BARCA

¡Oh, qué grata es la ribera
con los céfiros de Abril,
del sol a la luz primera,
que apacible reverbera
en las aguas del Genil!⁵

¡Qué bello, dulces amigas,
ver las rojas amapolas
mecerse entre las espigas,
premio de tantas fatigas,
que casi besan sus olas!10

¡Oh, venid! Esa barquilla
meciéndose nos espera
para tocar la otra orilla,
mientras a lo lejos brilla
la luz de la primavera.15

Ved a nuestros pies el río,
a nuestra espalda ese prado
salpicado de rocío,
al frente ese caserío
por álamos sombreado.20

¡Qué delicioso paisaje!
Rueda sonando entre peñas
ese rápido oleaje,
y en su nido de ramaje
cantan las aves risueñas.25

Límite de nuestro afán
son esas pardas ruinas
que demoliéndose están,
donde a guarecerse van
las pintadas golondrinas.30

El agua que está corriendo,
dulcemente susurrando,
va nuestra barca meciendo,
y en tanto el sol va subiendo
y las horas avanzando.35

EL PASEO DE LA HUERTA

Valle, contempla la feraz campiña
que a nuestros ojos su esplendor despliega;
mira esos prados de esmeralda henchidos,

Mira esas huertas.

Aquí la mano del que pinta el Iris,5
pródigo vierte su raudal de vida;
esta es la tierra en que el naranjo crece,
tu Andalucía.

Mira cuál surgen en montón las flores
cual si lucharan por llenar la tierra,10
por todas partes salpicando el césped,
dándole esencias.

En estas vegas correría la vida
y despuntara la postrer aurora,
como esta rosa que en el agua arrojo¹⁵
huye en las olas.

Allá una cabra en el peñasco brinca;
entre la acacia el ruiseñor se queja,
y el prado manchan como nieve en copos
mansas ovejas.²⁰

Al sol oponen su florido escudo
bóvedas verdes de flexibles ramas,
bajo las cuales se deslizan claros
surcos de agua.

En ellos mira la encendida rosa²⁵
su roja frente y su gracioso tallo,
y el cefirillo que la ve tan vana
va murmurando.

La estrecha senda, de frescura henchida,
va serpëando a dominar el río,³⁰
y donde acaba, a desplegarse empieza
un precipicio.

Sobre él se ciernen al compás del aura
álamos blancos de argentadas hojas,
que en los espejos móviles se miran.³⁵
troncos y copas.

Máquina ronca sin cesar voltea,
dando frescura a los floridos huertos,
y entre la lluvia que su rueda esparce
da el sol reflejos.⁴⁰

Trepa la yedra por los secos troncos
y sus cortezas con amor enlaza,
y por cubrirnos, con el sol de Julio
luchan las parras.

Haces inquietos de flexibles cañas⁴⁵
forman un muro con su frágil cuerpo,
donde en la noche, cuando el agua muge,
suenan los vientos.

Cuando el lucero de la tarde brille,
allá a lo lejos mirarás los bosques,⁵⁰
como dormidos a la sombra parda
que hacen los montes.

Y ambicionando el cotidiano sueño,
vendrá el pastor a reclinar la frente,
que alza gozoso de la dura tierra⁵⁵
cuando amanece.

Valle, contempla la feraz campiña
que ante los ojos su esplendor despliega;
mira esos prados de esmeralda henchidos,
mira esas huertas.⁶⁰

En estas vegas correría la vida
y despuntara la postrer aurora,

corno esta rosa que en el agua arrojó
huye en las olas.

LA VUELTA

Concha, la última mirada
sobre este bello horizonte.

Ya el sol ilumina el monte
con su postrer llamarada.

Pasa el mal y pasa el bien⁵
y el dolor y la alegría...
Pronto pasará este día
y los que vendrán también.
Año 1870.

El adiós de la golondrina En un álbum

Tan de cerca me acaricias, que he sentido en la
cara el aire de tus alas y casi casi sus golpes... ¿Eres un pájaro?
¿Eres un espíritu? ¡Ah! si eres un alma, dímelo francamente, y dime
también cuál es el obstáculo que separa a los vivos de los muertos.

MICHELET

Cuando las brisas húmedas de Otoño
dan al césped hojuelas amarillas,
dejando el nido que colgó en el muro,
vuela triste la suelta golondrina.

Va a abandonar el techo hospitalario⁵
que le brindó su abrigo y sus caricias,
va a lanzarse a cruzar revueltos mares
a merced de las aves de rapiña.

Por eso vuela al blanco campanario
y se posa en las tejas de la ermita,¹⁰
y vuelve y torna con inquieto vuelo
a posarse en la acacia y las olivas.

Cada rama que toca es un recuerdo
que su dolor inconsolable aviva,
aquí posó al volver de la ribera,¹⁵
allá voló con dulce compañía.

Aquel álamo diole grato asilo,
este chopo su sombra apetecida,
esa muralla, en fin, puerto seguro
donde acoger el fruto de su dicha.²⁰

Por eso bate el ala silenciosa
cuando el sol entre púrpura declina,

por eso sube y baja, y torna y vuelve
al monte, al valle, al prado, a la campiña;
mas antes de partir, en la laguna²⁵
llama a la joven tribu fugitiva,
y da el último adiós a las palomas
que no han de abandonar su Andalucía.

Y rozando las aguas con sus alas,
y parando su vuelo en la colina,³⁰
así entre melancólicos gorjeos
ruega por su morada a sus amigas:

«¡Adiós, mis palomas, os dejo mi nido
colgado en el hueco de aquel murallón;
cuidad si el milano no mora en su borde,³⁵
que no lo descuelgue rugiente Aquilón!

»Allí mil caricias gocé con mi amante,
allí sus amores gozosa escuché,
allí a mis hijuelos les di el alimento,
allí con mis alas sus cuerpos tapé.⁴⁰

»Ya no beberemos en esta laguna
del tibio crepúsculo a la última luz,
ya no aspiraremos las auras de ámbar
que mecen los trigos del suelo andaluz.

»Ya no cruzaremos en pos de placeres⁴⁵
las trémulas aguas del claro Genil,
ya no besaremos los lirios azules
que llenan sus valles de aroma sutil.

»Ya no picaremos la espiga dorada
que envuelta en el polvo dejó el segador,⁵⁰
ya no iremos juntas volando a la torre
que llena en la tarde la voz del Señor.

»Vosotras, palomas, que sois tan dichosas,
que nunca otros valles habéis de cruzar,
que oís sosegadas pasar las tormentas⁵⁵
desde el grato asilo de aquel palomar;

»Si acaso en la tarde voláis por mi nido,
cuando a la laguna venís a beber,
recordad, amigas, ¡la triste viajera!
¡la triste viajera que sueña en volver!⁶⁰

»¡Adiós, mis olivas, mis verdes acacias,
mis álamos tiernos, mi umbroso encinar!
Las palmas del Asia sus brazos me tienden,
por mí están clamando las olas del mar.

»Adiós, fértiles riberas,65
adiós, añosas encinas,
adiós, nevados rebaños,
adiós, tórtolas amigas.

»Tal vez nunca más mis ojos
contemplantos tus colinas70
cubiertas con las alfombras
de purpúreas florecillas;

»tal vez nunca más tu sol
veré al declinar el día
besar el tranquilo lago75
que fue espejo de mis dichas.

»Las palmeras de la Arabia
tendré en vez de mis olivas,
por mis prados de esmeralda
los yermos que el sol calcina.80

»En vez de claros arroyos
que finjan azules cintas,
las olas del ronco Océano,
titán indócil que grita.

»Por auras de Primavera85
el huracán que aniquila
con sus torrentes de arena
las caravanas moriscas.

»No veré los campanarios
de las rústicas ermitas,90
donde llevaba a mis hijos
en las mañanas estivas;

»Ni los pardos torrönes
donde crié a mi familia
de antiguos timbres heráldicos95
cabe las piedras röidas.

»¡Nubes primeras de Otoño,
malhaya vuestra venida!
¡Malhayan, opacas nieblas,
vuestras heladas caricias!100

»Parto para las costas
de Berbería,
pero dejo en España
toda mi dicha.

Adiós, praderas,105
así los rubios trigos
llenen tus eras.

»Así cuando el Invierno
lance sus lluvias,
te dé para el Verano110
flores y frutas.

Así los ríos
respeten tus naranjos
y tus olivos.

»¡Adiós, tal vez las alas¹¹⁵
que ávida tiendo
envolverán arenas
en el desierto;
y será en balde
que por volver suspire¹²⁰
a estos lugares.

»Del valle a la montaña
trepo volando,
de la montaña al valle
rápida bajo.¹²⁵
¡Quién se separa
sin mirarlos mil veces,
teniendo alas!»

Así, cuando la brisa del Otoño
cubrió el césped de hojuelas amarillas,¹³⁰
dejando el nido que colgó en el muro,
dijo triste la suelta golondrina.

Y reuniendo su prole en la laguna,
miró la última vez a la colina,
y al espirar la tarde, tendió el vuelo,¹³⁵
siguiéndola piando su familia.
Año 1868.

La súplica de Aliatar Oriental

Es Granada la moruna,
la de la morisca Alhambra,
la cuna de los Gazules,
Alhamares y Zoraidas.
La ciudad de los amores,
la de las bellas sultanas
que tienen fuego en los ojos
y nieve y rosa en la cara.

Sobre una andaluza yegua
que sin tregua
besa piafando el pretal,
suelto el alquicel de grana
que engalana⁵

rico bordado oriental;

Cubriendo con dura cota
la marlota,
de oro y púrpura y azul,
al vago viento ondeante¹⁰
del turbante
la leve toca de tul;

Al pie de las verdes rejas
que sus quejas
oyen temblando de amor,¹⁵
Aliatar el de Granada
a su amada
así dice en su dolor:

«Camelia que el aura leve
besa y mueve²⁰
en los valles de Stambul;
hurí del sétimo cielo,
oye el duelo
del biznieto de Gazul;

»Enamorada gacela,²⁵
Berenguela,
rosa del cristiano edén,
oye el eco lastimero
y postrero
del que soñó ser tu bien.³⁰

»Rondando tu celosía
halla el día
al desgraciado Aliatar,
desde que la luna asoma
por la loma³⁵
hasta que el sol deja el mar.

»Odio un tálamo de flores
por amores
que sólo me dan dolor;
dime si es más amoroso,⁴⁰
poderoso,
tu cristiano trovador.

»Tengo alcázares moriscos
sobre riscos
bañados por el Genil,⁴⁵
y calles de álamos toscos
con kioscos
llenos de flores de Abril.

»Tengo bosques de laureles
y vergeles⁵⁰
que no penetra el calor.
Dime si es más caprichoso,
poderoso,
tu cristiano trovador.

»En vez de cruz colorada⁵⁵
llevo atada
la banda roja de Alí;
de aquella no envidia el moro
más tesoro
que el ser bordada por ti.⁶⁰

»En vez de puñal calado
va a mi lado
mi alfanje batallador;
dime si es más fastuoso,
poderoso,⁶⁵
tu cristiano trovador.

»Al choque violento y rudo
del escudo
hice las lanzas saltar;
y al escalar las murallas,⁷⁰
entre mallas
supe las vidas buscar.

»Ponces, Laras y Cisneros,
prisioneros,
tuvieronme por señor.⁷⁵
Dime si es más valeroso,
poderoso,
tu cristiano trovador.

»Déjame verte en las tardes
y no aguardes⁸⁰
al caballero amador;
mira que yo estoy celoso,
de tu esposo
el cristiano trovador.»

Abrió la niña la reja⁸⁵
y a la queja
del orgulloso Aliatar
contestó con voz suave,
como el ave
cuando canta en el palmar:⁹⁰

«Vuelve, moro, a tus harenes,
que allí tienes
lecho, perfumes y amor;
no trueques por tu sultana
la cristiana⁹⁵
del guerrero trovador.

»Vuelve la brida a tu yegua
y da tregua
a ese inútil suplicar;
sé lo que es amor sincero¹⁰⁰
y no quiero
tus dolores insultar.

»Ve, los brazos de la mora
que te adora
te darán dulce calor;¹⁰⁵
no quieras morar mi pecho,
que es estrecho
para el noble trovador.»
Año 1868.

El canto del cisne Fábula mitológica

- I -

En las aguas del Eurotas,
el de la margen de juncos,
cuando va a nacer la luna
canta el cisne moribundo;
tendidas tiene las alas⁵
y los claros ojos turbios,
por eso la triste adelfa
se inclina en señal de luto.

Una flecha de Laconia
le ha herido con golpe rudo,¹⁰
que se desprendió de un arco
por su desventura oculto.

Como va a dejar la vida,
da al viento su canto último,
más dulce que el de Sirena¹⁵
en el piélagosañudo.

Suspensos están los céfiros,
oyendo el dulce murmurio,
y las armónicas voces
que dan música al crepúsculo.²⁰

Las cañas no se cimbrean

de los vientos al impulso,
y las cándidas palomas
se olvidan de sus arrullos.

Pájaros, aguas y flores,25
oyen con encanto mudo
aquella voz saturada
con la mirra del sepulcro.

Entre las nieblas del río
se alzan al Olimpo agosto,30
las notas de aquel concierto
de amor, amargura y luto.

La luna, por ver al cisne,
alzó su fanal nocturno,
y Júpiter, por oírlo,35
paró de la noche el curso.

Las Nereidas y Sirenas
dejaron su alcázar húmedo,
y Venus, por más curiosa,
bajó a esconderse en los juncos.40

- II -

Por la margen del Eurotas,
el de la orilla de juncos,
baja la princesa Leda,
hija del griego Gläuco.

Va sembrando rojas flores45
donde planta su coturno,
por eso, aunque pisa lirios,
no se le queja ninguno.

Una diadema de estrellas
ciñe sus cabellos rubios,50
que no se acuerdan del cielo
desde que ella se la puso.

Lleva una falda de púrpura
que apenas le cubre el muslo,
y por vencer a la nieve55
el blanco seno desnudo.

Un cinturón ciñe al talle
de diamantes y carbunclos,
pero brillan más sus ojos
y disimulan su lujo.60

Entre sus trémulas alas
le trae el céfiro, confuso,
el melancólico canto
del pájaro moribundo.

Y embebecida, escuchando65
aquel dulcísimo arrullo,
camina con pie tan leve,
que apenas encorva el musgo.

Separa con blanca mano

las ramas de los arbustos,70
que por ser de ella tocados
se doblaron con orgullo.

Y al pie de una triste adelfa,
henchida de amargo jugo,
vio al ave de blancas plumas75
tendida en lecho purpúreo.

Suspendida quedó Leda
ante aquel dolor profundo,
sintiendo su blanco pecho
taladrar arpón agudo;80

avanzó, pues, impelida
por algún secreto impulso,
a su compasión extraña
rindiendo imprudente culto.

Tendió las trémulas manos85
y entre sus brazos la tuvo;
¡ay de la princesa Leda,
hija del griego Gläuco!

- III -

Júpiter desde el Olimpo
vio aquel cuadro tierno y mudo,90
y sintió al mirar a Leda
ansia de goces impuros.

Quiso reclinar la frente
en aquel seno desnudo,
y besar aquellos labios,95
más rojos que los de Juno.

Y tal fue de su hermosura
el irresistible influjo,
que al ver al cisne en su pecho
celos del pájaro tuvo.100

Súbito como el relámpago
abandonó el solio augusto,
envuelto en rápida nube,
que hasta Leda le condujo.

Y en átomos invisibles,105
por un hábil subterfugio,
en las entrañas del cisne
sutilmente se introdujo.

Allí, del seno de Leda
en el templado refugio,110
apuró Jove la copa
de los placeres impuros.

Pronto la inocente niña
probó de su engaño el fruto;
¡ay de la princesa Leda,115
hija del griego Gläuco.(3)

Año 1870.

A Aurora
Seguidillas

¡Dime si ser podría
otra vez niño!

Morenita del Tajo,
Aurora mía,
así Venus te preste
su luz divina;
así las auras⁵
plácidas acaricien
tu frente blanca.

Así te den perfumes
nardos y rosas;
así huellen tus plantas¹⁰
regias alfombras;
así los Silfos,
vagando en torno, trencen
tus negros rizos.

Dime dónde la fuente¹⁵
de la inocencia
por cauce de ilusiones
sus aguas lleva;
o dónde mana
el raudal apacible²⁰
de la esperanza.

Si miras imposible
lo que te exijo,
dame en vaso de ámbar
gotas de olvido.²⁵
Y en cambio, hermosa,
escucharás del mundo
las penas hondas.

Yo inocente dormime
una mañana,³⁰
y al despertar, el luto
cubrió mi alma:
¡ay, de la vida,
al coger una rosa
me hirió una espina!³⁵

Era, que del alcázar
de la pureza
al pórtico del vicio
hay una senda:
senda de ortigas,40
que parece camino
de florecillas.

En ella sonriendo
senté la planta,
y áspides pulularon45
entre las matas;
¡quise volverme!
¿Mas el que pisa el vicio
cómo se vuelve?

¿Has visto el claro arroyo50
del verde prado,
cuál con el sol ardiente
sécase raudo?
¡Tal es la vida,
arroyuelo perdido,55
senda de ortigas!

Es cierto, vida mía,
que ante tus ojos
miras campos de rosa,
sueños de oro;60
nubes de grana,
mares de limpias olas,
cielos de nácar.

Mas cuando de este valle
llegues al centro,65
y toques las espinas
de que está lleno,
¡verás, Aurora,
campos llenos de abrojos,
mar procelosa!70

No llores, vida mía,
que estos pesares
son el fiel paliativo
de otros más graves.
Y me es forzoso,75
ahorrarte amargas penas
y amargo lloro.

Que tal vez llegue un tiempo

en que agotado
no acaricie tus ojos⁸⁰
el dulce llanto.
Y ¡ay de tu alma,
que no sufre el que llora
como el que calla!

Morenita del Tajo,⁸⁵
Aurora mía,
así Venus te preste
su luz divina;
así las auras,
plácidas acaricien⁹⁰
tu frente blanca.

Así te den perfumes
nardos y rosas;
así huellen tus plantas
regias alfombras;⁹⁵
así los Silfos,
vagando en torno, trencen
tus negros rizos.
Año 1867.

La ermita del Valle

¡Cómo se van las horas
y tras ellas los días,
y los alegres años
de nuestra frágil vida!
MELÉNDEZ

¡He aquí la pequeña ermita
que en mi niñez visitaba,
he aquí sus nevados muros
y sus frondosas acacias!
En torno de ella las mieses⁵
por las hoces separadas,
trocadas se ven en oro,
si antes eran de esmeralda.
Y allá a lo lejos los montes
que limitan mis miradas,¹⁰
por los rigores de Julio
tienen clámides de gualda.
¡Oh, con qué melancolía
templo la doliente arpa,
y evoco aquellos recuerdos¹⁵

de las horas de mi infancia!

¡Qué diferente esta tarde
de aquellas tardes tan gratas,
en que sin duelos ni cuitas
a tus puertas descansaba!20

¡Qué distintas sensaciones
en mi pecho pululaban,
y cómo de los pesares
no sentí las corvas garras!

Esas luces melancólicas25
que al rojo sol acompañan
cuando descende entre púrpura
a esconderse entre las aguas;

este tranquilo crepúsculo
en que dormidas las auras30
ni mueven las verdes hojas,
ni susurran en las ramas;

este silencio apacible
que impregna en dolor mi alma,
y en su manto de misterios35
seca y envuelve mis lágrimas;

esos montes, esos valles,
esos prados, esas aguas,
ese celaje teñido
con leves tintas moradas;40

esta ermita, en fin, testigo
de los juegos de mi infancia,
recuerdo que surge pálido
como las nubes del alba,

¡todo, todo ha variado!45
¿Qué mucho que variara
si la rueda de la suerte
es tan fácil y voltaria?

De aquellas tardes tranquilas,
de aquellas horas tan plácidas50
sólo me restan recuerdos,
pero recuerdos que matan.

Por eso cuando el crepúsculo
esparce su luz de nácar,
a cantar vengo a la sombra55
de mi ermita y mis acacias;

y a las sueltas golondrinas
que del campanario bajan
a posarse entre las hojas,
les digo cuánto gozaba.60

Ellas vuelan a mi lado
y no se burlan ingratas,
como se burlan los hombres
de las tristes confianzas.

Y cuando pasan el río65

y se ocultan en las ramas,
en su lenguaje repiten
lo que escuchan en mi arpa.

Ellas son los seres únicos
que no dejan esa tapia,70
como fieles guardadores
de esta ermita solitaria;
que hasta el nocturno agorero
que la linterna acechaba,
abandonó el campanario75
por otra torre cercana.

Ya cuando la tarde cae
y la luna se levanta,
no vienen alegres niños
a jugar en la explanada;80
ni voltean en su puerta,
debajo de las acacias,
cual grupos de mariposas
que se ciernen sobre dalias.

Desiertas están las rejas,85
aquellas rejas pintadas,
en cuyos pequeños mármoles
las jóvenes se sentaban
a escuchar de aquella ermita
la sangrienta historia sacra(4),90
o romancescos relatos
de guerreros y de hadas.

Cerradas están sus puertas,
no arde en el altar su lámpara,
crece en su patio la yerba95
y está muda la campana.

Pronto hacinados escombros
dirán al bardo que pasa:
¡Aquí la ermita del Valle
en tiempos se levantaba!100

Y al escuchar la conseja
que el segador le relata
sonreirá con desdén
volviendo triste la espalda.

¡Ermita, como tú tengo105
la soledad en mi alma;
por eso vengo a cantarte
antes que el tiempo te barra!

Todo, todo lo he perdido,
no guardo ni una esperanza,110
no puedo ni arrodillarme,
porque hasta la fe me falta.

Árido campo es mi vida
que sólo nutre cizaña,

y mi corazón un yermo 115
donde ni un árbol se halla.
Sólo vivo en los recuerdos,
por eso en estas acacias
hallo el dulce sentimiento
de las horas de mi infancia.120
Y al contemplar estos sitios,
mudos como yo y sin alma,
dejo la doliente lira
para verter una lágrima.
Año 1869.

El último crepúsculo

¡Hora de melancolía,
crepúsculo de la tarde,
cómo en tu vago misterio
mi corazón se complace!
A. P.

Ya el sol envuelto en sábanas de oro
baja a los mares a esconder su disco,
ya la paloma que cruzó la selva
busca su nido.
Pronto su luz se apagará en las olas,5
sumiendo en sombra el valle y la montaña,
como una antorcha que arrojara el niño
dentro del agua.
Ya la campana de la antigua torre
lanza a las sombras su argentino acento,10
última voz que al declinar la tarde
turba el silencio.
Allá retumba por el hondo valle
el triste son que la plegaria evoca,
que, resonando en apagado eco,15
muere en las rocas.
La flor levanta su corola mustia
por contemplar las matizadas nubes,
que en sus cambiantes, de colores fingen
gasas y tules.20
Se alzan las brumas del cercano río,
y el arroyuelo por el prado salta,
sus frescas gotas en continuos besos
dando a las plantas.
El labrador por la apartada senda25
guía a la choza los cansados bueyes,

y el pastorcillo tras el fiel rebaño
torna a las redes.

Todo al silencio y al reposo incita;
todo la paz y la quietud desea;30
sueña la virgen y medita el joven,
canta el poeta.

Indescriptible inspiración nos sume
en pensamientos sin color ni formas,
que en nuestra mente se columpian vagos35
como las sombras.

Reina el misterio que a soñar convida,
grata expansión a nuestra alma lleva;
y la memoria a los pasados goces
rápida vuela.40

Y nos parece que al tender la noche
esos crespones que conduce el sueño,
va arrebatando con la luz que resta
dulces recuerdos.

No sé qué guardan las postreras luces45
en sus fanales de matiz rosado,
que recreando nuestros tristes ojos
llaman al llanto.

No el llanto ardiente que los ojos quema
y la mejilla enrojecida escalda;50
mas el que vierte su tranquila copa
sobre las almas.

¿Qué genio flota al declinar la tarde
pulsando el arpa que los sueños templan,
plácidas notas a los aires dando55
cuando resuena?

¿Es el deseo que al mortal le trae
ardientes goces en la noche larga?
¿Es el amor que entre los brazos duerme
de la esperanza?60

¿Quién sabe acaso lo que en esa hora
flota en el éter y desciende al suelo?
¡Quién sabe acaso dónde mora el hada
del sentimiento!

Tal vez se envuelve, al levantar su disco65
la blanca luna, entre su luz tranquila;
tal vez del lago entre la leve espuma
canta mecida.

Tal vez del aire en la veloz carroza
rápida avanza por el ancho espacio70
o entre la nube que rodó de Oriente
va hacia el Ocaso.

¡Sólo se escuchan las lejanas notas
del arpa herida por su mano leve,
notas que dicen infinitos goces75
al que las siente!

¡Salve, suspiro del pasado día,
hora de dulce y sin igual misterio,
tú el grato néctar del dolor tranquilo
traes a mi pecho!⁸⁰

Tú el manto empapas en el limpio lago
donde el raudal de los recuerdos manan,
y al desplegarlo con su grato aroma
llenas las auras.

Tú, si mi llanto avergonzado oculto,⁸⁵
el disco rojo de la luz recoges,
y con su luna de indecisos rayos
mandas la noche.

Año 1870.

Segunda parte Noches de luna

...Entonces empezaban para nosotros las horas
encantadas que tan pronto habían de pasar; y si soltábamos el libro
cuando la luna salía y eran más penetrantes los perfumes que se
escapaban del jardín cercano, en cambio los poéticos recuerdos de
Graziella y Rafael venían a acariciarnos con las brisas de la noche.

MIS RECUERDOS

Introducción Armonías de la noche

Si os place oír el arpa de las sombras
acercaos a las márgenes del Betis,
al descender a la región de Tetis
entre espumas y nácares la luz;
en tanto que los rayos de la luna⁵
luchan con los crespones de la noche,
que se desliza en su estrellado coche
por el opaco firmamento azul.

Acercaos, los que en alas de los sueños
os dormís en hamacas perfumadas,¹⁰
mecidos por el soplo de las hadas
en los pliegues de atmósfera sutil;
los que el trabajo de afanoso día
olvidáis con los cuentos del pasado,
bajo el gótico alcázar elevado,¹⁵
o en el kiosco de arábigo pensil.

Rodeadme; blando asiento os da ese césped
que encorvará la aurora con rocío;
rumores, las espumas de ese río
que camina entre juncos hacia el mar.20

La noche las montañas va alejando
y sus lámparas cuelgan las estrellas;
son cántigas de amor, dulces querellas
las que van a surgir de mi cantar.

No me place decir la luz del día²⁵
y canto los misterios de la luna;
agrádame mirar en la laguna
el disco de la amada de Endimión⁽⁵⁾:
y cuando truena el bronce en las ciudades
y se hunden entre el légamo los tronos,³⁰
ensayo sobre el arpa suaves tonos
y olvido el ronco acento del cañón.

Venid y escucharéis en mis nocturnos
del trovador la enamorada queja,
y el fantástico canto que se aleja³⁵
con la barca del pobre pescador:
y si no os place el cielo de la Bética,
donde es la noche clara como el día,
vendréis a la mansión de la armonía,
a Italia, la odalisca del amor.⁴⁰

Y os pintaré el crepúsculo de Nápoles
espirando en sus fértiles vergeles;
sus valles, sus cascadas, sus laureles
bañados por la lumbre de un volcán:
sus playas, donde arrolla el oleaje⁴⁵
las ondulantes cintas espumosas,
donde ligeras góndolas vistosas
velas azules desplegando van.

Veréis a la falaz napolitana
reclinarse en mullidos almohadones,⁵⁰
velados por discretos pabellones
en la cámara oculta de un bajel,
unir su labio de rubí candente
a los trémulos labios de su amante,
al rayo de la luna vacilante⁵⁵
única confidente de ella y él.

Veréis sobre su seno mal cubierto
los chales de las hijas del Oriente,
y besando los bordes de su frente
sus cabellos trenzados al azar:⁶⁰

contemplaréis sus diminutos dedos
jugando con la cítara andaluza;
o en tanto que su barca el agua cruza
escucharéis su lánguido cantar.

Y bajaremos a los verdes valles⁶⁵
de céspedes menudos alfombrados,
por rápidas caídas arrullados
que entre peñas circulan en tropel;
y cruzaremos la alameda umbría
donde huyeron Angélica y su amante,⁷⁰
o donde vio el Hipogrifo de Atlante
el valiente y magnánimo doncel.

Veremos al fulgor del rojo cráter,
cuando el trueno retumba en el invierno,
el bosque donde el Dante vio su infierno⁷⁵
cubierto con su fúnebre tapiz;
o bajaremos, al lucir el astro
de la noche estival, a la llanura
donde encontró la cándida creatura
Bella bianco vestita: Beatriz.⁸⁰

Si os hastían las trémulas veladas
de las fértiles faldas del Vesubio,
os llevaré a la margen del Danubio
el sol de la Alemania a contemplar;
y cruzaremos los soberbios Alpes,⁸⁵
con sus picachos de perpetua nieve,
donde apenas el águila se atreve
su poderoso vuelo a desplegar.

De Goëthe los prodigios asombrosos
en misteriosas páginas veremos,⁹⁰
y en su genio sombrío escrutaremos
de esas extrañas fábulas el fin:
sus diabólicas noches de Walpurgis,
en que la esfinge clásica palpita,
y los goces de Fausto y Margarita⁹⁵
en los valles poéticos del Rhin.

Venid y rodeadme; el labio mío
mueve el hada gentil de la armonía,
venid y olvidaréis del largo día
el trabajoso y áspero afanar:¹⁰⁰
venid, y templaré con fácil mano
de mi laúd las cuerdas tembladoras;
son cántigas de amor, dulces doloras
las que van a surgir de mi cantar.

Ya rasga Cintia la discreta sombra¹⁰⁵
sobre su coche de luceros rojos,
brindando a los oídos y a los ojos
de la noche el misterio encantador;
 el laurel plateado por sus rayos,
la flor que su corola balancea,¹¹⁰
el escondido arroyo que serpea
y el canto del parlero ruiseñor.

El torrente que zumba allá a lo lejos
y que en profundos antros se despeña,
dejando entre las grietas de la breña¹¹⁵
las espumas que hierven en tropel;
 las aguas del movable y manso río
que ondula con murmullo placentero,
el canto del alegre gondolero
que rema reclinado en su bajel.¹²⁰

El arpa del doncel enamorado
que pulsa al pie de la moruna reja,
la que el viento arrebata, dulce queja,
de la amada en los brazos de su amor.
 Los crímenes, los duelos, las orgías,¹²⁵
los placeres del rico licencioso;
cuantos rumores turban el reposo
y giran sin descanso en derredor.

De estos ecos confusos, yo la clave
tengo en el arpa que mi mano hiere;¹³⁰
y en tanto que en los mares el sol muere
y la luna se empieza a levantar,
 yo entre la brisa que el clavel perfuma,
y el rumor de las olas sosegadas,
mis leyendas de silfos y de hadas¹³⁵
me complazco tranquilo en descifrar.

Estas ofrezco, son pálidas flores
que surgieron sencillas en la loma,
si hay en su cáliz néctares y aroma
se debe a quien sus pétalos cuidó;¹⁴⁰
 y entre el fuego de un ósculo ardoroso,
entre sus hojas ámbar esparciendo,
fueron al soplo de su amor creciendo
y en su seno gentil las abrigó.

Tal vez alguna lágrima furtiva¹⁴⁵
se desliza en sus hojas perfumadas,
recuerdos de otras dichas ya nubladas
que al lago del olvido van a huir:
 Expansión de un espíritu que lucha

en el revuelto mar de los pesares,150
y que muestra sü alma en los cantares
que en la apacible noche vais a oír.

¡Noche amiga, que cruzas el espacio
consolando dolores y querellas,
con tu manto de vívidas estrellas155
y tu luna de tibio resplandor;
tú que das tu reflejo a las espumas
y recortas del monte la silueta,
cubre el arpa doliente del poeta
con tu opaca aureola de color!160
Año 1868.

Graziella
Nocturno

¡Qué puros eran sus ojos y qué cándidos sus
labios!... ¡El hermoso lago de Nemi, que no arruga el menos soplo de
viento, tiene menos transparencia y pureza! En aquella alma antes
que ella se leían sus pensamientos: jamás sus párpados inclinados
sobre sus bellos ojos, ocultaban su mirada llena de inocencia:
ningún cuidado había dejado una arruga sobre su frente; todo en ella
era alegría; y esa juvenil sonrisa, que más adelante espira en los
labios con tristeza, flotaba siempre en los suyos como un hermoso
arco iris en un día brillante.
LAMARTINE

NÁPOLES(6)

Un paisaje no es más que un hombre o una mujer.
¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Sorrento sin el Tasso?

LAMARTINE

Entre purpúreos matices
va declinando la tarde,
bañando con luz dudosa
las alamedas de Nápoles.

Con las sombras de la noche5
empieza entre el humo a alzarse
la luz roja del Vesubio,
que se escapa de su cráter,
y al bañar de los laureles
el caprichoso ramaje,10
les presta el tinte medroso
de las visiones del Dante;

por matizar las espumas
con una luz más brillante,
va levantando su disco¹⁵
la luna del hondo valle,
y el reflejo del Vesubio,
y las luces de la tarde,
y los rayos de la luna,
y la sombra de los sauces,²⁰
al colorar la campiña
y confundirse y mezclarse,
en un paisaje de hadas
convierten aquel paisaje.

Allí en efecto, del lago²⁵
en la poética margen,
alzó Armida su palacio
de bronce, pórvido y jaspes;
con pórticos de esmeralda
y murallas de diamante,³⁰
guardadas por cancerberos
de triples y ardientes fauces;
allí sobre frescas rosas,
a la sombra de los árboles,
en los brazos de Reynaldo³⁵
gozaba torpes afanes,
dándole néctar de olvido
en vaso de ámbar brillante,
y caricias saturadas
de vértigos sensuales;⁴⁰
allí pintó Rafael
sus delicadas imágenes,
bebiendo en su Fornarina
la inspiración a raudales;
allí los sombríos cuadros⁴⁵
y las estatuas gigantes,
del cincel y la paleta
brotaron de Miguel Ángel;
allí Virgilio y Petrarca,
y Ariosto, el Tasso, y Dante,⁵⁰
hallaron en sus láüdes
cántigas inimitables.

Por eso al pisar sus prados,
por eso al cruzar sus valles,
la inspiración a torrentes⁵⁵
se derrama por el aire.

Por eso tienen sus noches
melancólicos celajes,
y sus crepúsculos nácar,
y ópalo y rosa sus tardes.⁶⁰

LOS PESCADORES

La lucecilla del pescador, que boga entre la
bruma, despide rayos menos dulces que su mirada.
Lamartine

Hay en la isla de Prócida
una rústica cabaña
que sufre inmóvil la saña
del desatado huracán;
cuyo pie bañan las olas⁵
cuando la tormenta zumba,
y el ronco trueno retumba
y se enrojece el volcán.

A su puerta, de una lámpara
a la lumbre misteriosa,¹⁰
se ve la imagen graciosa
de la Madonna del mar;
y en ella buscan refugio
los sencillos pescadores,
que llevan frutos y flores¹⁵
como ofrendas a su altar.

Cuando el golfo se embravece
en círculo se arrodillan,
y su triste frente humillan
ante la Madre de Dios:²⁰
y cuando viene el Domingo
y el sol sin nubes riela,
al son de la tarantela
van de las mozas en pos.

Almas que sólo han sufrido²⁵
las tormentas de los mares,
se burlan de los pesares
cuando pasa el vendaval:
y entre la bruma guiando
su pobre y frágil barquilla,³⁰
hacen de su lucecilla
su máspreciado fanal.

En la cabaña de Prócida
hay una perla escondida,
joya buscada, querida³⁵
por su belleza y valor:
es la hermosa Graziella,
hija del anciano Bempo,
que del golfo en otro tiempo
fue el más ágil pescador.⁴⁰

El cielo arrancó dos soles
para que fueran sus ojos,
y puso en sus labios rojos
los matices del clavel:
y en sus negras trenzas ébano,45
y en su rostro nieve y rosa,
y en su cintura de diosa
lo flexible del laurel.

Sin embargo, en su mirada
melancólica, perdida,50
se adivinaba una vida
de sentimiento y de amor:
sed ávida de esos goces
que nuestros sueños embargan,
y nuestra existencia amargan55
con supreciado sabor.

Ella amaba, sí, y amaba
con esa pasión tan ciega,
que a ser nuestra idea llega
fija, continua, tenaz;60
idea que finge un foco
de abrasadores placeres,
que salta santos deberes
como obstáculo fugaz.

Adora al apuesto César,65
el pescador más garrido
que las redes ha tendido
sobre las olas del mar.

Por eso mira en la tarde
venir las pequeñas flotas,70
como blancas gaviotas,
las márgenes a ganar.

Hace tres tardes, que en vano
vienen las blancas barquillas
de Prócida a las orillas,75
puesto que no viene él:

él, que tal vez en los brazos
de otra rival más dichosa,
en la noche silenciosa
se reclina en su bajel.80

Todo el amor lo disculpa,
y a fe que motivo tiene
si el joven César no viene,
según la niña gentil:

que su anciano padre Bempo,85
con sus amores tirano,
le negó altivo su mano
cediendo a consejo vil.

Por eso bañada en lágrimas
desde que la aurora asoma,90
ruega a su buena Madonna
porque el olvido la dé:
pero está fresca la herida
y ella cuida de tocarla.
¡Cómo, pues, ha de olvidarla95
cuando le falta la fe!

Así las horas se pasan,
nada a la niña consuela,
no viene la blanca vela
de su joven pescador.100
Y muere triste la tarde,
y la noche va cayendo;
y el agua sigue corriendo
sin consolar su dolor.

LA VUELTA

Aquí estoy aguardando en una peña,

a que venga el que adora el alma mía.
CAROLINA CORONADO

- I -

Ya el pabellón de estrellas
tendió la noche por el ancho espacio,
y la pálida luna
consolando querellas
asomó sobre el monte; ya las flores5
salpicaron las sombras con perfumes,
y callaron los vientos,
y durmieron las olas,
y se escucharon claras a lo lejos
de Nápoles las dulces barcarolas.10

Inmóvil Graziella
en la orilla del mar, triste miraba
aquel cuadro nocturno; el pensamiento
de la niña volaba
y a su César llegaba,15
que tal vez en su góndola mecido,
por otro labio amante acariciado,
daba ingrato al olvido

las penas de su pecho lacerado.

La luna cariñosa²⁰
besábala en la frente,
y el agua perezosa
se arrastraba a sus plantas lentamente:
mas ¡ay! llagas de amores
sólo las cura el dedo que las hizo;²⁵
por eso a sus dolores,
inútil el hechizo
es de la mar, los astros y las flores.

De repente, a lo lejos,
enmedio de las olas,³⁰
surgió una lucecilla vacilante
que, como fuego fatuo, sobre el agua
trémula se mecía;
y a un golpe de las ondas se ocultaba,
y a otro golpe de mar aparecía.³⁵

Suspensa quedó ella
al ver aquella chispa en lontananza,
para la niña, estrella
del cielo encantador de la esperanza;
como queda el viajero⁴⁰
perdido en los desiertos arenales,
al rojo brillo de lejana hoguera,
si oye el áspero aullar de los chacales.

La luz al fin avanza,
y con ella una vela⁴⁵
que impulsa una barquilla,
que va dejando con su leve quilla
sobre las olas espumosa estela.

La joven lanzó un grito,
y se inclinó en la roca⁵⁰
agitando gozosa su pañuelo:

la barca que miraba
era la de su amante que tornaba.

¡Era su César! sí; no hay marinero
tan apuesto cual él; de sus cabellos⁵⁵
los rizos vagan al remar; sus ojos
brillan más que el lucero que ríela
(como dice su hermosa Graziella.)

- II -

Salta en tierra el mancebo; enloquecido
ante los pies se humilla de la hermosa,⁶⁰
y ella al verlo rendido,
del suelo le levanta cariñosa.

-¿Por que, por qué mis duelos
con ausencias duplicas? le repite:
¿No ves cómo mis ojos⁶⁵
van perdiendo aquel brillo

que tú adorabas tanto
cuando no conocimos el quebranto?
¡Tres veces esta luna
no te ha visto a mi lado,70
tres noches con mis lágrimas
esta desierta margen he regado!...
¿Dime, César, tal vez otras caricias
hallaste, tal vez otros
brazos te habrán ceñido?75
¡Dímelo por mi afán, dueño adorado!
¿Por qué en tres noches largas no has venido?
-Graziella, la Madonna
del Mar sabe que sólo
te adoro a ti: ella sabe80
que eres mi sueño, mi salud, mi alma;
la virgen que mis lágrimas ahuyenta.
Por tí suspiro sobre el mar en calma,
sólo de ti me acuerdo en la tormenta:
pero ¿por qué tu padre85
crüel hiere mi pecho, por qué niega
tu mano al que te adora
y por tu amor como cobarde llora
y ante sus pies arrepentido llega?
¡Condenarme a pasar la corta vida,90
esta vida que dura un soplo leve,
lejos de tu regazo, es una herida
que sólo Bempo a hacérmela se atreve!...
¡Injusta tiranía!... Graziella,
quise probar el vaso del olvido95
y juré no volver, busqué un calmante
del vicio entre los brazos
y bebí la cicuta de la ausencia;
¡insensato! encontrarlo no he podido,
y vuelvo arrepentido a tu presencia.100
¡Ay! era tan amargo
el bárbaro brebaje,
que he preferido en mi delirio largo
soportar de tu padre el fiero ultraje.
-¡César, bien sabe el cielo105
que como a ti mi corazón desgarrar
la tiránica orden!
¿Pero qué medio resta a nuestro duelo?
-Sólo hay un medio fácil
que nuestro amor proteja, mi barquilla110
amarrada allí está; reina el silencio
y la luna está pálida y dormida:
¡Ven, Graziella, ese cielo
a goces y placeres nos convida!
En mi barca mecidos,115
enmedio de las olas,

la copa del placer apuraremos;
y al rumor de los remos
tú cantarás ardientes barcarolas,
o en mis brazos soñando¹²⁰
descansarás, mientras esté pescando.
Del Vesubio en la falda
vive un viejo y austero cenobita,
que mañana en su ermita
nos unirá ante Dios. ¡Ven, por las horas¹²⁵
que a tu lado pasé cogiendo flores,
por la benigna anciana
que en tiempos protegió nuestros amores!
¡Por tu buena Madonna,
que a los amantes plácida perdona!¹³⁰

- III -

Atónita cual pobre corderilla,
que encontró al escapar por el otero
en vez de mansa oveja
el cauteloso lobo carnicero,
la tentadora queja¹³⁵
oyó la niña al joven marinero,
sin saber, vacilante,
qué contestar a su gallardo amante.

Quiso hablar y su labio
se negó a formular lo que sentía;¹⁴⁰
bajó los negros ojos,
su mejilla encendieron los sonrojos
y en delirio liviano
al pescador abandonó su mano.

Éste la asió y su boca¹⁴⁵
abrasó aquella piel tersa y süave,
cuyo dulce contacto
su pecho hizo latir; enloquecido
las súplicas dobló; trémula, triste,
ella osó resistir, pero fue en vano.¹⁵⁰
¿Quién esquiva el chocar de las pasiones
cuando obedecen al amor tirano?

Sin fuerzas, reclinada
en el brazo de César, cariñosa
hacia la imagen de la Virgen guía¹⁵⁵
sus inseguros pasos;
César la sigue, unidos se arrodillan
y se eleva una férvida plegaria
en aquella explanada solitaria.

Sobre su pobre albergue,¹⁶⁰
en el que duerme Bempo descuidado,
triste lanza su última mirada;
y «¡adiós, padre, perdóname!...», repite
sobre la dura roca arrodillada.

Una lágrima ardiente¹⁶
rodó por su mejilla,
por la nevada frente
pasó la blanca mano, y temblorosa
se dejó conducir a la barquilla.

EL LAGO

Hubiéramos querido perdernos así, no en un mar
que tiene orillas, sino en un firmamento que no las tiene.

LAMARTINE

César llegó con su preciosa carga
dejándola caer en blando lecho,
y apagando la lámpara de proa
largó las velas y tomó los remos.

Rápido como pájaro marino⁵
el frágil barco se alejó, el paterno
hogar de Graziella abandonando
al impulso apacible de los vientos.

Y a las ráfagas tibias de la luna
internándose fue en el claro espejo¹⁰
de las aguas del lago, conducido
por el ágil y apuesto gondolero.

Ya no se ve manchar el horizonte
el humo de la choza, y a lo lejos,
la luz de la Madonna sus matices¹⁵
misteriosos y rojos va perdiendo.

En el golfo internados, ya no rema
el pescador con tan gentil denuedo,
y ora deja vagar libre la nave,
ora deja flotar los largos remos.²⁰

Pronto en torno no ven más que las aguas
que ondulan con susurro placentero;
¡de esta noche de goces misteriosos
sólo serán testigo el mar y el cielo!

Parece que las olas sosegadas,²⁵
cómplices de esta lucha del deseo,
clavan la barca, o mécenla süaves,
a la argentada luz de los luceros.

Graziella suspiró al abrir los ojos,

alzando su mirada al firmamento,30
inclinándose débil en la barca
cual si sufriera doloroso vértigo.

«-¿Quién me ha traído aquí? trémula dice:
Mi César junto a mí? ¡deliro o sueño!...
-¡No sueñas, no; soy yo! responde el joven35
sellándola los labios con un beso.

»¡Tu César, que te adora con locura,
que exhalará por ti su último aliento,
si cuando Dios en el altar nos vea
nos recibe crüel tu padre Bempo.40

»¡Trémulos al besarme están tus labios,
tiembla tu brazo al enlazar mi cuello,
no temas, que la sombra de la noche
nos envuelve en su manto de misterios!

»¡Qué hermosa estás! no temas, vida mía,45
esa luz que colora nuestro lecho
es un rayo indiscreto de la luna
que descende envidiosa a sorprendernos.

»-¡Ay! la buena Madonna a los ingratos
niega su protección; César, mis ruegos50
atiende, torna a casa de mi padre,
su santa bendición le pediremos.

»-¿Qué temes, cuando tienes por escudo
todo el candente amor que hay en mi pecho,
toda la fe que encierra mi cariño,55
toda la adoración que te profeso?

»¿Qué temes, cuando Dios que nos contempla
sabe que he prometido amarte ciego,
cuanto se puede amar sobre la tierra,
cuanto puede adorarse allá en el Cielo?60

»Ya cerca de mí estás, la frente mía
templa el calor süave de tu seno,
y me envuelve en su atmósfera olorosa
el aura perfumada de tu aliento.

»La vida es leve soplo, Graziella;65
¿por qué, pues, si tan rápido huye el tiempo,
no apuramos la copa embriagadora
que en nuestros labios el amor ha puesto?

»Pronto estas horas de placer y amores

se hundirán en el mar de los recuerdos,70
como el sol entre nácares y espumas
cuando ya a dar su luz a otro hemisferio.

»¡Ven, enlaza mi mano con tu mano,
y acaricia mi frente con un beso;
confúndanse en un alma nuestras almas75
y palpiten unidos nuestros pechos...!

»¡Qué! ¿lloras Graziella? ¡de tu frente
se escapan destrenzados tus cabellos!
¡Tiembra tu mano como débil lirio
que se mece a las ráfagas del cierzo!80

»No luches más, tu corazón te dice
que tu César de amor está muriendo;
¿sufres acaso al escuchar mis súplicas?
¿Por qué otra vez tus lágrimas sorprendo?»

Como la palma que el Simoun azota85
en la sábana ardiente del desierto
sacude su ramaje vacilante
hasta que al fin rodando viene al suelo;

Así la hermosa niña, en ruda lucha
con su deber, su amor y sus deseos,90
resistía a las súplicas de César,
lágrimas copiosísimas vertiendo.

Pero ¿qué no consigue de su amada
un amante gentil que doble el ruego,
si sólo tienen su deber por valla,95
y sólo tienen por testigo el cielo?

Pronto aquellas dos almas laceradas
en una sola alma se fundieron,
y se unió al susurrar del oleaje
el misterioso son de un dulce beso...100

LA TEMPESTAD

Ni un pliegue de esas olas denunciará a los
indiferentes el lugar en que dos cuerpos se habrán sumergido
abrazándose bajo las ondas, desde donde dos almas habrán subido
reunidas al eterno éter. ¡Ningún ruido quedará de nosotros sobre la
tierra, más que el pliegue de la ola que se cerrará para siempre!

LAMARTINE

- I -

¿Por qué vuelan tan rápidas las horas
del placer, y al dolor ceden la vía?
¿Por qué dejan sus gasas tentadoras
y se envuelven en túnica sombría?
¡Oh! tan fácil ¡oh dicha! te evaporas,⁵
y te apagas, fanal de la alegría,
como pliegue fantástico de bruma
o copo blanco de ligera espuma.

César y Graziella, enloquecidos
por caricias y sueños tentadores,¹⁰
se reclinaban de gozar rendidos
en una pobre manta de colores;
sobre las ondas móviles mecidos
contábanse su afán y sus temores,
interrumpiendo en su amoroso exceso¹⁵
la narración tranquila con un beso.

En su éxtasis ardiente enajenados
la plática sabrosa prosiguiendo,
no ven que el cielo escalan los nublados
y dobla el lago su continuo estruendo;²⁰
ni que en tristes celajes enlutados
la blanca luna ya desapareciendo,
en tanto que a lo lejos se lamenta
el pájaro que anuncia la tormenta.

Un vaivén de la barca, que impelida²⁵
por el viento zozobra, los despierta;
César al punto su peligro olvida,
mas por su amante teme y está alerta.
Por grados sube el agua enfurecida
hasta bañar de espuma la cubierta:³⁰
llora la niña, César la consuela;
¿qué fue de tus placeres, Graziella?

Ya estalló el huracán: de furia lleno
alza la ola que iracundo hostiga,
y hasta que vuelve al turbulento seno³⁵
a elevarse en pirámide la obliga;
retiembla el monte al retumbar el trueno,
las nubes el relámpago castiga,
y el cráter del Vesubio, allá a lo lejos,
da a las sombras sus fúnebres reflejos.⁴⁰

César oye zumbir sobre su frente
aquella tempestad, que se desata
rodando por la atmósfera imponente
como breña por ronca catarata;

cercano el riesgo inevitable siente⁴⁵
y de acorrer a Graziella trata,
mientras en torno suyo el oleaje
dobla sus broncas voces de coraje.

Enciende con trabajo la linterna
que cubre de los vientos en la quilla,⁵⁰
ase el timón, y rápido gobierna
con su débil apoyo la barquilla;
trascurre un hora indescriptible, eterna,
Y en vano busca la lejana orilla,
que a su impotente cólera parece⁵⁵
que el golfo inmenso ante sus huellas crece.

Si a derramar sus ráfagas brillantes
tornara aquella luna sosegada,
no hallaría a los ávidos amantes
bebiéndose la vida en la mirada;⁶⁰
César tiende sus manos vacilantes
por sostener el cuerpo de su amada,
que sobre el negro piélago se asoma
y en el fondo del barco se desploma.

Si Dante apercibiera desde el monte⁶⁵
aquella escena de dolor eterno,
soñara ver la barca de Caronte
remolcando las almas al infierno;
o vagar en el fúnebre horizonte
las fantásticas sombras del averno,⁷⁰
mezclando sus irónicos acentos
al rumor iracundo de los vientos.

Cual débil costa de flexible paja
que pescador solícito tejía,
sobre las anchas ondas sube y baja⁷⁵
la barca al fondo de la mar sombría;
su frágil casco el oleaje raja
doblando del peligro la agonía,
que es inútil velamen y timón,
y allá vaga a merced del Aquilón.⁸⁰

César cerca de sí mira la muerte
batir regocijada el torvo vuelo,
y en su furia se queja de la suerte
apostrofando con desdén al Cielo;
sobre la frente de su amada vierte⁸⁵
agua del mar, y en su continuo duelo
cubre de ardientes ósculos los ojos
que dieron antes a la luna enojos.

Como la mustia rosa se alza en mayo
al bañarla el rocío en la alborada,90
deja Graziella su letal desmayo
a la intensa impresión del agua helada;
de la linterna al moribundo rayo
atónita dirige la mirada,
y junto al joven ante Dios se humilla,95
y cruzadas las manos se arrodilla.

-César, le dice con tranquilo acento
que la fe de los mártires pregona,
alza tu voz conmigo al firmamento,
pediremos auxilio a la Madonna;100
el término fatal cercano siento,
pero en morir contigo galardona
la Virgen mi dolor; pronto enlazados
seremos por las ondas arrastrados.

César, une tu voz a la voz mía,105
ten esperanza en el que el mar enfrena,
si juntos nos sorprende la agonía
sabré esperarla con la faz serena;
tal vez la barca encallará vacía
de nuestra playa en la dorada arena,110
y al verla los gallardos navegantes
sollozando dirán ¡pobres amantes!

Como el nervudo atleta, que rendido
sobre la dura arena se reclina,
por tantas emociones abatido115
César, doliente la cabeza inclina;
pronto del negro piélago el rugido
una plegaria dominó, divina,
que escucharon gozosos los querubes
desde sus lechos de purpúreas nubes.120

- II -

Dominus illuminatio(7) mea etc.

Salmo XXVI

Cual si aquel cántico triste
que la muerte presagiara
al firmamento se alzara
del Noto al ronco rumor,
y Dios oyera las voces125
de aquellos dos desgraciados,
comenzaron los nublados

a rasgarse en derredor.

De aquella negra mortaja
entre los rotos girones,130
brillantes constelaciones
comenzaron a asomar:

La mano de la Esperanza
se posó en los elementos,
y los iracundos vientos135
dejaron tranquilo el mar.

El rayo olvidó la encina
que tal vez amenazaba,
y el trueno que retumbaba
a sus cavernas rodó:140

Dejo el relámpago súbito
su luz pálida y medrosa,
y el alba de nieve y rosa
el horizonte bordó.

Escaparon las tinieblas145
y los peligros huyeron,
pronto los náufragos vieron
a Prócida blanquear,
que, como tierna paloma
que en céspedes dormitaba,150
allá a lo lejos se alzaba
sobre la orilla del mar.

A su clemente Madonna
nuevas plegarias alzaron,
y allá la barca impulsaron155
sin velamen ni timón,
de su yerro arrepentidos
y con creces castigados,
a pedir arrodillados
del viejo Bempo el perdón.160

Por la tormenta bravía
destrozada la barquilla,
tarda en tocar a la orilla
de los remos a pesar;
mas por el viento arrullados165
al fin las rocas asaltan,
y en tierra ligeros saltan
cerca del paterno hogar.

LA BENDICIÓN

- I -

En la cabaña de Prócida
los pescadores conversan,
ante la Virgen del Mar,
Iris de la costa aquella.

Lleno está el altar de flores⁵
y lámparas y candelas,
y en redor arrodillados
grupos de jóvenes rezan.

No están los rostros alegres,
aunque pasó la tormenta,¹⁰
y se mecen las barquillas
tranquilas en la ribera.

Inequívoca señal
de que alguna indócil pena
a aquellas sencillas gentes¹⁵
con duras garras aqueja.

En efecto, aquella noche
despareció Graziella
de la cabaña de Bempo,
sin que donde es ida sepan.²⁰

Allí está el anciano padre
con la faz triste severa,
su dolor inconsolable
velando a los que le observan.

En vano la buscó triste²⁵
por el bosque y la ribera,
y llevó el eco su nombre
rodando de breña en breña.

En vano los pescadores,
la débil loma deshecha,³⁰
en el golfo se internaron
requiriendo la doncella.

Los amigos officiosos,
ante tan amarga pena,
cercan al anciano Bempo³⁵
rogando por Graziella;
por eso están todos tristes,
por eso no se consuelan,
aunque ven huir las nubes
y esparcirse las tinieblas.⁴⁰

- II -

A volver van a sus redes
los ágiles pescadores,
que ya las luces del día
bajan del lejano monte.

Ante la Madonna dicen⁴⁵
sus últimas oraciones,
y se despiden de Bempo,

hasta la próxima noche;
al salir, miran los árboles
rotos por los aquilones,50
que se destacan desnudos
como fantasmas enormes.

Y a su Madonna bendicen
contemplando el horizonte,
que los matices del alba55
bordan de tibios colores.

Ya el primer grupo salía
por la vereda del bosque,
cuando ven a Graziella
venir seguida del joven.60

De su impaciente alegría
en el lógico transporte,
corren hacia la cabaña
llamando al anciano a voces.

Y la dulce y fausta nueva65
de boca en boca recorre
el ámbito de la estancia
sembrando grato desorden.

Apenas creyó el anciano
la inmensa dicha que oye,70
y en su báculo apoyado
dejó su sillón de roble,
y seguido de sus deudos,
por el camino del bosque
guió la trémula planta75
hacia donde están los jóvenes.

- III -

Apenas al buen anciano
apercibe Graziella,
cuando a sus pies se arrodilla
y humilde sus plantas besa.80

Lágrimas ardientes bañan
sus mejillas de azucena,
que al deslizarse a su seno
parecen lluvia de perlas.

Las manos dirige al cielo85
y los ojos a la tierra,
y a su alabastrina espalda
huyen de pavor sus trenzas.

De pie y con la frente baja
el pescador detrás de ella,90
el fallo adverso o propicio
del airado Bempo espera.

Sin formular una frase
la niña pálida y trémula
quiere romper el silencio95

y sus palabras se niegan.

Que la mirada de un padre
al hijo culpable hiela,
y teme al adusto anciano
la culpable Graziella.100

Al fin, después de un instante,
a sus ansias hora eterna,
puede desatar los lazos
que aprisionaban su lengua,
y levantándose triste,105
y asiendo a su amante César,
que dócil ante las plantas
del anciano se prosterna,
en voz alta, entre sollozos
su crimen de amor confiesa,110
interrumpiendo con lágrimas
la narración de sus penas.

Oyó trémulo el anciano
hasta el colmo de su afrenta,
sin que calmara su cólera115
su resignación inmensa;

y cuando tocaba el término
la llorosa Graziella,
y quiso buscar asilo
en la protección paterna,120
rechazándola el anciano,
aunque el corazón le cuesta,
y siente helarse la sangre
que circula en sus arterias,
con voz sombría les dice,125
acentuando las letras,
señalándola a los grupos
que silenciosos la cercan:

-«¡Ved, honrados pescadores,
la que fue mi Graziella!130
¡Ved la que mancha las canas
que brotan en mi cabeza!

»Báculo de mi vejez
soñé en mis duelos que fuera;
hoy es el puñal que rasga135
con punta infame mis venas.

»Su madre vertiendo llanto
me dijo en su hora postrera:
¡Bempo, Dios a sí me llama,
vela tú por Graziella!140

»Yo te crié en las virtudes
y te enseñé a ser honesta;
¿qué has hecho de aquella honra,
de tu madre sacra herencia?...

»Y tú, joven insensato,145

que con mentidas promesas
arrastrastes al abismo
a esta perjura doncella,

»si esperas mi bendición,
en vano joven la esperas,150
que al que me robó la honra
no diré bendito seas.

»¡Aún puedo vengar agravios
aunque mi mano está trémula;
si esto tu cólera incita,155
aquí un anciano te espera!

»¡Que, vive Dios, que la vida
tanto a mi dolor le pesa,
que cortar su frágil hilo
ni crimen ni agravio fuera!160

»Que un sacerdote os bendiga
y que la suerte os proteja,
pero ¡por esa Madonna!
no piséis jamás mi puerta.

»¡No quiero bajo mi techo165
los que tejieron mi afrenta,
que me basta su recuerdo
para amargar mi existencia!...»

Esto dice el pobre anciano
con voz airada y severa,170
haciendo un supremo esfuerzo
que concluye con sus fuerzas.

Y cual si la última frase
robara las que le restan,
se desplomó entre los brazos175
de los deudos que le cercan.

La réplica rencorosa
se heló en los labios de César,
que el rencor en la desgracia
no cabe en las almas buenas.180

Y acorriendo al pobre anciano,
unido con Graziella,
aquellas honradas canas
con amargo llanto riegan.

Pronto solícitos buscan185
una cama de hojas secas,
y cuidadosos colocan
al anciano sobre ella,
emprendiendo silenciosos,
por la más próxima senda,190
el camino de la choza
donde hoy el dolor se alberga.

Hay una Virgen que vela
por el pobre pescador,
María del Mar se llama
y es hermosa como un sol.
ROGELIA

¿Qué hay en la choza de Bempo
el anciano pescador,
donde hace tan poco tiempo
habitaba el sufrimiento
y se albergaba el dolor?5

Al lucir el nuevo día
sus poéticos albores,
parece que la agonía
se ha trocado en alegría
y las lágrimas en flores.10

De la Madonna el altar
llenan violetas y lirios,
y entre arcadas de azahar,
se ven las luces brillar
de lámparas y de cirios.15

Todo ríe en derredor,
el monte, el prado, las olas,
la barca del pescador
con su toldo de color
y sus blancas banderolas.20

Prócida entera se apresta
entre goces a cruzar
de la playa a la floresta;
Es la celebrada fiesta
de la Madonna del Mar.25

No son las doncellas parcas
en traer frutos y flores,
y hasta de extrañas comarcas,
abandonando sus barcas,
bajan hoy los pescadores.30

Estos llegan entonando
venecianas barcarolas,
unos bajan conversando,
otros se acercan pulsando
sus cítaras españolas.35

Que en este día el pesar

de sus pechos se destierra,
y procuran olvidar
las borrascas de la mar
y los duelos de la tierra.40

Como flores de color
cubren las estrechas sendas
del día al primer albor,
conduciendo con fervor
a la Virgen las ofrendas.45

Por el declive del monte
bajando van las doncellas
en grupos de formas bellas,
como allá en el horizonte
aparecen las estrellas.50

No lucen rubís ni plata,
ni terciopelos ni tules;
mas unen en mezcla grata
con las faldas de escarlata
corpiño y medias azules.55

En el caprichoso enlace
de sus trenzados cabellos
el céfiro se complace,
y el sol que entre nieblas nace
deja sus rayos en ellos.60

Hasta el prado se alboroz
bajo su alfombra de flores,
y en que lo huellen se goza;
que hoy descienden a la choza
las hadas de los amores.65

Pronto músicas sonoras
hacen resonar los vientos,
y las bellas pescadoras
forman danzas tentadoras
al son de los instrumentos.70

En sus caprichosas danzas
los jóvenes las persiguen,
y las mutuas confianzas
a las dulces esperanzas
entre los amantes siguen.75

Todo a los goces se apresta
en aquel feliz hogar,
y en la playa y la floresta;

que es la celebrada fiesta
de la Madonna del Mar.80

CONCLUSIÓN

Lectora, si por mi dicha
con estas páginas velas,
y apuras hasta las heces
de mis nocturnas leyendas,
criticarás el olvido⁵
en que dejé a Graziella,
y en tu impaciente deseo
motejarás al poeta.

Yo dócil a tus enojos
bajo humilde la cabeza,¹⁰
y vuelvo a tomar el arpa
y a herir sus cansadas cuerdas,
para que de aquellas cuitas
el grato término sepas,
si por fortuna en tu pecho¹⁵
hallaron eco sus penas:

Bempo a fuerza de cuidados
cobró la salud que anhela,
y a César y Graziella
concedió su bendición:²⁰
Volvió a nacer la alegría
en aquel hogar dichoso,
y el anciano generoso
fijó el día de la unión.

Por eso Prócida entera²⁵
a dobles goces se apresta
en la celebrada fiesta
de la Madonna del Mar.

Que hoy las bodas se consuman
de los jóvenes amantes,³⁰
y han de jurar ser constantes
ante su sagrado altar.

Por eso doblan las músicas,
las candelas y las flores,
y se escapan los amores³⁵
en las alas del placer:

Por eso los pescadores
descienden a la ribera
con sonrisa placentera
sus dádivas a traer.⁴⁰

Allí está la hermosa niña
junto a su gallardo amante,
ostentando en su semblante
su inmensa felicidad:

Y allí está el anciano Bempo⁴⁵
en su sillón reclinado,
de sus años olvidado,
imagen de la bondad.

En torno danzan los jóvenes
o conversan bulliciosos,⁵⁰
tal vez tejiendo envidiosos
sueños para el porvenir:

Y en tanto, nace el crepúsculo
y se levantan las brumas,
y el sol baja a las espumas⁵⁵
en celajes de zafir.

Lector, si al declinar alguna tarde
de Prócida visitas la ribera,
y subes a la rústica cabaña
donde aún la Madonna se venera;⁶⁰
verás una doncella y un mancebo
en el banco de roble de su puerta,
que saldrán officiosos a ofrecerte
solícitos su cántaro y su mesa.

Sus simpáticos rostros ilumina⁶⁵
la misteriosa luz de la tristeza:
Son los hermanos huérfanos de Prócida,
hijos del pescador y Graziella.

Todas las tardes, cuando el sol desciende,
ante la Virgen por sus padres rezan,⁷⁰
y van a visitar sus pobres tumbas
que cubren los cipreses de la huerta.
Año 1870

Hojas secas : poesías
Benito Más y Prat
Marco legal

Una noche ante Écija
Meditación

¡Tranquila noche! del Genil sonante

oigo lejanas murmurar las ondas,
y el céfiro adormirse suspirante
de las olivas en las verdes frondas.

Bajo el silencio, de reposo germen,⁵
bajo los rayos que la luna envía,
soñando dichas, descuidados duermen,
los que pasaran afanoso el día.

¡Écija también duerme! sosegada,
velándola sus torres altaneras,¹⁰
del Síngilis tranquilo rodeada,
cercado de olivares y praderas.

¡Salve, rica ciudad! patria querida,
emporio un tiempo de comercio y gloria,
mi inquieta mente lánzase atrevida¹⁵
a hendir las sombras de tu regia historia.

Sonar oigo los remos turdetanos,
y entre las ondas argentadas miro
los estrechos läudes fenicianos
con gondoleros de la rica Tiro;²⁰

que, desplegando las tendidas velas,
cambian adornos de coral y ágata,
púrpuras rojas y preciosas telas
por gruesas barras de luciente plata.

Ese sonar de trompas y alegría,²⁵
ese crujir de carros y armaduras,
esas de deslumbrante pedrería,
magníficas, bordadas vestiduras,

son de César triunfante las legiones
que entran cuando despunta la mañana,³⁰
en anchos y apretados escuadrones,
en su colonia firma astigitana.

Ese inmenso rumor y gritería
es de la entusiasmada muchedumbre,
que los juegos olímpicos veía³⁵
del sol poniente a la postrera lumbre;

o del nervioso atleta que sacude
sus músculos de acero comprimidos,
y vuelve, y torna, y a la lucha acude
del público a los rudos alaridos.⁴⁰

Esos arcos y altísima techumbre

que sostienen anchísimos pilares,
esas ricas en oro y clara lumbre
lámparas suspendidas a millares;

esos de bronce y jaspe y plata y oro,45
ídolos y labrados ornamentos,
ese danzar y deleitoso coro
de garzones y dulces instrumentos.

Esas columnas de oloroso incienso
que se evaporan en el éter vano,50
son del regio, magnífico e inmenso
templo, erigido al temeroso Jano.

Los siglos pasan... suena en mis oídos
el choque del alfanje y el almete,
los godos escuadrones son batidos55
a orillas del funesto Guadalete.

De la ecijana trompa en la muralla
escucho el ronco son bramando fiero,
y el postrero rumor de la batalla
en que el poder hispano sucumbiera.60

Cual al conjuro de hechicera maga
aparecen palacios encantados,
alzarse miro ante mi vista vaga
arábigos alcázares calados.

¡Vedlos! de clara luna a los reflejos65
se cuentan los esbeltos miradores,
adornados de tersos azulejos,
que elevan los espléndidos señores.

En sus moriscas y marmóreas salas
lucen pebetes y orientales pomas,70
y entre damascos y preciadas galas,
búcaros frigios esparciendo aromas.

Escuchad... esos lánguidos cantares
son de las incitantes prisioneras,
al pie de los aromos y azahares75
en el harén cercado de palmeras.

El grato son de guzlas y añafiles,
el eco vivo de la alegre zambra,
suena en alcázar de columnas miles,
copia pequeña de la grande Alhambra.80

Y envueltos en los blancos alquiceles,

al pie moruno de las verdes rejas,
con selanes de lirios y claveles,
cuentan amantes sus sentidas quejas...

Écija, la cesárea, la romana,85
gime postrada por extraña mano:
del fenicio la perla turdetana
brilla en el almaizar del africano.

Y pasan siete siglos de cadenas
hasta que el rayo de la luz febea90
baña en torres, alcázares y almenas
el cristiano pendón que altivo ondea.

La Biblia con sus místicos fulgores
eclipsa del Corán la luz sombría,
y lanza sus divinos resplandores95
la Cruz, donde la luna relucía.

Ya miro a los cristianos caballeros
hacer piafar los nobles alazanes;
en los peligros siendo los primeros
y en los amores siendo los galanes.100

Ya las cañas corriendo delirantes,
ya mil trovas ardientes entonando,
ya luciendo en las justas elegantes,
ya en plácidos festines volteando.

El palenque contemplo engalanado105
de ricas en colores vestiduras,
y el anchuroso circo enarenado
de campeones lleno y armaduras.

Ya el agudo clarín llama a la liza
y tiemblan las amantes hechiceras,110
mientras el viento revolando riza
sobrevestas, divisas y cimeras.

La liza acaba: el vencedor gallardo
ante la bella póstrase de hinojos,
que temblorosa cual naciente nardo115
baja encendida los hermosos ojos.

Y entre suspiros que la leve brisa
lleva indiscreta hasta el amante oído,
cíñese el premio con galana risa,
de perlas y zafiros circuido...120

Todo es amor y donosura y gloria,

todo riqueza y esplendor aduna,
mas de esta regia y placentera historia,
-¿Quédannos(8) restos o memoria alguna?

- II -

¿Dónde están los regios baños125
de la orgullosa sultana,
que al colorar la mañana
el eunuco perfumó,
con sus paredes de jaspe
y sus mil caños de oro,130
por donde el cristal sonoro
bullendo se derramó?

¿Dónde los ricos harenes
con hamacas y alhamíes,
habitados por huríes135
imágenes del placer:
Con sus pintados jardines,
con sus fuentes y sus flores,
do alondras y ruiseñores
se vienen a guarecer?140

¿Dónde la ardiente morena
de negros, árabes ojos,
de labios leves y rojos,
de mórbida y tersa tez;145
que envuelta en el blanco manto
cuando la tarde caía,
con su amante departía
desde el moruno ajimez?

¿Dó la preciosa mezquita150
donde el musulmán oraba
cuando el mudden lo llamaba
desde el alzado alminar?
¿Dónde el arabesco alcázar
de almenados torreones,155
y los bravos escuadrones
regidos por Ben-Azar?

¿Qué fue del altivo imperio
que al león aprisionara,
y que a la Europa asombrara160
con su gloria y esplendor?
¡Qué fue de sus trovadores!
¡Qué fue de sus caballeros!
¡Qué fue de tantos guerreros!
¡Qué fue de tanto valor!165

Cayeron cual Herculano,
Pompeya, Creta y Palmira,
que el tiempo que raudo gira
sólo tiende a devastar:
y a su soplo gigantesco¹⁷⁰
volaron cual seca hoja
que ronco huracán arroja
entre las ondas del mar.

Mas, cual de la sabia Atenas
y la grandiosa Nínive,¹⁷⁵
el recuerdo siempre vivo
de su gloria y su poder:
que de rüinas y escombros
mil recuerdos se deslizan,
que su pasado eternizan¹⁸⁰
en los fastos del saber.

¡Duerme, coqueta andaluza,
en tu lecho reclinada,
entre llores, arrullada
por el sonante Genil!¹⁸⁵
Entre prados de esmeralda,
entre verdes olivares,
entre bosques de azahares
que riza el aura sutil.

Duerme en tanto que despierto¹⁹⁰
sueño en tus horas pasadas,
en tus glorias decantadas
y en tu perdido esplendor;
duerme, que la clara luna
envuelve tu sombra vaga,¹⁹⁵
cual el traje de una maga
de alabastrino color.

Duerme bajo el cielo bello
andaluz, puro, gracioso,
que el sol llena primoroso²⁰⁰
de plata y oro y rubí:
por la mañana de nácar,
al medio día azulado,
por la tarde arrebolado,
y por la noche turquí.²⁰⁵

No mires que de mis ojos
llanto amargo se desprende,
mientras que la aurora tiende
su celaje de arrebol;
y despierta, que ya el alba²¹⁰

gotas de aljófares llora,
mientras risueño colora
tus altas torres el sol.
Año 1867

¡Más allá!
Nocturno

Miro el valle andaluz lleno de flores
donde huyó para siempre mi niñez,
donde arrullaron mis primeros sueños
las brisas perfumadas de la fe;
donde un nombre, por grande incomprendible,⁵
mi madre me enseñó a balbucear,
y digo al evocar aquellas horas:
¿Por qué no ha de existir un más allá?

Veo morir cuanto nace en torno mío,
y nacer cuanto acaba de morir;¹⁰
flujo y reflujo del Océano ronco
que ha de envolverme en su oleaje al fin.
Veo los seres dejar a nuevos seres
el espacio que acaban de ocupar,
y digo al sondear tanto misterio:¹⁵
¿Es posible que exista un más allá?

Veo nacer el crepúsculo, vertiendo
sus lágrimas de aljófara en la flor,
y extenderse en las sábanas azules
la deslumbrante clámide del sol,²⁰
contemplo a la viajera de la noche
por campos de luceros caminar,
y digo al abarcar el firmamento:
¡Qué claro debe ser el más allá!

Oigo rodar el trueno, retumbando²⁵
al lucir el relámpago veloz,
y mugir a las ondas turbulentas
al empuje del áspero Aquilón.
Miro el cielo cubierto por el manto
lóbrego de la aciaga tempestad,³⁰
y digo meditando tristemente:
¡Qué oscuro debe ser el más allá!

Tengo en mis brazos trémula y rendida
la imagen seductora del placer;

en leve copa de cristal purpúreo³⁵
liban mis labios su sabrosa hiel.

Bajo el velo de un mórbido regazo
siento un foco de vida palpitar,
y digo en la embriaguez de los sentidos:
¡No es posible que exista más allá!⁴⁰

De una mujer en los azules ojos
veo reflejarse el virginal amor,
cual se refleja en el tranquilo lago
la limpia estrella que precede al sol.

Su espíritu y mi espíritu se anegan⁴⁵
en un éxtasis puro y celestial;
la avidéz de este goce no se sacia...
¿Es que debe saciarse más allá...?
Año 1871

Una nube Oriental

-Ayer, ingrata Zulema,
cuando fuimos a Bib-rambla,
yo a vencer moros al circo
y tú moras en las gradas,
vi que al mirarte Gazul,⁵
cuando en el palenque entraba,
la rosa de tus mejillas
se trocó en purpúrea dalia.

Ya sabes quién es Gazul,
aquel zegrí que en las zambras¹⁰
bravea vistiendo seda,
y tiembla al ceñir la malla;
el que por coger tu guante
en el patio de la Alhambra,
le crucé ante sus amigos¹⁵
con mi manopla la cara.

No frunzas, Zulema, el ceño
porque he leído en tu alma
lo que a tu dueño le velas
con tu sonrisa taimada;²⁰
que el color de las mejillas
no en vano niña se cambia,
y lo que ocultan los labios
lo dice a veces la cara.

Y no digas que es mentira,²⁵
que sospecho que me engañas,
y ante esta sola sospecha

tiembla mi alfanje en la vaina.

Que he jurado por Alá,
si su aliento te profana,³⁰
suspender vuestras cabezas
de los garfios de esa plaza.

Ayer al cruzar las calles
de leve arena doradas,
que el apacible Genil³⁵
al nacer las nieves baña,

hallé un selam primoroso
formado de flores varias
con las letras de tu nombre
en una cinta azulada.⁴⁰

Ese ramo es de Gazul,
que sus pensamientos ata
con una cinta de celos
para que mejor te plazcan.

Pero ¡ay de el, si se convierte⁴⁵
esa cinta perfumada
en un sangriento dogal
que le oprima la garganta!

Cura que jamás espere
bajo tu ajimez el alba,⁵⁰
ni lleve tu cifra al brazo
cuando se jueguen las cañas.

Y cura que ni aun en sueños
su nombre a tu labio salga,
que en mi pecho está dormido⁵⁵
el áspid de la venganza.-

Esto dijo Abenamet
mesando su luenga barba
y llevando entre sus dedos
los crespos rizos de rabia.⁶⁰

Mas un beso de Zulema,
que riendo le escuchaba,
sobre un diván de Damasco
muellemente reclinada,
como el sol corta las nubes⁶⁵
cortó la duda en su alma,
y serenose su frente
que la tormenta anunciaba.

Pronto en el mórbido seno
de la indolente sultana,⁷⁰
dobló Abenamet la frente
con tranquila confianza.

Y el humo de los pebetes
de la magnífica estancia,
envolvió el amante grupo⁷⁵
en sus nieblas perfumadas.

Año 1871

A la luz de mi lámpara
Nocturno

Lasciate ogni speranza.

DANTE

Otro día cayó por Occidente
del crepúsculo al último reflejo,
como los que pasaron por mi daño,
se lleva otra ilusión de mis deseos.

¡Bien venidas, tinieblas de la noche,⁵
que venís a traer sombra y silencio,
y os revolvéis en torno de mi lámpara
danzando a su tenaz chisporroteo!

¡Bien venidas... imágenes hermosas
lanzasteis otras veces en mis sueños¹⁰
ahora que no me cerca nada grato,
qué me podéis traer sino tormento!

Yo ese presente de dolor y lágrimas
que venís a traer, sumiso acepto,
he sido tan feliz que apuré el néctar;¹⁵
réstame la cicuta y el ajenjo.

¡Ay del que el vaso de la vida apura
con insaciable labio en poco tiempo!
¡Ay del que penetrar pródigo ansía
de un arcano insondable los secretos!...²⁰

La vida es esa lámpara que oscila
cubierta por cristal frágil y terso,
que guarece a su llama de los aires
dejándole a la luz espacio abierto.

Rompe el vidrio de verla codicioso²⁵
la mano de un rapaz loco y travieso,
y aquella luz que ha poco deslumbrara,
la mata un soplo de importuno viento.

Así todas mis gratas ilusiones,
como débiles luces se perdieron;³⁰
dejando el corazón en las tinieblas
al romper el cristal de los misterios.

Y así, a la luz opaca de mi lámpara,
cuando mi ávida sed de goces siento,
me complazco en mover polvo y ceniza³⁵
que es lo que resta del antiguo fuego.

De este montón de trémulas pavesas
se alzan algunas veces los recuerdos,
arrastrando las clámides de nácar
con que en los lagos del olvido dieron.⁴⁰

Y desfilan con formas encantadas
del foco de mi lámpara surgiendo,
con lánguido vaivén girando en torno,
como el tropel de huríes de los cuentos,
las primeras caricias de mi madre,45
que mi cuna meciera sonriendo;
la primera amapola que a mi paso
se ofreció, al escapar tras un insecto;
el son de la campana melancólica
que nos llamaba por la tarde al templo,50
y la elevada cúpula, que alzaba
la voz de las plegarias al Eterno;
la impresión religiosa que en mi ánimo
hizo brotar la noche y el silencio,
al contemplar el globo de la luna55
deslizarse por campos de luceros;
la imagen que en sus ráfagas de plata
descendió de la bóveda del cielo,
envuelta en leve túnica, a mis ansias
con labio de claveles sonriendo;60
el descompuesto cuadro de la orgía
en que lucha el espíritu y el cieno,
y ávido busca el corazón caricias,
y pábulo el placer y los deseos;
las notas de la alegre serenata65
en que dicen amor los instrumentos,
al sorprender a la dormida virgen
que se reclina en el velado lecho,
todo en torno de mí gira y se mueve
de la luz a los pálidos reflejos,70
movido por la mano caprichosa
que evoca el torcedor de los recuerdos.
A mi pesar entonces surge el llanto,
y van a aquella edad mis pensamientos,
y a aquellas alegrías mis pesares,75
y a aquellas esperanzas mis deseos.
En vano por matar dichas pasadas
¡que nunca vuelven dichas que se fueron!
sigo del Dante el paso tenebroso,
o las fábulas bélicas de Homero.80
En vano es que medite con el Fausto
de las ciencias ocultas los misterios,
o que con Milton cruce el paraíso,
por la divina maldición desierto;
o suba con el Tasso a tierra santa85
tras el pendón del bravo Godofredo,
explorando las selvas encantadas
que habitaba el gigante Briareo;
en vano es que en arábigas leyendas
penetre en el alcázar opulento,90

de arcos moriscos y calados pórticos
velados por damasco y terciopelo.

Siempre la realidad vierte a tocarme
con su inflexible y descarnado dedo,
y al quemarse el aceite de mi lámpara⁹⁵
conozco que a mis lágrimas me vuelvo.

La oscuridad siniestra me rodea,
no distingo en redor ni un sólo objeto,
y al velarme las páginas del libro
me descubre la sombra de mis duelos.¹⁰⁰

Entonces, de luchar desfallecido,
húmedos de dolor los ojos cierro,
y abandono la frente sobre el brazo
y el golpe triste de las horas cuento,
hasta que el ángel del reposo amigo¹⁰⁵
sus perezosas alas va tendiendo,
y restaura mis miembros fatigados
con su copa de plácido beleño.
Año 1869

La luna de primavera

A...

- I -

Del vespertino celaje
a la vislumbre postrera,
ríela en el oleaje
y se quiebra entre el ramaje
la luna de primavera.⁵

¿Ves, Lola?... su disco sube
por detrás de aquel otero,
no lo mancha ni una nube;
yo contemplándolo estuve
desde el opuesto sendero.¹⁰

Hiende las húmedas brumas
su lumbre que se dilata;
y al matizar las espumas,
finge góndolas de plumas
deslizándose entre plata.¹⁵

Bajo su diáfano velo
de húmedo y flotante tul,
se desliza el arroyuelo,
copiando del claro cielo
el melancólico azul.²⁰

Y entre la alfombra tendida
junto al río y la pradera,
la florecilla escondida
contempla ansiosa de vida
la luna de primavera.25

Todo a su fulgor acrece,
todo a su luz se levanta;
el árbol sus frondas mece,
la rosa en su tallo crece,
el ave en su nido canta.30

El césped cubre los prados
y los musgos la montaña;
ni en los palacios dorados
hay más lujosos bordados
que en la mísera cabaña.35

Hay pórticos de esmeralda,
pabellones de jazmines,
y sobre estrados de gualda,
alcatifas de carmines
puestas del monte en la falda.40

Sobre las cuales triscando
corre la tímida oveja
cuando el sol va declinando,
y el pastor marcha, entonando
alguna rancia conseja...45

¡Qué hermosa, Lola, es la vida
en esa estación primera
aromática y florida!
¡A cuántos goces convida
la luna de primavera!50

- II -

Ya las primeras nieblas del otoño
envolvieron los árboles del bosque,
bajando a lo profundo de los valles
y subiendo a lo alto de los montes.

Ya huyeron las pintadas golondrinas55
en alegre bandada a otras regiones;
ya en el prado no triscan las ovejas
ni nacen entre céspedes las flores.

Lola, pasó la hermosa primavera,
la estación de la luz y los amores;60

ya no gime aromática la brisa
ni los pájaros cantan en el bosque.

La luna que rodaba por la esfera
más opaca en sus ráfagas tornose,
y en el triste crepúsculo aparece,⁶⁵
y entre nubes plumizas se recoge.

La efoliación da ramas al torrente,
que ronco muge y desbordado corre,
arrastrando en sus ondas tiernos álamos
y batiendo los troncos de los robles.⁷⁰

Espiraron las tardes del estío
con sus nubes de trémulos colores,
cual las notas del arpa de los silfos
al escapar las horas de la noche.

Pasaron como pasan las imágenes⁷⁵
que forjaron los sueños seductores,
como pasa el recuerdo de un paisaje
que viéramos por mágico resorte.

Como pasan los goces de la vida
cuando acaba la edad de los amores⁸⁰
y la verdad desnuda se presenta
a deshacer las gratas ilusiones...

- III -

Miento, Lola, que a las nieves
suceden otra vez flores,
y vuelven los cien colores⁸⁵
de la pasada estación;
y vuelven las golondrinas
a anidar en los jardines,
y vuelven los colorines
a entonar nueva canción;⁹⁰

y vuelve ese sol ardiente
que dora la verde espiga,
y vuelve la enana hormiga
sus acopios a empezar:
y vuelven los arroyuelos⁹⁵
que saltan de piedra en piedra,
mojando la verde yedra
y murmurando al saltar.

Mas si una ilusión querida
el corazón abandona,¹⁰⁰
es herida que se encona

y no cesa en su dolor:
herida que en vano toca
el dedo de la esperanza,
para la que no se alcanza¹⁰⁵
bálsamo consolador.
Año 1867

¡Horas que huyen!
Nocturno

Miro en redor de mí y hallo la sombra,
nada me resta ya:
¿Por qué pasan las horas tan ligeras
y no vuelven las horas que se van?

Como antes surgen las purpúreas flores⁵
y hay en el cielo nubes de arrebol,
lanza la estrella trémulos fulgores,
nace la luna, y se levanta el sol.
Tras su nido la dócil golondrina
vadea el ancho mar;¹⁰
da el árbol frutos, néctares la abeja;
¡y no vuelven las horas que se van!

¡Corred, horas, corred, no sois aquellas
que envidiaron mis noches de placer!
Ya os lo dirían si volvieran ellas...¹⁵
¡Pero, inútil afán, no han de volver...!
Pasa el placer como en oscura noche
relámpago fugaz;
guía al sepulcro el hilo de la vida,
¡¡y no vuelven las horas que se van!!²⁰
Año 1868

Al sueño

La vida es sueño.
CALDERÓN

¡Sueño, ser misterioso,
que mis párpados cierras y acaricias,
turbando mi reposo
con tu corte de imágenes ficticias!

¿Por qué la sombra pueblas⁵
de tus engendros vanos,
y te envuelves en gasa de tinieblas,
y se pierde la ciencia en tus arcanos?
¿Por qué la inmensa cripta de los tiempos
dócil te presta sus dolientes sombras¹⁰
y sus fantasmas rojos,
y al mísero mortal punzas y asombras
haciendo que desfilen a sus ojos?
¿Por qué traes de la mano al duro lecho
nuestras más deliciosas ilusiones,¹⁵
y haces que lata sin cesar el pecho
al choque de encontradas sensaciones?
¿Qué fuerza te hace dueño del espacio?
¿Qué Silfo te acompaña,
vertiendo el triste insomnio en el palacio²⁰
y el bálsamo tranquilo en la cabaña?
He allí al sabio fisiólogo abismado
en estudiar tu misteriosa esencia,
páginas enigmáticas revuelve
con la avidez sin freno de la ciencia;²⁵
su lámpara que oscila
por el viento azotada,
alumbra su mejilla descarnada
y su ardiente pupila:
Ya tu dedo le toca,³⁰
un bostezo se escapa de su boca,
dobla en el brazo la cabeza inerme
lucha con tu sopor y al fin... se duerme.
Entonces tú te burlas de su ciencia
y ciñendo su sien de adormideras,³⁵
le llevas extasiado y afanoso
en pos de tus fantásticas quimeras;
los más torpes engaños
apura, como un tierno adolescente
sin recordar la nieve de los años,⁴⁰
y tal vez frunce al despertar el ceño
porque huyen las mentiras de su sueño.
En vano es que el mortal en su locura
pugne por sondearte y comprenderte:
¿Quién hay que huelle la colina oscura⁴⁵
que está cerca del valle de la muerte...?
Mi espíritu me dice que tu yugo
se extiende a la materia solamente.
¡Quién sabe si la vida de las almas
será un sueño de luz eternamente!⁵⁰
¡Antes que el sueño último acaricie
nuestra sien dolorida
con su beso de hielo,
cuántos color de cielo

se habrán desvanecido en nuestra vida!55
Un tiempo, yo soñaba
en un mundo de suave transparencia,
donde se deslizaba
fugaz mi adolescencia,
como ese río que hacia el mar camina60
besándole los pies a la colina.
Aquel globo de luz tenía sus soles,
sus trémulos ejércitos de estrellas,
sus mañanas espléndidas y bellas,
y sus tardes teñidas de arboles.65
A mi paso surgían
gloria, amistad y amores,
como lascivas flores
que para mí en la tierra se mecían;
y desperté: y los fáciles placeres70
en duelos se trocaron;
las hadas en mujeres
falsarias, cuyos brazos
impúdicos tendieron torpes lazos;
la gloria en negro infierno75
de envidia, y los amigos
en cáfila alevosa de enemigos.
Y ya la aurora que al nacer asoma
coronada de nácar sobre el monte,
y la tarde que cae80
tiñendo de arbol el horizonte,
triste fue para mí; y el limpio lago
y la arboleda umbría,
y el valle delicioso
donde daban las aves su armonía,85
como al venir las nieblas del otoño
de brumas se cubrieron,
y las hojas cayeron,
y las aves callaron sus amores,
y en el celaje azul palidieron90
las matizadas nubes de colores.
Desde entonces camino por la tierra
llena de duelo eterno;
cual el proscrito errante,
que lleva sobre el alma como Dante95
todo el peso insufrible del Infierno.
¡Y aquel sueño fatal, aún aparece
a turbar de mis noches el sosiego,
y como fatuo fuego
si vuelvo a despertar se desvanece!100

¡Sueño, yo te perdono! Tú no sabes
todo el mal que me has hecho.
¿Qué más pudiste hacer que de risueñas

imágenes cercar mi triste lecho?
Si el hombre en su locura¹⁰⁵
quiere hallar realidades
en las dichas soñadas,
¿a quién se queja de su daño cierto
cuando el engaño conoció despierto?
Sigue, huésped nocturno, tu carrera,¹¹⁰
y déjame rendido,
con tu copa de dulce adormidera,
descansar en la gruta del olvido.
Puesto que árbitro eres
de pesares y goces¹¹⁵
que con el alba escaparán veloces,
llega, llega a las plumas
donde vela el tirano,
y dile que en el mármol de su pórtico
duerme su pobre hermano;¹²⁰
dile que es la grandeza de la vida
movediza pirámide de arena,
y que el manto de perlas y oro lleno
suele hacerse girones en el cieno.
Di a la hermosa mujer que en limpia luna¹²⁵
cubre sus formas de crujiente seda,
y sus trenzas de flores;
que cuando el tiempo rueda
y siembra hilos de plata en los cabellos
no brillan las diademas sobre ellos;¹³⁰
que el nardo perfumado
marchito cae a su contacto helado.
¡Mas no llesves al lecho
de la casta doncella
tu cohorte de sombras tentadoras¹³⁵
ni tus mentiras de color de fuego;
no levantes la gasa misteriosa
que ante el abismo de los goces tiende
la débil inocencia;
déjala dormitar sobre la blanda¹⁴⁰
pluma, y la limpia sábana de holanda.
Si ha de venir la luz, si ha de tocarse
la helada realidad cuando amanezca,
¿por qué dichas traer? Si sólo es humo
que la brisa del alba ha de llevarse¹⁴⁵
la blanca aparición que en la penumbra
sobre el ardiente foco se destaca,
¿por qué alzar en el alma una armonía,
que ha de apagarse al despuntar el día?
Deja, deja al poeta¹⁵⁰
siempre en tus brazos descansar soñando
y no le esquives nunca tu beleño,
déjale con sus mitos conversando

puesto que sabe que la vida es sueño,
y antes que vea su ilusión perdida,¹⁵⁵
si anhelas que despierte,
enlaza el breve sueño de su vida
con el eterno sueño de la muerte.
Año 1871

Luz y sombra
Nocturno

Cuando te vi y te amé por vez primera,
soñé con ansia loca
acariciar tu rubia cabellera,
tener mis labios cerca de tu boca.
Realizose aquel sueño del deseo⁵
en los primeros hálitos de amor.
¡Y desde entonces afligido veo
cuán cerca del placer está el dolor!

Cuando lejos de ti suspiré un día
mis lágrimas saltaron,¹⁰
nadie las enjugaba en mi agonía
y en su acíbar mis horas empaparon.
Arrastrome la lava del deseo
y ansioso conseguí volverte a ver,
y desde entonces resignado veo¹⁵
cuán cerca del dolor está el placer.
Año 1867

Noche triste
Nocturno

Y el tiempo escapará con sus fugitivas
realidades, cuya rápida existencia mide él mismo.
LAMENNAIS

Estoy cerca de ti, tu blanca mano
oprimo entre las mías con delirio;
todo un mundo de goces e ilusiones
en tus purpúreos labios adivino.
De tus hermosos ojos los destellos⁵

vienen a herir candentes a los míos,
mientras tu puro seno se conmueve
del corazón al trémulo latido.

¿Qué más felicidad? Tuya es mi alma,
como es tuya la dicha que ahora libo,¹⁰
como es tuya mi vida y mi esperanza,
como es tuyo este amor por quien respiro.

¿Por qué tristes mis ojos te contemplan,
a ti, germen de plácidos delirios?

¿Por qué amargura de mis labios brota¹⁵
cual brotan ondas del revuelto río?

¿Por qué fúnebres ecos dolorosos
las tenues brisas traen a mis oídos?

¿Por qué esa luna que las nubes rasga
no da a mis tristes horas luz ni alivio...?²⁰

¿No soy feliz? ¿No miro en esos ojos
todo un cielo de amor y de cariño?

¿No leo en las frases que tu labio dice
un tesoro de fe para conmigo...?

¿Qué tengo? ¿qué me falta? ¿qué deseo?²⁵

¿Por qué triste me quejo del destino,
contemplando esos rayos que se quiebran
en las hermosas ondas de tus rizos...?

¡Bello presente! porvenir dorado...
Mas ¡ah! perdona, porvenir he dicho,³⁰
esa es la frase que mi sueño ahuyenta,
por eso sólo a mi pesar me aflijo.

¡Horas del porvenir, no más ciñáis
de fúnebre crespón los sueños míos;
dejadme una esperanza bienhechora³⁵
que calme mi ansiedad y mi martirio!

Ya vislumbro tal vez en lontananza
la cadena del bárbaro destino,
que crüel me separa de tus brazos
despreciando mi llanto y mi delirio.⁴⁰

De nuestras noches de placer y amores
sólo recuerdos quedarán perdidos;
como la luz de la tranquila tarde
al asomar el astro vespertino.

¡Oh! el llanto en vano asomará a mis ojos,⁴⁵
en vano el pecho me dará suspiros,
que hasta los labios subirán ahogados
para ser en su fuego consumidos.

¡Horas del porvenir! por descifraros,
por ver lo que guardabais escondido,⁵⁰
diera las horas de intranquila duda
en que muriendo en mis insomnios vivo.

Año 1866

A...
Serenata

La pálida luna se quiebra en tu reja
la noche nos brinda balsámica gasa,
allá sobre el río se escucha el suspiro
del pobre barquero que guía su lancha.

El céfiro mueve las flores del carmen,⁵
las aves nos dicen sus quejas en cántigas,
el claro arroyuelo se quiebra entre guijas,
fingiendo cambiantes y espejos de plata.

¿Me quieres, hermosa...? acerca tus labios,
que secos los míos por ellos se abrasan,¹⁰
¡un beso tan sólo...! y por un solo beso
te diera mi plectro, mi vida, mi alma.

Di, ¿qué nos importa que el mundo se empeñe
corriendo incansable en pos de fantasmas?
Amémonos siempre, que amor es el néctar¹⁵
del triste destierro que Dios nos señala.

¿Qué brinda la tierra que no sea mentido?
¿Qué brinda este mundo que no sea una farsa?
¿Qué goce encontraste que no esté cercado
de vastos abismos, de luto y de lágrimas?²⁰

¡Ven...! toquen tus rizos mi pálida frente,
apoya en mi seno tu rostro de nácar;
soñando delicias nos halla la noche,
soñando delicias vendrá la mañana.

Yo bebo en tus labios los sueños de rosa,²⁵
que en torno a mi lecho sonrén y vagan;
yo aspiro en tu aliento los tenues perfumes
que traen en sus pliegues las trémulas auras.

¡Cuán bella es la noche, cuán bella es la vida!
Contempla ese cielo, contempla esas ráfagas³⁰
de luz apacible, que dan las estrellas
tranquilas bañando la bóveda sacra.

¿No ves cuál sonrén los lirios azules
al ver que los huella tu cándida planta?
¿No ves a los peces venirse a la orilla³⁵
dejando por verte su lecho de lamas?

¡Oh! ven, que tus rizos perfumen mi frente,
apoya en mi seno tu rostro de nácar;
soñando delicias nos halla la noche,
soñando delicias vendrá la mañana.⁴⁰

Año 1866

Nocturno

Herschell os contará cuántas estrellas

pasan fugaces en la noche umbría;
adónde va la nebulosa vía,
y adónde paran su carrera ellas.
Oda a la Inteligencia.

- I -

¿Qué fugitivas chispas luminosas
lucen y pasan, rápidas brillando
cual la estela fosfórica que deja
la góndola al cruzar el Adriático?

¿Son mundos que han llegado a su apogeo⁵
y el sople del Señor los ha lanzado
por el ámbito inmenso del vacío
a hundirse en los abismos del pasado?

¿Son estrellas que buscan otro cielo,
o ejército falaz de fuegos fatuos,¹⁰
que vagan por las sábanas azules
llevándoles sus luces a otros astros?

¿Son vírgenes que cruzan con sus lámparas
los etéreos alcázares velados,
o esperanzas que huyeron de la tierra¹⁵
y a la mansión de luz se refugiaron?

¿Quién marcará la esencia de esos globos
que cruzan por el campo dilatado
donde mora la luna! ¿quién el término
sabe donde sus órbitas hallaron!²⁰

¡Oh, con qué melancólica amargura
veo cruzar esas chispas el espacio,
despareciendo en la celeste bóveda
como ilusión de los primeros años!

Mi ávida vista su camino sigue,²⁵
la imperceptible estela rastreando,
creyendo en loco afán que ha de seguir las
hasta el fin que el Señor les ha marcado.

Pero desaparecen en las sombras
como la flecha que escapó del arco;³⁰
¿quién las podrá seguir en su camino!
Allá van en la atmósfera rodando...

¡Mirad aquel lucero! brilla fijo
como piedra preciosa en regio manto,
suspendiendo la vista con sus ráfagas³⁵
y vertiendo la copia de sus rayos.

¡Qué luces! ¡qué cambiantes y matices
que las tintas del iris envidiaron,
lanza aquel débil átomo perdido
en el mar insondable del espacio!⁴⁰

Su brillo melancólico suspende
a la tímida virgen que, soñando
en sus noches de amores, hacia el cielo
dirige la mirada suspirando.

En él encuentra plácidos recuerdos⁴⁵
y ante él derrama el abundoso llanto,
creyendo que desciende de su foco
el consuelo que buscan sus quebrantos.

A él confía los goces que ambiciona
y se olvida del lecho no tocado,⁵⁰
por conversar con el lucero hermoso
que su pálida frente está besando.

¡Qué dulces confianzas! ¡qué suspiros!
¡Qué tiernas quejas del amante ingrato
dice la niña al trémulo lucero⁵⁵
que parece escucharlas extasiado!

Tanto teme la hermosa que se oculte
y que luzca la aurora teme tanto,
que suplica a la noche que no huya
y al sol que no abandone el Océano.⁶⁰

Mas ¡oh dolor! cuando en su luz se mira,
como la adelfa en el tranquilo lago,
huye el lucero por la azul techumbre
rápido como súbito relámpago.

En vano sigue con dolientes ojos⁶⁵
la hermosa virgen el brillante rastro...
¡Allá desapareció en el horizonte
su confesión de amores despreciando!

Huyó como su bien, como sus goces,
como las horas de sus tiernos años;⁷⁰
¡sin escuchar sus dolorosas cuitas,
sin recoger las perlas de su llanto!

¡Ay! hasta las estrellas
desprecian al cuitado
que pasa desvelado⁷⁵
las horas de la noche en la inquietud.

¡Ay! hasta las estrellas
que moran en el cielo,
tienen para su duelo
inconstancia, desdén e ingratitude.⁸⁰

Estrellas o ilusiones
brillan sólo un momento,
hojas que lleva el viento
entre sus alas rápidas al mar;
con sus radiantes luces⁸⁵
deslumbran nuestra alma,
y róbannos la calma
apenas han cesado de brillar.

Estrellas que fugaces
corréis por el espacio,⁹⁰
cual globos de topacio
entre velos diáfanos de tul:
Decidme ¿dónde vais
rápidas por la esfera?
¿Qué término os espera⁹⁵
en el inmenso pabellón azul?

Como lluvia de plata
huir os vi veloces,
así huyeron mis goces,
así mis tristes horas huirán:¹⁰⁰
¡Pasan, pasan las horas!
¡Corren, corren los años!
¡Y vienen los engaños
y las estrellas plácidas se van!
Año 1869

En el Adriático
Barcarola

- I -

La luna va iluminando
la solitaria ribera;
veneciana batelera,

acércame tu bajel:

Que quiero, viendo la estela⁵
que deja sobre las olas,
escuchar tus barcarolas
reclinándonos en él.

Boga, boga,
batelera,¹⁰
la ribera
abandona sin tardar;
mueve aprisa
el frágil remo,
que no temo¹⁵
en tu esquife naufragar.

Al perderse sobre el lago
tus cántigas sensüales,
sus palacios de corales
dejan los genios del mar;²⁰
y tritones y nereidas,
en grupos voluptuosos,
se detienen silenciosos
a ver tu esquife pasar.

Los reinos baten las olas²⁵
al impulso de tu brazo,
y tu mórbido regazo
hace el cansancio mover;
de esa ondulación tranquila
un raudal de goces brota.³⁰
¡Deja que beba una gota
de ese raudal de placer!

¡Oh, qué noche tan hermosa!
¡Cómo la brisa taimada
por tu aliento saturada³⁵
viene mi frente a orëar!
¡Cómo el tranquilo Adriático
tus contornos celestiales
en sus móviles cristales
se complace en reflejar!⁴⁰

Allá a lo lejos, Venecia
alza sus torres agudas,
cual grupo de sombras mudas
perdidas en el azul.

Cuyos ojos relucientes,⁴⁵
en las tinieblas brillando,
van de chispas salpicando
de la bruma el denso tul.

Allí se agitan pesares,
promesas, citas, desvíos,50
estocadas, amoríos,
decepciones y dolor:
Aquí, bajo el cielo mudo,
sólo tu canto resuena,
que el mar se apaga en la arena55
para escucharte mejor.

Boga, boga,
batelera,
la ribera
abandona sin tardar;60
mueve aprisa
el frágil remo
que no temo
en tu esquife naufragar.

- II -

Nada turba nuestra dicha,65
deliciosa veneciana;
tarda la fresca mañana,
la noche mediando va:
Sean testigos las estrellas
de nuestro amoroso lazo;70
toma en arras este abrazo,
en él mi dádiva está.

¡Dejas inmóvil el remo,
callas, tiemblas, te sonrojas;
sobre ese abismo deshojas75
de tu prendido la flor!

En tus pupilas azules
candentes símbolos leo,
¡fingiéndote está el deseo
las delicias del amor!80

¿Qué sopor voluptuoso
a enervar tu ser empieza?
¿Sobre el seno la cabeza
dejas lánguida inclinar?

Un sueño de amor abrasa85
tu frente calenturienta,
¡ven, que yo ese sueño sienta
también mi frente abrasar!

¿Qué te importa que a lo lejos
se alcen torres y atalayas,90
y faros, puertos y playas

esperen nuestro bajel?
¿Qué te importan las ciudades
donde los hombres habitan,
ni los cuidados que agitan⁹⁵
el cieno del mundo aquel?

Sobre estas frágiles tablas
se mece el placer, hermosa;
esa luna silenciosa
reina de la soledad,¹⁰⁰
bendice nuestros amores,
y por mostrársenos grata
con pabellones de plata
decora la inmensidad.

Esta copa cristalina¹⁰⁵
que ardiente licor encierra,
los fantasmas de la tierra
hará en torno aparecer;
y sobre el mar transparente
se alzarán regios alcázares,¹¹⁰
que perlas, coral y nácares
ostentarán por doquier.

Bálsamo de los recuerdos
son sus gotas olorosas;
en blando lecho de rosas¹¹⁵
nuestro esquife trocará:
y como el ave marina
huye al divisar la vela,
el dolor que te desvela
temeroso escapará.¹²⁰

Rubí, cristal y topacio,
en delicioso conjunto,
veré unidos en un punto
de la ardiente libación:
y con el húmedo raso¹²⁵
de tu boca de ambrosía,
vendrás a sellar la mía
en amorosa expansión:

¡Ya en el marfil de tu mano
la copa candente veo!¹³⁰
¡Ya las auras del deseo
rasgan tu casto cendal!
¡Ya eres mía! como el río
es del mar donde se arroja,
como la trémula hoja¹³⁵
es del ronco vendaval.

¿Qué es el mundo sin placeres?
¿Qué es la vida sin amores?
¡Triste cadena de flores
sin perfumes ni color!140
Cauce sin linfa ni juncos,
carmen sin fresas ni pomas,
espesura sin palomas,
cítara sin trovador.

Bebe, bebe, veneciana,145
apuremos nuestra orgía
antes que comience el día
el celaje a iluminar.

Que si nos hiere el hastío,
tendremos para consuelo150
sobre nuestra frente el cielo
y a nuestras plantas el mar.
Año 1871

Misterio Meditación

¿Sabéis lo que es misterio? el ser incomprendible
que manda a los relámpagos la atmósfera cruzar,
el que las aguas vuelca del rápido torrente
y enciende los luceros y enfrena el ronco mar.

El que los rayos lanza sobre la añosa encina5
o la derriba al soplo del súbito aquilón,
el que de azul colora la bóveda del cielo
o cuando rueda el trueno la cubre de crespón.

El que los astros cuelga de etéreas techumbres,
y al día y a la noche da luces y color;10
y plumas a las aves, y espigas a los campos,
y a los naranjos frutos y a las acacias flor.

El que vistió la rosa con traje de escarlata,
el que empapó en perfumes su cáliz virginal,
el que las piedras nutre con átomos de oro15
y el fondo de los mares con nácar y coral.

Misterio es el principio y el fin de cuanto nace,
lo que el espacio oculta tras el brillante sol,
lo que sin tregua impulsa la máquina del mundo,

lo que sin tregua escapa del sórdido crisol.20

¿Sabéis lo que es misterio? es la mirada
de la mujer que nuestro sueño evoca,
la perla de sus ojos arrancada
y el beso perfumado de su boca.

La gasa pudorosa y trasparente²⁵
que vela el suave armiño de su pecho,
la atmósfera aromática y candente
que se respira en torno de su lecho.

¿Sabéis lo que es misterio? es el suspiro
de la virgen que sueña en los amores,³⁰
que no ha cruzado aún en torpe giro
por sus valles de ortigas y de flores.

La inocencia fugaz que se evapora
como el agua de un búcaro en el fuego,
al tocar una boca tentadora³⁵
en el delirio de inocente juego.

Es el último adiós de dos amantes
que separa un revés de la fortuna,
los pliegues de esas nieblas ondulantes
y los trémulos rayos de esa luna.⁴⁰

Lo que encierra esa bóveda estrellada
con sus nubes y vagas auréolas,
lo que oculta esa sábana azulada
entre el vaivén violento de sus olas.

¡Misterio! ese es el silfo que me inspira⁴⁵
cuando en la noche lloro mis querellas,
y acaricio las cuerdas de mi lira
a la argentada luz de las estrellas.

La llama de mi lámpara que oscila,
por su invisible espíritu azotada,⁵⁰
hiere con sus cambiantes mi pupila
en un marco de fuego trasformada.

Y al avanzar sus ráfagas medrosas
hasta tocar los ángulos oscuros,
graba de luz imágenes hermosas⁵⁵
al deslizarse por los pardos muros.

Son las escenas que el misterio vela
y que sólo la luna ha vislumbrado,
cuando en la noche plácida riela

en el mar perezoso y sosegado.60

La primera de amor rápida hora
que cayó en el torrente del olvido,
pasada en confianza halagadora
en unos brazos mórbidos mecido.

La reja de la joven andaluza65
por un rayo de luna iluminada,
cuando el mancebo enamorado cruza
y la encuentra en los hierros reclinada.

Su primer beso ardiente, que se escapa
en las trémulas alas de la brisa,70
menos discreto que la fiel sonrisa
que ocultaron los pliegues de la capa.

La despedida tierna y amorosa
que apresura la luz del nuevo día,
que va eclipsando estrellas presurosa75
y sembrando rumores y alegría.

El festín a la luz de las estrellas
bajo silvestres bóvedas de parras,
donde se vacían copas y botellas
al descompuesto son de las guitarras.80

La góndola de ocultos pabellones
donde entonando va sus barcarolas
la veneciana, en blandos almohadones
con su amante mecida por las olas.

¡Misterio! ¡Tu existencia es un enigma85
que nuestra mente a comprender no alcanza;
tú eres un goce puro, y un estigma,
un foco de maldad y una esperanza!

Entre tus pardas nieblas silenciosas
se forjan las obscenas bacanales,90
se tejen emboscadas alevosas,
y se hunden hasta el pomo los puñales.

En tu sombra velaron Mesalinas
sus lascivas torpes mascaradas,
donde iban las romanas libertinas95
de pudor y vestidos despojadas.

Y allí de Venus en las vivas llamas
la pléyade de jóvenes ardía,
apurando en los brazos de las damas

el asqueroso vaso de la orgía.100

En ti Lucrecia Borgia se ocultaba
para anegarse en loco desenfreno,
y a sus amantes cándidos, llenaba
la copa de placer y de veneno.

Y a las aguas del Tíber silencioso¹⁰⁵
que por la Roma de Trajano gimen,
entregaba con brazo cauteloso
las palpitantes pruebas de su crimen.

¡Misterio! en él se escapan los veloces
ensueños que acarician al poeta,¹¹⁰
en él se unen las extrañas voces
al salterio doliente del profeta.

Con sus velos oculto mi quebranto
y mis recuerdos sin cesar devoro;
en el misterio mis amores canto,¹¹⁵
en el misterio mis dolores lloro.
Año 1870

La campana

Nocturno

EL TOQUE DE AGONÍA

Una sola voz, la voz lejana de una campana de
lugar, vibraba en la tranquila atmósfera.

Y decía:

¡Acordaos de los muertos!

Y en la fascinación de sus ilusiones, parecióle aquel hombre que
la voz de los muertos, débil y vaga, se mezclaba con esta voz aérea.

LAMENNAIS

¿Qué medroso rumor el duelo vierte
y sembrando el terror en torno corre?

¡Es el fúnebre toque de la muerte
que vibra en la campana de la torre!

Sus compasados golpes,⁵
lentos como el dolor, van retumbando
medrosos de eco en eco,
a la alcoba recóndita llevando
su son doliente y seco.

Allí al esposo que en los brazos duerme¹⁰
de la joven esposa,

a la virgen que en sábanas de espuma
halla sueños de rosa,
les dice con metálico lamento
que en la cámara cóncava retumba:15
 «¡Esta voz que os despierta con el viento
es la voz inflexible de la tumba!
 »Mi lengua no se cansa
un día y otro día
de repetir el fúnebre tañido,20
dichoso el que descansa
bajo el ciprés doliente,
porque su nombre olvido
como él olvida al mundo eternamente.
 »Cuando roba la rápida guadaña25
un ser al pobre mundo,
mis átomos de bronce se estremecen;
y herida por el golpe que me agita,
todo mi ser palpita,
y alzo mi voz cuando otras enmudecen.30
 »¡Riquezas, poderíos
que sembráis en el mundo necia guerra
y engrosáis la corriente de los ríos
con el inútil llanto de la tierra!
 »¡Próceres ambiciosos35
que salpicáis el rostro del mendigo
con el lodo que esparce vuestro coche!
¡Magnates orgullosos
que en silenciosa orgía
dejáis correr las horas de la noche40
y os dormís descuidados con el día!
 »Cuando la voz lejana
llegue a vuestros espléndidos retiros,
y os sorprendan los últimos suspiros
que da por el que muere la campana,45
 »recordad que también las negras alas
tiende la muerte sobre el áureo techo
que cubre regias galas;
recordad que también su hálito frío
penetra en sus templados pabellones,50
y cruza sus inmensas antesalas
y llena sus magníficos salones.
 »Si oís mi acento al espirar la tarde
lúgubre retumbar en lontananza,
derramad una lágrima siquiera,55
¡contemplad en la esfera
esa aguja que avanza,
y abandonad conmigo la esperanza!»
 Esto dice con fúnebre tañido
el toque pavoroso de agonía:60
Al escucharlo, el trémulo latido

nos dobla el corazón, sube a la frente
la niebla del pesar, y al pecho herido
se inclina la cabeza tristemente.

Cuando tranquilo el corazón reposa⁶⁵
y el ánimo en los goces distraemos,
de la vida en el tálamo de rosa
por los objetos caros no tememos;
Átropos la tijera misteriosa
mueve, y entonces tristes comprendemos⁷⁰
cuánto es frágil el vaso de la vida,
cuánto es corta su senda fementida.

Ved esa limpia cámara sencilla
donde dos almas contristadas oran
al pie del pobre lecho de un anciano;⁷⁵
aun sonrío la joven
bajo el plácido albor de la esperanza,
aunque la anciana su mirar sombrío
sobre la frente del enfermo lanza.

El colorín parlero⁸⁰
su cántiga en la verde pajarera
no cesa de entonar; el sol poniente
deja caer su sonrosado rayo
sobre la pobre estancia,
y las hijas poéticas de Mayo⁸⁵
esparcen en los tiestos su fragancia.

Parece que la vida
vierte el búcaro bello
de luz y de armonía;
sólo en la triste anciana hay un destello⁹⁰
de mortal inquietud y de agonía.

Tal vez bajo fatal presentimiento
Su triste frente inclina,
y antes que avance el último momento
su corazón de esposa lo adivina;⁹⁵
no así la joven, que en la vida apenas
ha dado el primer paso;
y duda que sus horas tan serenas
tengan tan triste fin, tan negro ocaso.
Mas ¡oh dolor! la muerte revolando¹⁰⁰
sobre el paterno lecho,
cumple el triste presagio de la madre
arrebatando la existencia al padre...

Como antorcha que apaga
el azote del Noto,¹⁰⁵
huye de allí la plácida alegría
al ver el hilo de la vida roto.
El colorín parlero
calló la voz suave,
el punzante perfume de la muerte¹¹⁰
ahogó los de las flores;

y reinaron las lágrimas y el duelo
bajo el techo feliz de los amores.

Cubierta con la adelfa del quebranto
la pálida mejilla¹¹⁵
donde su ardiente huella graba el llanto;
en desorden las trenzas
sobre la espalda mórbida,
y revuelta la gasa de su seno
que ahora de amargo tósigo está lleno,¹²⁰
sobre el lecho se arroja
del espirante anciano
la huérfana doliente,
y ase con mano trémula su mano
y besa con amor su helada frente.¹²⁵

Pronto el golpe fatal le deja inerte,
y róble la luz a su pupila
la misteriosa niebla de la muerte.

Y la llorosa joven,
y la doliente anciana¹³⁰
que pierden la razón y la energía,
oyen el lento son de la campana
que lanza el triste toque de agonía.
Retuércense los brazos,
sollozan la postrera despedida,¹³⁵
y ciñen al cadáver con abrazos
queriendo darle con sus pechos vida.

Y en tanto allá a lo lejos
la campana retumba,
recordando que pronto, a los reflejos¹⁴⁰
del nuevo sol se cerrará otra tumba.

Pero basta de lágrimas, las cuerdas
de mi doliente arpa,
de ciprés melancólico ceñida,
ronca suena en el canto de la muerte¹⁴⁵
porque dejó las flores de la vida.

Allá en bosque lejano y apartado,
de misteriosos sauces circüido,
de adelfas costeadado,
en céspedes tendido,¹⁵⁰
deslízase el arroyo del olvido.

Empapemos allí la sien ardiente
para volver a hallar nuestra alegría;
hasta que zumbe en torno nuevamente
El toque funeral de la agonía.¹⁵⁵

2 de noviembre de 1869

A una lágrima
Nocturno

¡Cuánta amargura, lágrima preciosa,
en tu nítido seno va escondida!
¡Cuántos recuerdos de pasados goces!
¡Cuántos recuerdos de pasadas dichas!
¡Oh, corre, corre, de mis ojos huye,⁵
surca mi rostro, quema mi mejilla,
que el peso amargo de sus hondas penas
al oprimido corazón alivias!

En tu globo diáfano se encierra,
mezclada con tu esencia cristalina,¹⁰
el raudal de amargura que la suerte
derramó sobre el lago de mi vida.

Lago en cuya serena superficie,
que no arrugo ni un soplo de la brisa,
se copiaba la luz de las estrellas¹⁵
y los matices de la tarde estiva.

Donde brotaban dulces ilusiones
matizando sus márgenes floridas,
donde el hada gentil de la esperanza
sus encantadas formas sumergía.²⁰

Por eso aunque eres hija de mi duelo
y cual piedra preciosa, cristalina,
quiero que te evapores en la hoguera
que los pesares en mi pecho avivan.

Porque al verte serena deslizarte²⁵
dejándome escaldada la mejilla,
de verme débil el rubor me enciende
y el sueño no descende a mis pupilas.

¡De mí mismo en la sombra me avergüenzo,
si te viera correr el mundo un día,³⁰
cómo te señalara despiadado
con su burlona y bárbara sonrisa!

¡Pero, no, no ha de ser! cuando el sol luzca
te cubrirá la máscara tupida
del fingimiento, y aunque el mundo observe³⁵
mi triste faz, la encontrará tranquila.

¡Oh! que es la vida matizada senda
que a nuestros ojos sus encantos brinda,
con alfombra de céspedes cubierta
y entoldada con bóvedas floridas.⁴⁰

Pero oculta los áspides malignos
bajo su pabellón de clavellinas,
y cubre con espléndidos tapices
el punzante aguijón de sus ortigas.

Do quiera tiendo los cansados ojos⁴⁵
cuando mi planta sus senderos pisa,

hallo eriales de arenoso suelo
cual el viajero en la desierta Libia.

Las imágenes falsas que a mi lado
en confusión voluptuosa giran,⁵⁰
se evaporan riendo poco a poco
como el humo que escapa de la pira.

Triste es el sol que en el Genil ríela,
triste es el valle que la flor matiza,
y triste, en fin, como mi amarga pena⁵⁵
la clara noche de apacible día.

Un tiempo fue cuando el oscuro mundo
miré velado en fulgoroso prisma;
¿Dónde se fueron sus tranquilas horas?
¿Dónde volaron sus dichosos días?...⁶⁰
¡Cuánta amargura, lágrima preciosa,
en tu nítido seno va escondida!
¡Cuántos recuerdos de pasados goces!
¡Cuántos recuerdos de pasadas dichas!
Año 1868

Ecós de un calabozo
Versión libre de Lamennais
EL MENDIGO

¿Quién a mi patria volverá mi paso?
¡A sus valles risueños
donde el sol es tan bello en el ocaso
y tan gratos los sueños!
¡Donde a la sombra de sus verdes pinos,⁵
bajo el césped rizado,
el arroyo con pasos cristalinos
susurra sosegado!
Entre mi patria y yo, muros de hierro
y abismos insondables¹⁰
abrieron con las puertas del destierro
aquellos miserables.
Pobre hijo infeliz de la montaña,
sin hogar ni trabajo,
sufro de aquellos próceres la saña,¹⁵
trémulo y cabizbajo.
Dijéronme con ceño los tiranos:
-¿Con qué pasas la vida?
-¡Con el duro trabajo de mis manos,
mas no encuentro acogida!²⁰
-¿Cuál es tu hogar? -¡El mundo! -¿Dónde moras?
-¡Donde me halla la luna!
Como no luzco telas brilladoras

no hallo casa ninguna.
-¿Que no tienes hogar? ¿Que andas errante²⁵
por la senda del mundo?
¡La cárcel te dará techo bastante,
miserable vagabundo!
¡Sí! allí te mezclarás a tus iguales
que por sus valles gimen;³⁰
¡allí te enseñarán los criminales
los senderos del crimen!-

¡Hipócritas malvados, que os llamáis
discípulos de Cristo,
¿dónde en esas doctrinas que acatáis³⁵
tal rigor habéis visto?
¿Qué, forjó Dios las cárceles oscuras
y el potro del tormento?
¿Qué, niega vengativo a sus criaturas
la luz del sol y el viento?⁴⁰
¡Pastores de mi patria, que dichosos
vivís en pobre abrigo,
y cedéis vuestro albergue generosos
al prócer y al mendigo!
Ante vosotros uno es el pechero⁴⁵
y el que ostenta blasones;
el de ropaje rico, caballero,
y el que viste girones.
¡Cuán dichosas las horas de mi infancia
corrieron y los años,⁵⁰
donde se alzaba la sencilla estancia
cerca de los rebaños!
¡Cuál rodaban mis libres pensamientos
en aquella ribera,
y se alzaban en alas de los vientos⁵⁵
a la azulada esfera!
Allí escuchaba al mirlo melodioso
quejarse tiernamente,
y despeñarse con afán ruidoso
el rápido torrente.⁶⁰
¡Ay, cuándo, cuándo volveré mi paso
a mis valles risueños,
donde el sol es tan bello en el ocaso
y tan gratos los sueños!
¿Veis aquel punto débil que navega⁶⁵
en mares de topacio?
Es el aguila rauda que despliega
su vuelo en el espacio.
¡Ay, ella sí que es libre! ¿Quién gobierna
su poderosa vuelo?...⁷⁰
También el oso es libre en su caverna,
y el insecto en el suelo.

También sobre las rocas solitarias
es libre la gamuza,
y playas, costas y ciudades varias⁷⁵
libre el pájaro cruza.
Sólo el pobre, proscrito eternamente
en bárbaro destierro,
halla a su paso débil y doliente
un límite de hierro.⁸⁰
Año 1871

La hoguera de los recuerdos
Romance

Aprended flores de mí
lo que va de ayer a hoy...

Ya con su rojiza lengua
me incita el indócil fuego,
a que en sus llamas sepulte
mis amorosos secretos.

Murmurando está de mí⁵
con tenaz chisporroteo,
porque me ve vacilar
hacinando mis recuerdos.

En perfumado montón
ante mis ojos contemplo,¹⁰
epístolas y retratos
de mis amantes que fueron.

Allí está la hermosa Elvira,
mi cándido amor primero,
con sus ojos melancólicos¹⁵
y su tornéado cuello;

allí está la alegre Concha,
velando el mórbido seno
con las enlazadas crenchas
de sus hermosos cabellos.²⁰

Allí están, en fin, Amparo
y Estrella, que es el lucero
que el desamparo de Amparo
consoló con sus destellos.

¡Ay, cuántas noches de luna...²⁵
y relámpagos y truenos,
pasé diciéndoos amén
sumiso como un cordero!

No os he vuelto a ver jamás,
y si os vi, ya no me acuerdo.³⁰

¡Ay, quién pensara que fuese
tan fácil veleta el tiempo!...

Todas me dejaron algo
en el lago del deseo,
las que no dejaron más³⁵
fue... porque dejaron menos.

Por eso yo al abrasar
mis amorosos trofeos,
no es extraño que suspire,
porque al fin, las naves quemamos.⁴⁰

He aquí sus cartas, sus cifras,
las trenzas de sus cabellos,
ora rubias como el oro,
ora cual la sombra negros.

Recuerdos vivos, palpables,⁴⁵
y no cual otros recuerdos,
que concluyen con el alba
o se escapan con el viento.

En todas esas epístolas
de caracteres diversos,⁵⁰
donde con mano de nieve
ardiente lava vertieron,
ramilletes de mentiras,
en cada línea tropiezo,
y aunque con otras mayores⁵⁵
yo cambié pliego por pliego.

De aquellas horas de niño,
que amenizó el ídem ciego,
entre incrédulas sonrisas
tal vez me place el recuerdo.⁶⁰

Si yo fuera aún discípulo
de aquel filósofo tierno
que en contemplación cruzaba
los jardines de Academo,
diría en idéntico trance,⁶⁵
llevando la mano al pecho,
y oprimiendo esas epístolas
con ademán romancesco:

Y es este tu bien ¡oh tierra!
y es este el amor ¡oh cielos!⁷⁰
¿Y es esto lo que da vida?
¿Y lo que da muerte es esto?

Mas como ya tengo escamas
a fuerza de ver anzuelos,
y sólo guardo ceniza⁷⁵
de la hoguera de otro tiempo,
voy hacinando en el polvo
aquellos rancios recuerdos,
y el fogón va poco a poco
filosofando con ellos.⁸⁰

Ved cuál arden las promesas
de la niña de ojos negros,
que jugó con mis palabras
como lázaro con ciego.

Ella fue mártir por mí,85
y yo por ella confeso;
me dijo que era su vida,
y se casó con un negro.

Ved cómo el fuego devora
de Emilia el mentido fuego;90
hasta consumé por ésta
el crimen de hacerle versos.

Mirad cuál vuela en cenizas
el rizo de sus cabellos;
todo se lo devolví95
menos la trenza y los besos.

Ya se consume en las llamas
de Amparo el billete tierno,
que me cerraba la reja
y me abría el aposento.100

Ya sólo un negro residuo
queda de aquel lindo cuerpo,
los labios que me abrasaron
están a su vez ardiendo.

Poco a poco desaparece105
de la noble Aldonza el ceño,
que por no tener escudo
me largó un tajo tremendo.

Por un águila caudal
entregó el suyo a un mostrenco;110
hoy sólo le queda el pájaro,
pues que le voló el dinero.

En fin, de tantas bellezas
como viven o murieron,
y que ocuparon su página115
en el libro de mis sueños,

resta sólo, si contemplas
la hoguera de mis recuerdos,
humo en torno de mi frente
y cenizas en el viento.120

Año 1869

La ninfa del valle

Balada

- I -

¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña

la gruta que formé por si venía?
C. CORONADO

Hay una ninfa gentil
que se mece en la laguna
cuando aparece la luna
en los valles del Genil.

Allí mora recogiendo⁵
las pintadas florecillas,
o risueña entretejiendo
los juncos de sus orillas.

Ella acorre a las doncellas
y es de los amantes báculo,¹⁰
ella es árbitra y oráculo
de garzones y de bellas.

Hijos son de la experiencia
sus consejos, en que es parca,
y por eso en la comarca¹⁵
la apellidan La Prudencia.

Y a fe que tienen razón
y tal nombre ha menester,
que prudente debe ser
el que enfrena una pasión.²⁰

Jamás con su voz süave
desvanece la esperanza,
pero advierte la asechanza
con acento triste y grave.

Que cuerda sabe advertir²⁵
los escollos del pesar,
sin que acabe por llorar
el que mira sonreír.

- II -

El crepúsculo espirando
está las sombras tendiendo,³⁰
y una niña sonriendo
va por el monte bajando.

A esperar viene al que adora
cerca de la sacra linfa,
donde la hechicera ninfa³⁵
alcázar de espumas mora.

Que hay junto un bosque de aromas
con pabellones fragantes,
donde se van los amantes
a arrullar con las palomas.40

La vio la ninfa bajar
hacia el bosque encantador,
y dijo al verla avanzar:
«Querrá consejos de amor.»

Mas aunque cabe las flores45
la ninfa esperando estuvo,
a decir cuitas de amores
la niña no se detuvo.

Con indecible amargura
la llama, y con voz suave,50
porque ya el término sabe
adonde va su locura.

Diciendo con triste acento,
que en las montañas resuena,
«¡ay del que fía en el viento55
y alza castillos de arena!»

Oyó la niña indecisa
aquella voz dolorosa,
y entre sus labios de rosa
murió la dulce sonrisa.60

Pero en su amante impaciencia,
por los placeres vencida,
no atendió la voz sentida
del hada de La Prudencia.

- III -

El crepúsculo naciendo65
va las sombras levantando,
y una zagala subiendo
va por el monte llorando.

Ya no esperará al que adora
cerca de la sacra linfa,70
donde la hechicera ninfa
alcázar de espumas mora;

que sordo a gratos favores
y con ella fementido,
ha dado ingrato al olvido75
sus imprudentes amores.

Por eso triste y llorosa
va marchitando la pena
en su frente la azucena
y en su mejilla la rosa.⁸⁰

Por eso el aura sutil
lleva este inútil lamento:
«¿Por qué no escuché el acento
de la ninfa del Genil?»
Año 1870

Nieblas de otoño

Melancólicas⁽⁹⁾ nieblas
que vais tendiendo
tenue manto de gasa
sobre ese cielo.
¡Ay, cuánto placen⁵
mi pecho cuitado
vuestros encajes!

Yo no sé lo que siento
cuando a la tierra
al morir el verano¹⁰
bajan las nieblas,
y con las luces
pasajeras del alba
los valles cubren.

Sus húmedas caricias¹⁵
son mis placeres,
y cuando a acariciarme
rápidas vienen,
su hálito fresco
en el ambiente esparce²⁰
gratos recuerdos.

Al reflejar los rayos
del sol poniente,
en ese opaco velo
de turbios pliegues,²⁵
de luz y sombra,
cuadros fantasmagóricos
la brisa forma.

Una imagen divina,
hada del aire,30
flota allá en el espacio
con áureo traje;
y el éter cruza,
reclinada en su lecho
de leve bruma.35

Aquí se ve una ermita,
y allí una fuente,
más lejos una góndola
que el lago mece;
en este lado,40
un alcázar morisco
de estuco y mármol.

Cual las rápidas sombras
de un cosmorama,
brillan y desaparecen45
en lontananza;
bajan y suben,
o tornan a las aguas
de donde surgen.

¡Ay! cuando yo vagaba50
por la pradera
niño, miré a mi paso
surgir las nieblas
y fui a alcanzarlas,
por gozar los encantos55
que me brindaban.

Ante mi paso iban
huyendo siempre,
¡alcázares de aire,
quién los detiene!60
Jamás mi planta
pudo tocar sus atrios
ni sus arcadas.

Fui joven y un fantasma
más engañoso,65
que esas móviles nieblas
que ven mis ojos,
surgió a mi paso
en órbitas de fuego
áureo girando.70

También corrí hacia el mundo
ávido y ciego;

mas sólo hallé amargura,
dolos y duelos:
¡Ay, como siempre!75
¡Alcázares de aire,
quién los detiene!

Hoy al mirar las nieblas
doy un suspiro;
tributo de un recuerdo80
que va, al olvido;
lago sereno
cuyas olas pesadas
no agita el viento.

¡Nieblas de otoño húmedas!85
¡Sombrío otoño!
Que implacable deshojas
robles y chopos:
Tus pardas nubes
en sueños melancólicos90
al triste sumen.

Es cierto que los iris
de tus mañanas,
tienen pocos matices
de ópalo y grana;95
y tus crepúsculos
extienden en el cenit
celajes turbios.

Pero en cambio ¡cuán dulce
melancolía100
rebotan esas tardes
dulces, tranquilas!
¡Postrer suspiro
que en los brazos de otoño
lanza el estío!105

Mira, niña, esas hojas
que se desprenden
de las ramas sin jugo
que las sostienen;
¡Cómo suspiran!110
al azote del viento
que las agita!

Mira cuál entre el polvo
ruedan crujiendo;
¡a dónde irá la hoja!115
que arrastra el viento!...

Las hojas secas,
como las esperanzas
son de la tierra.
Año 1870

Melancolía
A un amigo

Ignorada de sí yazga mi mente
y muerto mi sentido;
empapa el ramo para herir mi frente
en las tranquilas aguas del olvido.
LISTA

Alga perdida sobre el mar del mundo,
no sé dónde me arrastra el huracán;
aquí estoy con las olas de mi suerte
luchando sin cesar.

¿Qué quieres ¡ay! de tu infeliz amigo,⁵
juguete como tú del Aquilón?

¿Por qué necio pretendes en tinieblas
hallar rayos de sol?

¿Quieres que diga cantigas suaves
que mis sienas circunden de laurel?¹⁰

¿Quieres que pulse el arpa de los sueños
que vi desaparecer?

¡Ay! déjame vagar sin emociones
por la margen florida del Genil;
sobre las aguas, de llorar cansado,¹⁵
mi cítara rompí.

Ya no suena en mi oído el postrer eco
que en el lejano valle levantó,
ni viene a herir mi pecho dolorido
su última vibración.²⁰

Pobre estoico sin fe, sin esperanza,
me deslizo en la escéptica Babel,
sobre el plano inclinado de la duda,
sin mañana ni ayer.

En vano en torno mío se suceden²⁵
las galas de la fértil creación,
y se abrazan los cielos y la tierra
en ósculos de amor.

En vano pasan en ardiente giro
blancas apariciones ante mí,³⁰
tendiéndome risueñas y livianas
sus brazos de marfil.

Ya no encienden el mármol de mi boca

sus incitantes labios de coral;
¡la atmósfera de fuego y ambrosía³⁵
no puedo respirar!
Acaso si en el cielo de mi vida
surgiera el ángel del primer amor
y en la vacía copa de mis goces,
dejara una ilusión,⁴⁰
cuando la tarde triste y melancólica
en nuestros valles declinando va,
y el día con las sombras de la noche
se complace en luchar;
Otra vez a las pobres golondrinas⁴⁵
que van de estos lugares a partir,
y miran silenciosas las cabañas
donde anidar las vi;
con las tiernas endechas de mi arpa
pudiera en su viaje detener,⁵⁰
que a ellas dije mis tristes confidencias
cuando amores canté.
¿Mas cuándo vuelve a su desnuda rama
el fruto seco y la marchita flor?
¿Cuándo vuelve a brillar en nuestro cielo⁵⁵
la perdida ilusión!
¡Ríos que sorbe el mar del desengaño
son los fáciles sueños del placer,
jamás sus olas limpias y azuladas
podrán retroceder!⁶⁰
¡Ya no puedo cantar! deja a tu amigo
vagar por las riberas del Genil;
¡sobre las aguas, de llorar cansado,
mi cítara rompí!
Año 1871

Un nocturno de Beethoven

Dulce y grato...
Como el recuerdo que en el alma deja
la voz de la mujer que hemos querido.
ESPRONCEDA

- I -

¡Un nocturno alemán! ¿oís? la mano
que despierta esa fácil melodía,
al herir el armónico piano,
hiriendo va a la vez el alma mía.

Las notas que se pierden en el viento⁵
tienen la melancólica amargura
de ese voluptuoso sentimiento
que inspira una amorosa calentura.

Y al vibrar en la atmósfera tranquila
entre el misterio de la noche en calma,¹⁰
una lágrima sube a la pupila,
dulce tributo que le rinde el alma.

Venid, los que juzgáis pobre y estrecho
el nublado horizonte de la vida,
los que prestáis abrigo en vuestro pecho¹⁵
a una grata ilusión desvanecida:

Beethoven os dará bálsamo blando
que calme vuestras cuitas con sus gotas,
las cuerdas del dolor irán saltando
a cada golpe de sus dulces notas.²⁰

El pasado surgiendo a vuestros ojos
rodado de mágicos reflejos,
ocultará entre flores sus abrojos
como un rosal que vemos desde lejos;

y en esos melancólicos sonidos²⁵
que sólo el alma a descifrar alcanza,
la imagen hallarán vuestros sentidos
de un recuerdo, un placer, o una esperanza.

Hay siempre un punto en nuestra edad primera,
perpetuo santuario de armonías,³⁰
punto perdido en la falaz ribera
donde se estrellan los postreros días.

En él, grato concierto es el presente
y el porvenir sonido melodioso;
en él es la existencia, trasparente³⁵
arroyo que susurra cadencioso.

Armonía incitante es el acento
de la mujer que nuestro sueño evoca,
el primer ardoroso juramento
que sella con el fuego de su boca.⁴⁰

El foco de placer que brinda el mundo
en la dorada copa de los goces,
la cántiga falaz del vicio inmundo
y de la gloria las mentidas voces.

- II -

Yo recuerdo que en uno de esos días⁴⁵
de mi primera edad punto dichoso,
vibrar oí esas dulces melodías
de un festín en el vértigo engañoso.

Una mujer sobre mi brazo iba
reclinando su brazo peregrino,⁵⁰
trémula flor que se dobló lasciva
al impulso de ardiente torbellino.

Su mórbido regazo levantaba
tal vez un imposible devaneo;
en su pálida frente se pintaba⁵⁵
la misteriosa huella del deseo.

No sé por qué se unió nuestro destino
entre el delirio de la noche aquella;
¡ay, nunca, nunca hubiese en mi camino
impreso el sello de su leve huella!⁶⁰

Envueltos en atmósfera candente
por una senda de fragantes flores,
templamos ambos nuestra sed ardiente
en el vaso falaz de los amores.

Pero tanto los goces escanciamos,⁶⁵
que al apurar un día hasta las heces,
el hastío fatal saboreamos
en vez del néctar dulce de otras veces.

En aquellos momentos silenciosos
en que dejaba su bullicio el día,⁷⁰
escuchábamos ambos silenciosos
ese nocturno henchido de armonía.

Y al sentir desgarrado nuestro pecho
por el punzante arpón de la amargura,
abandonamos el amigo techo⁷⁵
que cubrió protector nuestra ventura.

¡Ay, de esa tierna música el conuento,
recuerdos de otras horas encerraba!
Ella evocó el crüel remordimiento,
y ella por siempre, en fin, nos separaba.⁸⁰

Nuestro placer fue nube pasajera
que en el celaje azul se desvanece,
estrella que despunta allá en la esfera

y cruzándola rauda desaparece;

lámpara que se apaga al soplo leve⁸⁵
de la brisa sutil del desengaño,
planta sin jugo sobre suelo extraño,
gota de agua que cayó en la nieve.

Por eso si esa música tranquila
vibra en las horas de la noche en calma,⁹⁰
una lágrima sube a mi pupila,
dulce tributo que le rinde el alma.

Y la presión süave de la mano
que despierta esa fácil melodía,
al herir, el armónico piano⁹⁵
toca y hiere a la vez el alma mía.
Año 1869

Noche andaluza Romance

Diz que hay noches en el Bósforo
melancólicas, serenas;
diz que son color de nácar
las de Nápoles y Grecia.

Diz que las noches veladas⁵
por las brumas escocesas,
como el arpa de Ossian
tienen misteriosa esencia.

Bello será ver la luna
remontándose en la esfera¹⁰
sobre el cráter del Vesubio,
o las aguas de Venecia.

Bello será en las rüinas
de la desolada Atenas,
en la silenciosa noche¹⁵
meditar sobre una piedra.

Bello será de la Escocia,
sobre las nieves eternas,
ver quebrarse los destellos
de las pálidas estrellas.²⁰

Pero ni la noche itálica,
ni la clara noche griega,
ni las veladas del Bósforo,
ni las noches escocesas,
podrán jamás competir²⁵

en luz, misterio y belleza,
con las noches andaluzas,
con las noches de mi tierra.

¡Venecianos, que miráis
vuestras góndolas ligeras³⁰
deslizarse entre la espuma
al fulgor de las estrellas!

Que al son de las barcarolas
que entonan las bateleras,
os adormecéis tranquilos³⁵
sobre las ondas inquietas;
que encerráis el Adriático
en vuestras calles estrechas,
y tenéis regios alcázares
que en sus aguas se contemplan;⁴⁰

¡venid a mi Andalucía,
del Genil a la ribera,
y decidme si esas noches
son como las noches éstas!

Mirad la pálida luna,⁴⁵
aquí tímida doncella,
que, velada en blancos tules,
a gratas nupcias se apresta.

Sobre los floridos valles
su luz de nácar destella,⁵⁰
platëando las espigas
que dora el sol de la Bética.

Y en el sombrío olivar,
y en la frondosa alameda,
con su corte de luceros⁵⁵
entre los árboles juega.

Contemplad en las veladas
en que termina la siega,
los haces de mies dorada
esparcidos por las eras;⁶⁰

en cuyos tendidos llanos
la segadora morena,
con voz sentida graciosa
entona unas malagueñas;
oíd la alegre guitarra⁶⁵
en que el andaluz puntea
las encantadas canciones
de este país predilectas;

y decidme si gozasteis
el encanto de sus rejas,⁷⁰
sus nocturnos amoríos,
sus trovas y sus endechas;

si las bellas venecianas
tienen la sal de sus bellas,
o si las noches de Italia⁷⁵

son como las noches éstas.

¡Oh! ¡clara noche andaluza,
que con tus blancas estrellas
de la virgen de mis valles
el sueño tranquilo velas!80

Yo, que en tus horas amigas
hallé balsámica esencia,
con que perfumar los duelos
y acallar amargas penas;

de la cítara del bardo,85
pulsando las febles cuerdas,
canto a la luz de la luna
tu misterio y tu belleza.

Año 1869

Un búcaro de flores

ROSA

De mi búcaro exijo, reina rosa,
que corones la blanca porcelana.
¿Qué flor habrá que osada y jactanciosa
luce con tu belleza soberana?...
Tú, que el valle andaluz bordas vistosa5
y saturas de esencias su mañana,
ven a lucir tus plácidos colores
en este humilde búcaro de flores.

VIOLETA

Perdóneme el jazmín y la azucena
si antes de asir sus cálices henchidos
de bálsamo y espuma;
busco otra flor más cándida y honesta,
por débil, por sencilla, por modesta;5
aunque se oculte bajo el césped frío
que corona de gotas de rocío
el alba al despuntar por la floresta.
Que la modestia y la humildad son raras,
y como tales caras;10
y pues ella se oculta en pobre suelo,
sobrándole perfume y terciopelo,
mucho debe valer para el poeta
la odorífera y tímida violeta.

NARDO

Nardo oloroso, huésped del alcázar,
por la bella aristócrata buscado,
para lucir entre sus rubias crenchas

o prenderte en el mórbido regazo;
que sólo en el vaivén de los festines⁵
abres galán tu cáliz perfumado,
por ver tus blancas hojas reflejadas
en un mar de diamantes y topacios;
que de la cita tierna y amorosa
eres el fácil símbolo nevado,¹⁰
en ese tierno idioma de las flores
que hablan en el harem del africano:
Si yo tuviera púrpura de Tiro,
o cámaras espléndidas de mármol,
donde brillara el suave terciopelo¹⁵
y las blandas alfombras de Damasco;
al pasar junto a ti te arrancaría
de ese florido y elegante ramo.

Mas ¡qué puede vivir el regio huésped
de su templada atmósfera apartado,²⁰
en medio de los lirios campesinos,
en la rústica arcilla de este vaso!

SENSITIVA

Ven, tierna y delicada sensitiva,
a ornar mi vaso con tus leves ramas.
¿Por qué no has de brillar entre las rosas,
cuando el pudor y el sentimiento encarnas?...

¡Pliegas esquivas tus sutiles hojas,⁵
te inclinas mustia, triste me rechazas,
crees que del hombre el ardoroso beso
quemará tus hojuelas de esmeralda!...

¡Sí, es cierto, pobre flor, tú lo presientes!
Esas fáciles flores tus hermanas¹⁰
que abren su cáliz al primer amante
y sus perfumes dan al que las aja,
duran tan sólo lo que dura el soplo
que sus despojos al torrente arrastra,
lo que las tibias tintas del crepúsculo,¹⁵
lo que las luces pálidas del alba.

LIRIO

Pobre lirio campesino,
el de las hojas moradas,
el de pétalos de mirra,
el de tallo de esmeralda;
deja las ásperas rocas⁵
donde la brisa embalsamas,
y trueca por mi aposento
tu ribera solitaria.

Bien sé que a los artesones
prefieres las pobres cañas,¹⁰
y al jardín más delicioso

la altura más escarpada;
y que es más dulce y tranquila
de tus lagunas el agua,
que el espejo que te ofrecen¹⁵
los estanques del alcázar.

Mas no temas si mi mano
de tu pradera te arranca,
que el oro y el terciopelo
no brillan en mi morada.²⁰

Pues sólo el pobre poeta
puede rendir a tus plantas,
un laúd que te acaricie
y un jarro de porcelana.

AZAHAR

De una rama siempre hojosa
ramo odorífero bello,
que, como pléyade airosa,
tornas en cielo a la hermosa
que te enlaza en su cabello;⁵

del árbol mas seductor
flor preciada por aromas,
que escuchas al ruiseñor
y oyes las quejas de amor
que se dicen las palomas;¹⁰

¡ven, serás acariciada
en mi búcaro de arcilla,
y no llores desolada
por tu Alhambra⁽¹⁰⁾ de Granada
ni tu alcázar de Sevilla!¹⁵

¿Qué tienes ya que buscar
en sus amenos jardines
aromático azahar,
si no los mora Alhamar
ni sus nobles paladines?²⁰

Un tiempo tus blancas flores,
cual diminutas estrellas,
trepando a los miradores,
espiaban los amores
de las esclavas doncellas.²⁵

O las termas perfumando,
de las desnudas hermosas
las formas acariciando,
se iba tu esencia mezclando
a la del lirio y las rosas;³⁰

mas hoy que el alegre coro
no suena en ardiente zambra
al son de adufe sonoro,
ni cruza el adusto moro
por los patios de la Alhambra(11);35

hoy que en el Betis no flota
ningún arábigo esquife,
ni la damasquina cota
brilla junto a la marlota
bordando el Generalife,40

abandona, flor preciada,
del Darro la verde orilla,
y no llores desolada
por tu Alhambra(12) de Granada
ni tu alcázar de Sevilla.45

JAZMÍN

Blanco jazminillo,
cuando te contemplo
siento que mis labios
tiemblan de deseo.

Tú que eres de Flérida5
hermano gemelo,
por leve, por cándido,
por dulce y por bello,
sabrás por qué corre
por mis venas fuego,10
cuando por tus formas
las tuyas recuerdo.

Es verdad que acaso
te vence su cuello,
su mano süave,15
su redondo seno;
mas es diferencia
de tan poco peso,
que quien siempre os goce
sólo ha de saberlo.20

Ven, pues, a mi vaso,
que junto a mi lecho
coloco las flores
que evocan recuerdos;
para que si vagan25
en torno los sueños,
estén saturados
con su grato incienso.

CLAVEL

Clavelillo encarnado
de terciopelo,
espuma de roja
sangre de Venus;
ven a mi vaso,⁵
te contaré la historia
de aquellos labios.
Aquellos labios rojos
como tus hojas,
que ayer viste risueños¹⁰
sellar mi boca,
hoy... ¡hado impío!
se acercan a otros labios...
¡Ya no son míos!
¿Es verdad que no crees¹⁵
tanto perjurio,
y dices que esos labios
no son los suyos?
¡También un tiempo
duda consoladora²⁰
guardó mi pecho!
Mas, cuando el sol caía
la otra vegada,
al cruzar por la fuente
de la montaña,²⁵
¡vi!... ¿no adivinas
lo que vieron mis ojos
sin que lo diga?...
Hoy al mirar tu clámide
color de fuego,³⁰
espuma de la roja
sangre de Venus,
vengo a decirte
de esos arteros labios
la historia triste.³⁵

ADELFA

Amarga flor encendida,
oprobio de los jardines,
que desprecias los jazmines
y amas el triste ciprés;
que pasas la breve vida⁵
en el campo funerario,
dando sombra al solitario
césped que nace a tus pies.

Flor sin bálsamo ni aromas,
cuya corola vistosa¹⁰
no busca jamás la hermosa
ni el apuesto trovador;

que nunca ofrecida fuiste
por la mano perfumada,
como dádiva sagrada¹⁵
en una noche de amor;

que jamás los regios búcaros
bordaste con tus colores,
como las livianas flores
del cortesano vergel.²⁰

¡Ven entre el jazmín y el nardo
a lucir en mi aposento,
que también tienen asiento
las flores tristes en él!

Imagen del infortunio,²⁵
en ti misma te consumes,
y das en vez de perfumes
tósigo y sombra fatal.

El colorín te desprecia,
te esquiva la mariposa,³⁰
y la abeja laboriosa
huye al verte a su rosal.

¡Desheredada del valle,
yo que comprendo tu angustia,
vengo de tu frente mustia³⁵
la amargura a contemplar!

Y a ofrecerte en este búcaro
de esencia y colores lleno,
un sitio fresco y ameno
y un doloroso cantar.⁴⁰

SIEMPREVIVA

No me cerquéis de pámpanos
cuya esmeralda viva
encienda mis deseos
en báquicas orgías;

no sensuales lotos⁵
de la abrasada India,
sobre el desnudo seno
me traigan esas ninfas;

no me brinden jazmines
en sus formas lascivas,¹⁰
ni coloradas rosas
me den en sus mejillas.

¡Cercad, cercad mi lecho,
de pobres maravillas,
de boj y de romero,¹⁵
de mirlos y de olivas!

Mas, si queréis que sea

la dádiva cumplida,
y que la ofrenda acepte
con placentera risa,²⁰
¡decid a aquella ingrata
que mi deseo esquiva,
y busca en otros brazos
las fáciles caricias,
que vuelva a mi regazo²⁵
como un tiempo solía,
y que mi frente orne
de eterna siempreviva!
Año 1869

Tercera parte
Dedicatorias
Un sueño de Allan Kardec o El mundo de los espíritus
Fantasía espiritista
Dedicada a mi querido amigo Francisco Monsalve

Y si, lector, dijeres ser comentario,
como me lo contaron te lo cuento.(13)

Visión primera
El opio

Es un alcázar de mármol
de arábica arquitectura,
que en las márgenes de un lago
alza sus leves agujas.
Allí la Metempsicosis⁵
el sabio Kardec estudia,
y espectros, sombras. y espíritus
evoca, emplaza y conjura.
Que ha soñado dar al mundo
una creencia profunda,¹⁰
clave infalible y osada
de filosóficas dudas.

En un kiosco chinesco,
que se alza en medio de estufas
en que crecen de los trópicos¹⁵
árboles, flores y frutas,
el opio de Kouang Tchcou
en su larga pipa fuma,
el profeta Allan Kardec

junto a Fátima la turca.20

Cansados están de goces
en las vigiliass nocturnas,
por eso Allan torna al opio
y ella la cítara pulsa.

Una lámpara del Cairo25
con luz indecisa alumbra,
aquella secreta cámara
que doble misterio oculta.

Y a sus apacibles ráfagas
se ve la mezcla confusa30
de objetos heterogéneos
que aquella cámara aduna.

Aquí jarrones chinescos,
allí alcatifas morunas,
al lado estatuas de Grecia,35
más lejos pieles de Rusia.

Pebeteros de Turquía,
ánforas de Siracusa,
y almohadones de Damasco,
y escaños regios de púrpura.40

Cubren los góticos arcos
toledanas colgaduras,
y los delicados muros
voluptuosas pinturas.

Allí los pinceles ágiles45
pintan las gracias desnudas,
ciñendo a Venus la gasa
con que las suyas oculta.

Aquí se ven a las náyades
nadando en blancas espumas,50
y acechando a los mancebos
que se bañan en el Turia.

Más allá, el templo de Chipre
ostenta sus fiestas lúbricas,
y sus pórticos plagados55
de cortesanas impuras.

En este lado, de Rímini
la desventurada adúltera,
deja que el gentil Paolo
ciña su leve cintura.60

En aquél, ardientes goces
copian las veladas turcas,
y en el opuesto, Lucrecia
el dulce Falerno apura.

Éste es el retrete oculto65
donde Allan Kardec oculta
los encantos de sus ocios
y el foco de sus venturas;
que son, su Fátima bella,

y el opio letal que fuma,70
cuando de goces cansado
llama al Delirio en su ayuda.

Todas las noches, después
que explora rancias lecturas,
y va de la tierra al cielo,75
y el Alfa y la Omega busca;
torna al oculto retrete,
cansado de hacer figuras
y símbolos misteriosos
con el compás de la duda;80
y hallando más placentero
el regazo de su turca,
que los misterios de Eleusis
y las egipcias lecturas,
deja a Platón y a Pitágoras,85
con sus páginas enjutas,
y la avidez del espíritu
con la materia subyuga.

Es cerca de media noche,
y como una planta mustia,90
dobla Allan Kardec la frente
sobre su diestra insegura.

La sangre por sus arterias
con dificultad circula,
y ya sostener no puede95
la larga pipa en que fuma.

El opio que le consume
a sus sentidos ofusca,
y sus párpados se cierran
con el sello de la angustia.100

Fátima le está mirando
con indecible amargura,
y calla su bandolín
que ya el profeta no escucha.

Aún por algunos instantes105
Kardec con el sueño lucha,
y signos incoherentes
y extrañas frases murmura.

Que cuando el opio lo vence
y su cerebro se ofusca,110
los misterios del espíritu
creo encontrar en su locura.

Pronto sobre las rodillas
de la fácil hermosura,
dobló Kardec la cabeza115
que en su letargo fluctúa.

Y en su fantástico sueño
vio al Delirio, que en la luna,
descendiendo hasta su cámara

le acarició con ternura.120

Visión segunda

Los espíritus

- I -

Viste el Delirio túnica flotante
de sueños imposibles salpicada,
y por cinto, la venda que al amante
ciega ante los encantos de su amada;
lleva tras sí el Hipogrifo de Atlante⁵
que ágil cruza la bóveda azulada,
con jaeces de armiño y escarlata,
y freno y riendas de brillante plata.

Toca de Allan Kardec la roja frente
y lo arranca del seno de su hermosa;¹⁰
Allan su sangre enardecida siente
y alzar los ojos hasta el ángel osa:
Éste, empuñando mágico tridente
y subiendo en la bestia monstruosa,
hace al profeta que a la grupa monte¹⁵
y se apreste a cruzar el horizonte.

Pronto cual humo que a buscar el viento
por cúpula calada se evapora,
el Hipogrifo deja el aposento
como rápida garza voladora;²⁰
del alcázar se alejan al momento
subiendo hasta los campos de la aurora,
guiados por la luz de las estrellas,
que allá brillan cual pálidas centellas.

Ya el alto monte y la escarpada sierra²⁵
no apercibe del sabio el ojo humano;
despareció cual átomo la tierra
con su faja iracunda el Océano;
ya están donde los vientos se dan guerra,
ya los luceros tocan con la mano,³⁰
ven de Saturno el misterioso anillo,
y de las siete pléyades el brillo.

Suspendido Kardec y ya repuesto
de su sorpresa, le pregunta al guía
el fin que en conducirlo se ha propuesto³⁵
por la celeste y nebulosa vía;
oyolo el genio con gracioso gesto,
y acogiendo indulgente su porfía,
así le habló con mesurada frase,

haciendo al monstruo que su vuelo tase:40

«Kardec, yo vengo a mostrarte
los secretos del espacio,
que hasta ahora inútilmente
te afanaste en descifrar;
»yo vengo a abrirte los pórticos⁴⁵
del mundo de los espíritus,
y ante tu genio profético
sus misterios a rasgar.

»Las súplicas de la sombra
que a tus vigiliat preside,⁵⁰
alcanzó del Ser Supremo
este increíble favor;
»Y obedeciendo sus órdenes,
monté en mi rápido Hipogrifo
y te arranqué de tu cámara⁵⁵
obedeciendo al Señor.

»Por eso dejas la tierra
y surcas el horizonte,
y escalas las altas nubes
y tocas la esfera azul.⁶⁰
»Pronto del planeta Júpiter
los transparentes alcázares
verás, donde los espíritus
tienen hamacas de tul.

»Pronto verás a tu lado⁶⁵
grupos de genios fugaces,
que cruzan el vago viento
como los rayos del sol;
»Y van envueltos en clámides
de leve sustancia aérea,⁷⁰
llenando el éter diáfano
con destellos de arbol.

»Son espíritus errantes
que surgen como palomas,
de los mundos transitorios⁽¹⁴⁾⁷⁵
donde van a reposar;
»y suben hasta las pléyades,
y bajan hasta el Océano,
y pueden sin ningún término
por la atmósfera cruzar.⁸⁰

»Tu humana vista no puede,
sin que yo la venda rasgue,
contemplar estos prodigios

de la celeste región;

»Pero mi mano benéfica⁸⁵
se va a posar en tus párpados
y el mundo de los espíritus
surgirá a mi invocación.»

Esto al decir, la mano del Delirio
tocó los ojos de Kardec, que atento⁹⁰
a la plática extraña, no halló frases
que formular al misterioso genio.

Súbita luz hiriendo su pupila
como la llama de voraz incendio,
torbellinos de púrpura y de oro⁹⁵
hizo rodar con vívidos reflejos.

Ante aquella erupción de luz etérea
deslumbrado quedó por un momento,
cual el que mora oscuro calabozo
y por primera vez contempla a Febo.¹⁰⁰

Mas poco a poco el luminoso núcleo
se fue en áureas columnas extinguiendo,
y a la luz su pupila amaestrada
pudo el sabio medir el firmamento.

- II -

Y vio rodar en sus órbitas¹⁰⁵
globos de luz misteriosos,
y vio mundos luminosos
en el espacio correr;
y vio la máquina extraña
que hace girar los planetas,¹¹⁰
y vio los rojos cometas
brillar y desaparecer.

Apenas un punto había
detenido la mirada,
cuando a su vista asombrada¹¹⁵
la atmósfera se pobló
de un ejército de seres
de forma tan prodigiosa
y esencia tan misteriosa,
como nunca vio ni oyó.¹²⁰

Son sus cuerpos vaporosos
de indescriptible hermosura,
de transparencia tan pura
como el más puro cristal;
y sus formas encantadas,¹²⁵
del ser terreno trasunto,
unen en un mismo punto
lo humano a lo celestial.

Sobre sus frentes diáfanas
lucen rojas auréolas,130
que irradian la luz en olas
más limpias que las del sol;
 en cuyos marcos de fuego
se dibujan sus contornos,
como en los ardientes hornos135
la silueta del crisol.

Visten túnicas flotantes
de indescriptible blancura,
plegadas a la cintura
con cíngulos de coral;140
 hechas de rayos de luna
o de nubes de la aurora,
cuando aun el sol no colora
la ardiente puerta oriental.

Aunque no tienden el vuelo145
cual los alados querubes,
van reclinados en nubes
como en tálamos de tul;
 unidos en dulces grupos,
en atmósfera de aromas,150
como bandos de palomas
sobre el horizonte azul.

Miró Allan Kardec atónito
aquel ejército extraño,
y víctima de un engaño155
fantástico se creyó;
 y a su intérprete volviendo
la temerosa mirada,
con voz trémula y turbada
quiénes eran demandó.160

- III -

«Son, dijo el Delirio, ánimas
que con trabajos profundos,
y reencarnando en los mundos
que a lo lejos ves brillar,
 »a ser espíritus puros165
llegaron, y ora el espacio
llenan, soberbio palacio
que les es dado habitar.

 »Sus envolturas etéreas,
como el vidrio transparentes,170
los órdenes diferentes

publican en su región;

»Aquellos que tú apercibas
de más diáfana envoltura,
tienen esencia más pura,175
allegan más perfección.

»Ahora del astro del día
descienden hasta la tierra,
donde hacen continua guerra
los espíritus del mal;180

»o asisten al llamamiento
del trípode espiritista,(15)
o el don de segunda vista
dan a un crédulo mortal.

»Sus hechos están escritos185
en el libro de la historia,
y una página de gloria
cada uno de ellos llenó;

»Tú sus nombres conocieras
si yo te los relatara,190
pero a una empresa más rara
el destino te llamó.

»Vamos a cortar del cielo
el brillante laberinto,
de Júpiter el recinto195
a tus ojos voy a abrir;

»¡Júpiter! mundo dichoso
de los espíritus centro,
pronto de sus muros dentro
verás otro sol lucir.200

»Verás los valles de Julnius
y sus cármes de rosas,
con sus lunas misteriosas
de diferente color;

»sus alcázares de ópalo,205
de los aires suspendidos,
donde están los escogidos
espíritus del Señor.»

Así diciendo el Delirio
hostigó al monstruo fogoso210
y el camino nebuloso
cortaron con rapidez;

y Allan Kardec vio a su lado
pasar las constelaciones,
como rápidas ficciones215
que giraran a la vez.

Visión tercera
El planeta Júpiter

Entre Saturno y Palas suspendido
hay un globo de luz esplendorosa;
allí al rápido monstruo ha detenido
el Delirio con mano poderosa.
Allan Kardec contempla sorprendido⁵
aquella ardiente máquina asombrosa,
que en su órbita radiante se recrea
y entre cuatro satélites voltea.

«¡He aquí a Júpiter! dice el sabio guía
al profeta neófito asombrado,¹⁰
mansión de la delicia y la armonía
que sólo a ti, mortal, se ha revelado;
ven a gozar bajo la egida mía,
de lo que tú jamás has contemplado;
ven, rasgaré a tus ojos el misterio¹⁵
que envuelve ese magnífico hemisferio.»

Dijo, y cual rudos témpanos de hielo
que ruedan al profundo del torrente,
cayeron presurosos desde el cielo
sobre aquel globo inmenso y trasparente;²⁰
las bellezas extrañas de aquel suelo
surgieron a sus ojos de repente,
cual un paisaje de contorno vago
a la medrosa evocación de un mago.

Quiso el genio al tocar aquel paraje,²⁵
para mejor satisfacer su intento,
contemplar el espléndido paisaje
cerniéndose cual aves en el viento;
y antes de dar un término al viaje
y de tomar sobre la tierra asiento,³⁰
hace a Kardec que en lontananza mire
y tal portento embelesado admire.

Montañas ven de sorprendente altura
como el cristal y el nácar transparentes,
alamedas cubiertas de verdura³⁵
y salpicadas de abundosas fuentes;
ríos que van al mar con tal dulzura
que parecen láudes sus corrientes,

pulsados por el genio de las brumas
que mora en sus alcázares de espumas.40

Allí hay una cascada que levanta
al caer torbellinos de colores;
aquí la vista con su brillo encanta
un bosque de naranjos y de flores;
más lejos una selva se adelanta,45
albergue de parleros ruiseñores;
en este lado plácidos jardines,
morada de pintados colorines.

Como cisnes blanquean a lo lejos
de raras poblaciones las moradas;50
brillar se ven del sol a los reflejos
sus infinitas cúpulas labradas;
éstas son deslumbrantes como espejos,
aquellas como láminas doradas,
otras sus líneas de anchurosas calles55
dejan bajar al fondo de los valles.

En una, cuyo radio portentoso
hasta muchos kilómetros se aleja,
y como en claro lago sol hermoso
en el azul celaje se refleja,(16)60
abate el vuelo el bruto monstruoso,
dócil al conductor que lo maneja,
y atónito Kardec mira a su planta
prodigios tales y belleza tanta.

En un carmen de mirtos y de sauces65
que parece guarida de las hadas,
donde hay arroyos que en torcidos cauces
arrastran sus corrientes sosegadas,
vertiendo espuma las ardientes fauces
por tan gigante ruta fatigadas,70
paró el bruto, sus alas se plegaron,
y el Delirio y el sabio desmontaron.

«¿Dónde estamos? Kardec pregunta al guía;
¿qué ciudad es aquesta y cuál su nombre?»
¡Jamás soñó otra igual la fantasía75
ni el insensato delirar del hombre!»
«Es Julnius, la de justa nombradía,
contestole el Delirio, no te asombre
su magnífico pórtico, conmigo
ven de este nuevo encanto a ser testigo.»80

Visión cuarta
Julnius

La grande entrada está a la izquierda,

sobre la llanura; a la derecha el río, al
Norte y al Mediodía los jardines.
Controversia de COMETTANT

- I -

Penetraron los viajeros
en la ciudad portentosa,
cuando la aurora dudosa
daba sus rayos postreros.

A su vista, deslumbrantes⁵
se ofrecieron sus palacios,
con cúpulas de topacios
y columnas de diamantes.

Cuantas formas encantadas
soñó enferma fantasía,¹⁰
en sus extrañas moradas
aquella ciudad tenía.

Arábigos embutidos,
greco-romanas labores,
cármenes, fuentes y flores,¹⁵
y atrios de jaspes pulidos.

A realizar no alcanzara,
nuestro artista más osado,
la creación menos rara
que allí el arte ha realizado.²⁰

De mármol blanco y luciente,
hay un gótico edificio,
que se eleva en la vertiente
de un horrible precipicio.⁽¹⁷⁾

Las aguas de sus arcadas²⁵
van entre espuma brotando,
al fondo roncadas rodando
entre las breñas tajadas.

Y da paso al atrio un puente
con estribos tan extraños,³⁰
que hace cien miles de años
que luchan con el torrente.⁽¹⁸⁾

Hay en la falda de un monte
un alcázar tan calado,
que parece tul alzado³⁵
ante el lejano horizonte.

Y con torres tan delgadas,
porque la vista no tase,
que para medir su base
bastan dos o tres pulgadas.⁴⁰

Más lejos un carmen cruza
donde Julnius se recrea,
que apenas diera su idea
una hipérbole andaluza.

En fin, cuanto allí se encierra,⁴⁵
cuanto sostiene aquel suelo,
no hay que encontrarlo en la tierra
ni hay que buscarlo en el cielo.⁽¹⁹⁾

- II -

El estudio prolijo de nuestros animales, sus
hábitos y caracteres especiales, atestigua suficientemente la
realidad de la ascensión animal.

Los gatos se hacen vidrieros y plomeros, las zorras agentes de
negocios, las jirafas modistas y los elefantes banqueros.
OSCAR COMETTANT

Con entusiasmo profundo
miró Kardec cuanto había,⁵⁰
preguntando ansioso al guía
por los seres de aquel mundo.

Dóciles a su impaciencia,
por invisibles poderes,
vio grupos de extraños seres⁵⁵
desfilan a su presencia.

Mas tan sobrenaturales
y de formas tan extrañas,
que más parecen patrañas
que criaturas racionales.⁶⁰

Vio hipopótamos, leones,
dromedarios y camellos,
jirafas de largos cuellos
y colosales cabrones.

Búfalos, tigres, chacales,65
osos, hienas y lobatos,
zorros y perros y gatos,
y otros cien irracionales.

¡Pero marchando en dos pies
y con ropajes y aliños!70
Como aleluyas de niños
copiando el mundo al revés.

Aquí se ve un elefante
con paletot y sombrero,
que es un déspota banquero75
según su torvo semblante.

Allí vienen dos leones
de frac y botón dorado,
que parece que han dejado
la cámara de sesiones.80

En este lado, conciertos
forjan tres lobos togados,
con cuatro zorros cubiertos
de ropajes enlutados.

En el opuesto, con pláticas85
altas y fines rastreros,
conferencias democráticas
da un chacal a los corderos.

Más allá, con faldas bellas
y galoneadas gorras,90
se adelantan dos doncellas
que son sin disputa zorras.

Y, por último, con trajes
caprichosos de Estambul,
dos asnos de sangre azul95
en extraños carruajes.

Frunció Allan el entrecejo
ante aquel nuevo espectáculo,
y dijo en son de consejo
a su silencioso oráculo:100

«Si en este mundo ¡ay de mí!
sólo goza el animal,
¿qué tiene que hacer aquí
el mísero racional?»

»Si el espíritu avanzando¹⁰⁵
va de región en región,
¿dónde vamos progresando?
¿Dónde está la perfección?

»¡Ay de la tierra cuitada!
Que ha soñado en su locura,¹¹⁰
que es el hombre la criatura
por Dios mejor acabada.

»¡Necios, quieren explorar
lo que no han de comprender!
¡Sabios que queréis saber!¹¹⁵
¿Por qué no sabéis dudar?»

- III -

La ciudad inteligente, la ciudad espiritual, el
Julnius verdadero, no hay que buscarlo en la tierra sino en el aire.

Controversia de O. C.

La filosófica clave
cerró el Delirio riendo,
a Allan Kardec respondiendo
con entonación süave:¹²⁰

«En verdad, Kardec, que justa
tu amarga pena sería;
mas de esta ciudad Augusta
nada has visto todavía.

»Voy a explicarte el misterio¹²⁵
y las causas especiales,
por qué ves irracionales
en este hermoso hemisferio.

»Aun cuando, sabio profundo,
habrás podido entender¹³⁰
que algunos suelen valer
más que los hombres del mundo;

»aunque en gracia y donosura
es prodigio el suelo éste,
hay una Julnius celeste¹³⁵
que la vence en hermosura,

»sobre los llanos etéreos,

descanso de los querubes,
mansión de luz y de nubes
con alcázares aéreos.140

»Con esta ciudad se ajustan
sus límites de tal modo,
que los espíritus todos
pueden bajar cuando gustan.(20)

»Que, como verás después,145
es en demasía oscuro
para un espíritu puro
el espacio que aquí ves.

»Tanto en suma le aventaja,
y tal la fama la exalta,150
que es llamada ciudad alta
por toda la ciudad baja.

»Allí pernoctan constantes
las ánimas depuradas;
allí tienen sus moradas155
Milton, Ariosto y Cervantes.

»Que cuando rayos dorados
lanza el sol en su apogeo,
bajan a dar un paseo
por estos fértiles prados.160

»Esta ciudad, pues, se adapta
a las fieras y animales,
al ascenso de los cuales
no es aquella región apta.

»Así, pues, aun cuando cruces165
por sus barrios más tranquilos,
te encontrarás avestruces,
panteras y cocodrilos.

»La pandilla más aleve,
de más débil condición,170
forman en esta mansión
lo que se llama la plebe.

»Y la de mayor audacia
y mejor rango dental,
forma la clase social175
que se llama aristocracia.

»Éstos oprimen a aquéllos,

y unidos tejen la guerra;
fiel trasunto de la tierra,
todo va por los cabellos.180

»Y hay clubs y revoluciones,
y asonadas y motines,
que promueven los mastines
y aprovechan los leones.

»Mas siempre de tal manera185
se arregla pandilla tal,
que da el mando a una pantera
o entrega el cetro a un chacal.

»Éstos, por mostrarse humanos,
ocultan garras y dientes,190
pero en viéndose potentes
se tragan a sus hermanos.

»Que aunque algunas malas mañas
perdieron al trasmigrar,
la maña de devorar195
es hija de sus entrañas.

»Casi siempre en estos globos,
siguiendo de allá la ley,
marcha a la oreja del rey
un gabinete de lobos,200

»que hacen sabrosa prebenda
de la arcas del erario,
y agitan el incensario
por no perder la merienda.

»En mala sazón hoy día205
está aquí la cosa pública,
porque unos quieren República
y otros piden Monarquía.

»Que anda el Estado sin traba
y lo rige cualquier mono,210
desde que echaron del trono
a una pantera de Java.

»Ya tú podrás comprender
que en situación semejante,
no habrá fiera ni rumiante215
que se puedan entender.

»Así el orden está roto,

y en continua algarabía
se levanta cada día
un motín o un alboroto.220

»Ya sabes cuánto se encierra
en esta Julnius raquítica,
poco menos que la tierra
esclava de la política.

»Ven a su centro conmigo,225
que aún restan rarezas muchas,
y de estas rastreras luchas
te haré ser mudo testigo.»

- IV -

Calló el genio, y el profeta
al escuchar los arcanos230
que encierra en su doble aspecto
aquel hemisferio extraño;
aunque ávido de explorar
no osó desplegar el labio,
y dócil siguiendo al guía235
fueron la ciudad ganando.
Ésta, sus extensas líneas
de calles abrió a su paso,
con soberbios edificios
y limpios adoquinados;240
que aunque allí son animales
los polizontes urbanos,
se estima el ornato público
y se cuida bien el tránsito.
Un vaivén ronco y continuo245
reina en aquel pueblo extraño,
osos, monos y castores
se ven pulular mezclados.
Cada cual va a su negocio
diligente y preocupado;250
los chacales al alcázar
a la oficina los gatos.
No faltan monos imberbes,
ni osos de pelaje cano,
que atisben de alguna zorra255
los incitantes encantos.
Ni alguna hermosa jirafa,
seguida de algún cervato
que lleve en la sien la enseña
de sus torcidos cuidados.260
Éste, lleva al restaurant
a un toro rollizo y manso,
aquél va a jugar al golfo

con un zorro cortesano.
El otro blondas y encajes,265
en una tienda de mantos,
regala a cierta lechuza
que lleva asida del brazo;
grandiosos escaparates,
de objetos mil adornados,270
elegantes joyerías
y establecimientos varios;
completan el panorama
que aquel pueblo rico y vasto
ante los ojos despliega275
del profeta estupefacto.
Los anuncios y los rótulos,
trampas de necios incautos,
como en las cortes de Europa
están generalizados.280
Aquí se lee en letras góticas
y caracteres dorados:
LA BUENA FE, sociedad
cooperativa de asnos.
Allí, LA AMIGA DEL POBRE,285
sucursal de LOS FILÁNTROPOS,
que presta, no a tanto el ciento,
sino a ciento y pico el tanto.
Más allá, LA EXACTITUD,
LA VERDAD y EL DESENGAÑO...290
que coronan los portales
de talleres de calzados;
EL MORO, almacén de vinos
que es sin disputa cristiano,
Y LA DICHA, pupilaje295
para cualquier desdichado.
Ya fijan a cruzar tranquilos
la calle del Desengaño,
calle poco pasajera
pero curiosa del astro,300
cuando una regia fachada,
en cuyo pórtico ancho
se leía en letras áureas
CÁMARA DE DIPUTADOS,
al curioso Allan Kardec305
el Delirio señalando,
díjole: «¡puedes pasar,
la sesión está empezando!»
Tan útil ofrecimiento
aceptó gustoso el sabio,310
seguro de que observaba
sin que fueran a observarlo.
Así, pues, siguió al Delirio,

que subió con fácil paso
las anchas escalinatas³¹⁵
de limpio y brillante mármol.

- V -

En una anchurosa cámara
del espléndido palacio,
sobre elevadas tribunas
y primorosos escaños,³²⁰
los fieles representantes
de la ciudad, contemplaron
allí uncidos por el yugo
poderoso del sufragio.
De pie sobre su tribuna,³²⁵
un tití de pelo lacio,
urde con suma destreza
un discurso diplomático,
lleno de tanta hojarasca
y en hipérboles tan vario,³³⁰
que de seguro ni él mismo
entiende lo que va hablando.
Gran copia de frases huecas
de no sé qué diccionario,
lleva y trae el orador³³⁵
desde el hocico hasta el rabo;
cual cangilones de noria
que van subiendo y bajando,
siempre con la misma agua
y siempre del mismo barro.³⁴⁰
Importante la sesión
debe ser, es que a los lados
se ven nubes de curiosos
pulular en los escaños;
y allá sobre el banco azul³⁴⁵
lucen fajas y entorchados,
parte integrante aún en Julnius
de los jefes del Estado.
Preguntó Allan a un castor,
que le ofreció su tabaco,³⁵⁰
si aquella sesión tenía
algún interés extraño.
A cuya ociosa pregunta
contestole el ciudadano:
«¿Cómo? ¿no lo sabéis vos?³⁵⁵
Hoy se elige candidato.»
En efecto, a la sazón
se resolvía el más arduo
problema, que en todo mundo
plantearan los mundanos.³⁶⁰
Dar un jefe a la nación

recto, económico y sabio,
que de una ciudad anárquica
hiciera un feliz Estado.
Un oso blanco del Polo³⁶⁵
imponen por candidato,
los pilotos que dirigen
aquel esquife monárquico;
y aunque un tigre y una hiena,
un jabalí y un alano³⁷⁰
dádivas distribuyeron
y por reinar maquinaron,
como el oso es oficial
cuenta con grandes soldados,
y ha de ser el vencedor³⁷⁵
en el duelo diplomático.
Con los hombres-alimañas
Kardec familiarizado,
encuentra muy natural
todo cuanto está pasando.³⁸⁰
Y como en la tierra ha visto
ha tiempo idénticos actos,
presiente ya el desenlace
sin ver el último cuadro.
En este punto, en efecto,³⁸⁵
el tití de pelo lacio
quiso hacer la apoteosis
de su Polar candidato.
Ponderó las cualidades
del presunto soberano,³⁹⁰
trajo de sus ascendientes
por las raíces el árbol,
y casi se disponía
a probar que su oso blanco
era más recto que Minos³⁹⁵
y más valiente que Orlando,
cuando pidiendo la venia
los parciales del alano,
con ominosos denuestos
su voz melosa apagaron.⁴⁰⁰
Silbaron los de la izquierda,
replicaron los del banco
azul, y tembló la cámara
en los cimientos dudando.
Era un infernal tumulto⁴⁰⁵
en que sonaban mezclados
distintos nombres a coro
en el diapasón mas alto.
Aquí ruge por palabra
un león republicano,⁴¹⁰
gruñe allí un legitimista,

rebuzna allá un reaccionario.
El presidente sacude
tremendos campanillazos,
llama al orden, nadie escucha,415
el orden se está peinando.
En fin, un lobo de Úbeda
que trasmigró hace diez años,
muy conocido en la cámara
por su aullido extraordinario,420
gritó: «¡a votar! ¡a votar!
Y como torrente rápido,
corrieron hacia las urnas
tigres, chacales y gatos.
Procediose al escrutinio425
con lógica, resultando
por diez y seis aleluyas
elegido el oso blanco.
Habló un toro y dijo «Mu»
le replicó un papagayo(21),430
y protestaron en forma
un castor y un leopardo.
Hubo la de Roncesvalles,
zorros alzaron el gallo,
y una lluvia de dicterios435
cayó sobre el candidato.
Estalló al fin la tormenta
que se estaba condensando,
y entre un vendaval de injurias
y otro de campanillazos,440
se levantó la sesión.
Eran las seis menos cuarto.

- VI -

Yo disculpo fácil y sinceramente la glotonería de
los hambrientos. Pero ¿cómo disculpar a nuestros ciudadanos que
viven en los países más ricos de Europa, y que después de la cosecha
y de la vendimia, teniendo repletos los graneros y llenas las
bodegas, matan con igual furia hasta los pájaros que no tienen más
que el sonido? Su ciego y salvaje frenesí atraviesa en un asador a
los ruisseños, mata y pela tranquilamente al huésped de la casa, al
pobre pardillo que ayer comía en la mano.
MICHELET. (El pájaro)

Luego que Allan bajó la escalinata
marmórea del palacio
de las Constituyentes,445
intranquilo y reacio
por encontrarse entre tan fieras gentes,

dirigiose al Delirio,
y pidiole su venia
para dar algún punto de reposo⁴⁵⁰
a examen tan prolijo y minucioso,
en el café cercano,
apurando dos copas mano a mano.
Y aunque en viajes de magas y adivinos
jamás se habló de viandas ni de vinos,⁴⁵⁵
por ser cosa corriente
mantenerse del aire aquesta gente,
el Delirio a Kardec hace que coma
porque no se parezca al ruin Mahoma,
que vio los siete cielos⁴⁶⁰
y los Elíseos campos donde moran
las pálidas huríes
regalo del Profeta,
registrando hasta el último recinto,
sin tomar ni siquiera una chuleta⁴⁶⁵
con un sabroso trago de lo tinto.

Admitida por tanto
la exigencia de Allan, en el Suizo,
café allí de buen tono,
sentáronse a una mesa,⁴⁷⁰
servida, al parecer, a la francesa,
donde en grata y amable compañía
alegre multitud se reünía.
Abrió la marcha la sabida sopa,
tan clásica en Europa,⁴⁷⁵
siguiéndola otros platos
muy preciados en Julnius por los gatos,
y otros muy delicados comensales
que pagaban allí doce reales.

Esperaba Kardec, como hombre experto,⁴⁸⁰
para dar jaque mate
y plegar servilletas,
un pollo con tomate,
un biftek, un rosbiff o unas chuletas;
mas notó ¡cosa extraña!⁴⁸⁵
que contra el uso frívolo de España,
y otras muchas naciones
de la pícara Tierra,
no se usaban en Julnius los jamones
ni los guisos de carne de Inglaterra.⁴⁹⁰
No con mucho alborozo
interrogó con prontitud al mozo
(que era un pulido mico
de ojos saltones y sesgado hocico)
si vedaban las leyes del planeta⁴⁹⁵
el uso del biftek y la chuleta.
No entendiendo estos nombres,

tan vulgares por dicha entre los hombres,
huyó medroso el ente consabido,
de pregunta tan súbita aturdido.500
Mas un gato de Angola
de crespos rizos y esponjada cola;
gato gran literato,
que por intuición espiritista
adquirió el raro don de doble vista,505
y escribió cierto viaje
de Julnius a la Tierra,
de cuyas mil ponderaciones sumas
pudieran aprender Kart, Verne y Dumas,
repúsole así al sabio,510
moviendo altivo y con desdén el labio:
«Extranjero, pues tal lo parecéis
por ese extraño traje;
sabed que es un ultraje
a estas cultas naciones515
pedir biftek, jamón ni salchichones.
¿Vos creéis liso y llano
comerse en picadillo a un ciudadano,
según uso de un diablo de planeta
en donde es ordinaria la chuleta?520
¡Jamás incurrirá nuestra cocina
en tan horrendo y ominoso vicio;
fuera igual a poner la guillotina
o a organizar de nuevo el Santo Oficio!
¿Qué, no dio la feraz naturaleza525
manjares exquisitos
para saciar mundanos apetitos,
sin que la fiera gente
tenga que merendarse mutuamente?
¡El pájaro sencillo,530
el tierno corderillo,
la graciosa ternera
que vaga a su placer por la pradera!
¿No tienen el derecho de la vida
con la cual la natura les convida?535
¡Oh costumbre malvada
la de entregar la liebre y el cordero
al cuchillo feroz del carnicero!
¡Sabia filosofía,
cuándo llegará el día540
que señales los mundos con tu paso
desde el oriente al encendido ocaso!

Esto diciendo el gato,
rompió en la mesa con estruendo un plato,
y saludando con gentil donaire,545
se fue con otros a tomar el aire.

Ante aquel aluvión de reflexiones
ruborizose el sabio,
y osando apenas desplegar el labio,
atónito miró al celeste guía⁵⁰
que a su lado callaba, sonriendo
cada vez que Kardec se sorprendía.

Alzáronse a tal punto los manteles,
y trémulo y corrido,
pagando el mutuo escote,⁵⁵
dejó el salón, del ángel precedido,
en la ciudad tomando nueva vía
cuando entre sombras espiraba el día.

Visión quinta Noche

- I -

La noche sobre los valles
tendiendo crespones va,
y Julnius profusamente
se comienza a iluminar.

Los reverberos eléctricos⁵
pululan en la ciudad,
que por inútil y turbio
han suprimido allí el gas;
y tiendas y escaparates,
y cafés y restaurants,¹⁰
un ejército de luces
lanzan a la oscuridad.

Confundidos otra vez
en aquel hirviente mar,
cruzan Kardec y el Delirio¹⁵
una vía principal.

Nada ha influido la sombra
en su marcha habitual;
el mismo flujo y reflujo,
unos vienen y otros van.²⁰

Que si Julnius con el sol
tuvo mucho que admirar,
es acaso más curiosa
con la luz artificial.

Buscando pábulo el guía²⁵
del sabio al continuo afán,
los cuadros más caprichosos
le hace en torno contemplar.

Introdúcele con maña

en un regio lupanar,30
donde en lujosos salones
bailan zorras el can-can.

Le hace oír un conciliábulo
en que predicán el mal,
ciertas aves de rapiña35
de hábito negro y talar.

Llévalo a un sucio garito
donde ve poner a un as,
por un alto dignatario,
la encomienda y el collar.40

Y para saciar su sed
de medir y de observar,
lo hace que suba a un palacio
y que baje a un hospital.

No satisfecho aún Kardec,45
vio a lo lejos blanquear
en un marco trasparente
un cartelón teättral.

En él se incitaba al público,
con la lógica usual,50
en periodos rimbombantes
a espaciarse y a pagar.

Y atendiendo el empresario
al instructivo solaz
que Terpsícure y Talía55
a los pueblos cultos dan,
en el regio coliseo
titulado de Alhamar,
sito en los campos Elíseos,
afueras de la ciudad,60

estrenaba LAS CAMÁNDULAS,
obra severa y moral...
del género bufo puro
tan sabroso al paladar.

Después de haberlo leído,65
tornó el sabio a suplicar,
si por acaso era tiempo
que lo condujese allá;

puesto que los espectáculos
de tan rara capital,70
eran el único punto
que le restaba observar,

accedió cual siempre el genio,
y haciéndole atravesar
las vías que han de llevarlos75
hasta la puerta oriental,

llegaron a una plazuela
de figura circular,
donde otro nuevo prodigio

surgió a los ojos de Allan.80

- II -

Cual en noche de verano
el horizonte tranquilo
cruzan las exhalaciones
rodando hasta el infinito,
de aquella extraña plazuela⁸⁵
en el limitado círculo,
vio luces ir y venir
cruzándose en raudos giros.

Créelas Kardec, fuegos fatuos
sobre la arena esparcidos,⁹⁰
o una lluvia pirotécnica
de luminosos granizos.

Mas conoció al acercarse,
por la ansiedad impelido,
que era pura y simplemente⁹⁵
un centro de velocípedos.

En efecto, como en Julnius
no hay carretelas ni tiros,
porque el asno y el corcel
son allí elegantes bípedos,¹⁰⁰
siendo las distancias largas
y existiendo el jeroglífico
de no poder acortarlas
sin patente antagonismo,
un orangután del Congo,¹⁰⁵
que transmigró el otro siglo,
resolvió el arduo problema
inventando el velocípedo.

A favor de esta gran máquina,
a cuyo frente va fijo¹¹⁰
un farol de luz eléctrica
que hace fácil el camino,
los habitantes de Julnius,
seguros en los estribos,
sobre la menuda arena¹¹⁵
giran como torbellinos.

Con este célebre invento,
tan útil como atrevido,
no se ven bestias en coche
ni ciudadanos en tiro.¹²⁰

Y al aprender cada cual
a remolcarse a sí mismo,
cumplen un sabio precepto
de las doctrinas de Cristo.⁽²²⁾

El centro de la plazuela¹²⁵
lo ocupa un kiosco chino,
donde se expenden y arriendan

a precio módico y fijo.

Y en torno de él, colocados
con caprichoso artificio,130
a disposición del público
se eslabonan encendidos.

Es un efecto fantástico
el que hace aquel laberinto,
de seres que van y vienen135
en un vértigo continuo.

Y al ver Kardec las jirafas,
búfalos y cocodrilos,
domar las delgadas ruedas
y alzarse sobre el estribo,140
obedeciendo a un arranque
pavoroso y repulsivo,
dudando lo que veía,
guareciöse del Delirio.

Éste, siempre sonriendo,145
exponiéndolo a un conflicto,
le hizo acercarse al kiosco
y asir un par de vehículos;
y aunque el sabio no era práctico,
previo oportuno ejercicio150
logró hacer girar la máquina
conservando el equilibrio.

Pronto sobre el suave plano
del ondulante camino,
que entre dos calles de abetos155
muere en los campos Elíseos,
firmes en sus aparatos
y a la cabalgata unidos,
rodaron rápidamente
Allan Kardec y el Delirio.160

Visión sexta

Los campos Elíseos

Son el lugar máspreciado de Julnius: allí han
construido el teatro, el circo, los estanques; sin que falten
espléndidos salones, sombrosos laberintos, ni deliciosas calles de
árboles.

- I -

Pronto de los ligeros velocípedos
llegó la luminosa cabalgata,
a dar vista a los mágicos jardines

que en los campos Elíseos se derraman.

Situados están al mediodía⁵
en una vega deliciosa y llana,
de vírgenes florestas circuida
y por suaves alturas limitada.

¡Portentoso paisaje! Nunca el sabio
soñó tan pintoresco panorama;¹⁰
créelos Allan Kardec aquellos bíblicos
mansión de los sagrados patriarcas.

Ansioso de medir tanto prodigio,
aceleró el impulso de su máquina,
que rodó cual trineo sobre témpanos¹⁵
en las vertientes de la zona helada.

Y atropellando líneas de vehículos
en el vértigo loco de su marcha,
llegó, por fin, seguido del Delirio,
de los jardines a la regia entrada.²⁰

Allí, en otro kiosco que a la diestra
de sus rejas de bronce se levanta,
estación general de velocípedos
donde los ciudadanos descabalgan,
dejaron los ligeros aparatos²⁵
encomendados al celoso guarda,
y unidos penetraron sin obstáculos
en aquellos alcázares de hadas.

- II -

Ni los palacios que soñó Ariosto
en las páginas bellas de su Orlando;³⁰
ni el alcázar que Armida la hechicera
forjó para delicia de Reinaldo;

ni los pensiles que Amadís de Gaula
y otros nobles andantes contemplaron,
en las altas y heroicas correrías³⁵
que terminó el tullido de Lepanto,
pudieran compararse ni aun en sueños,
con los que el genio y el absorto sabio
cruzan, y ven en torno dilatarse
en el circuito del inmenso campo.⁴⁰

Aunque la noche sus crespones tiende
y el sol duerme en el lecho del ocaso,
cuatro lunas de plácidos colores
van por el horizonte despuntando.

La que sube del Norte es como el hielo,⁴⁵
la del Sur tiene el disco sonrosado,
de brillante esmeralda es la del Este,
la de Oeste de fúlgido topacio.

Cual si a favor de lentes colosales
hicieran converger aquellos rayos⁵⁰
sobre un punto común, las mutuas luces

en el foco magnífico mezclando,
de aquellos cuatro discos luminosos
las ráfagas se mezclan en el plano
del ameno pensil, con sus matices⁵⁵
de indescriptible claridad bañándolo.

Jamás pudieron encontrar las tintas
que coloran y bañan este cuadro,
Lorena, Rafael, Leonardo Vinci,
Murillo, Juan de Juanes, ni Ticiano.⁶⁰

Edificios, kioscos, cenadores,
arboledas, cascadas, fuentes, lagos,
estanques donde oscilan venecianas
góndolas con vistosos entoldados;
grutas que cercan verdes enramadas⁶⁵
y tranquilos arroyos van besando;
todo lo tornasolan y lo cubren
con sus cambiantes trémulos y extraños.

Perdidos en el dédalo de calles
que conducen a circos y teatros,⁷⁰
o guían a lugares pintorescos
del bullicio y las luces apartados;
los misterios de aquel ameno sitio
aparecen y surgen a su paso,
arrancando sonrisas al Delirio⁷⁵
y exclamaciones de desdén al sabio.

Grupos ven deslizarse silenciosos
por veredas ocultas caminando;
parejas enlazadas dulcemente
bajo grutas, kioscos y emparrados.⁸⁰

Escenas amorosas y candentes,
en que zorros, chacales y lobatos,
dan sublime expansión a su apetito
cogiendo el fruto del ajeno árbol.

Viendo el genio que hastían al profeta⁸⁵
los misterios de Venus, guía el paso
por la calle siniestra al edificio
a la musa Talía consagrado,

a tiempo que la tropa numerosa
de aquellos caprichosos ciudadanos⁹⁰
bullía inquieta en el estrecho pórtico
por presenciar el cívico espectáculo.

Pronto un dos de las cómodas butacas
que se escalonan en su inmenso patio,
dispuestos a observar lo que les cerca⁹⁵
el Delirio y Kardec se arrellanaron.

Y aprovechando el genio aquella tregua
que da al espectador el entreacto,
de aquel templo del arte los misterios
enumeró con prontitud al sabio.¹⁰⁰

«¿Ves, le dijo, este edificio

que la Tierra ha respetado,
hasta que el genio francés
pudo de cieno mancharlo?

»¿Ves este templo del arte,105
cuyas lápidas honraron
Tirsos, Vegas, Calderones
y otros ingenios preclaros?

»¿Ves este gran monumento
que se apellida Teatro,110
donde crecen los laureles
y hallan eco los aplausos?

»Pues helo aquí en nuestra Julnius
demolido y mancillado,
¡que a tal punto lo ha traído115
de la moral el estrago!

»Antes en sonoro metro
y sin inútil boato,
se importaban de la Tierra
las de aquellos clásicos.120

Y jamás sobre la escena
dio una loba sus encantos,
vestida de suripanta,
a la vergüenza del astro.

»Hoy tan sólo está la gloria125
en gasas, tules y talcos,
y hay escenas que deslumbran,
y hay actrices que dan asco,

»pues a trueque de causar
hondo y lúbrico entusiasmo,130
las fiestas griegas de Venus
se exhiben en escenarios.

»Zorras bailan el can-can
con tonelete tan alto,
que sin querer, van las puntas135
de las colas asomando.

»Monos sabios las incitan,
toros las traen a su lado,
lobos las hacen pecar,
y cerdos baten las manos.140

»Fárrago de comediantes,
artistas perros y gatos,
de los cuales es un zorro
fiel constante empresario,

»tienen el arte en sus uñas,145
por no decir en sus manos,
y se lo arrojan al público
en lastimosos pedazos.

»Los cisnes mojan las plumas
de la lujuria en el lago,150
y cortan rienda al deleite

en voluptuosos partos.

»Talía es ya entretenida;
en vez de sandalia y mano
usa bolita francesa155
y justillo descotado;

»y ensaya en la limpia luna,
sin que la turbe el recato,
lo que ha de cubrir por fórmula
cuando quiera enseñar algo.160

»Hoy las partes de por medio
son el quid del empresario,
que si hay partiquinas bellas
las demás no hacen al caso.

»Y aun cuando el traspunte apunte165
algún misterio ordinario,
los artistas hacen mutis
y va la bola rodando.

»El arte caerá en el cieno,
se hará con el torpe agio,170
pero el público lo paga
y lo cobra el empresario.

»Que aun cuando bramen los críticos
y se retuerzan los clásicos,
serán lícitas en Júpiter175
todas las formas del tráfico.»

Aquí tocó del Delirio
el verídico relato,
cuando tres golpes de címbalo
anunciaron otro acto.180

Alzose el tupido lienzo
que ocultaba el escenario,
y en silencio los curiosos
sus asientos ocuparon.

Y Allan Kardec, pensativo,185
se preparó a ver el cuadro
que cien veces en Europa
estudió ruborizado.

- IV -

El teatro representa
una selva deliciosa,190
sobre la margen de un lago
cubierto de espesa sombra.

Brilla la pálida luna
sobre las lejanas rocas,
plateando los picachos195
que el horizonte recortan;
y allá en el fondo resuena
la música melancólica,
que cual las flautas de Frigia

tiene el deseo en sus notas.200

Volviendo va el maquinista
las candilejas con sorna,
para que el espectador
aguije la vista ansiosa,
y exhale un ¡ay! sensual205
al distinguir en la sombra,
las incitantes imágenes
que le exhibe a tanta costa.

Por fin, el disco brillante
sobre el lago se remonta,210
y riela y esclarece
las artificiales ondas.

La luz a tal punto surge,
y entre gasas misteriosas
que delatan lo que velan215
con transparencia dudosa,
convertidas en Nereidas
se ven diez o doce zorras,
que tejen casi desnudas
sus fábulas mitológicas.220

Van las miradas ardientes
recreándose en las formas,
y en una salva de aplausos
hacen que las palmas rompan.

Y aunque no sonó ni un coro225
ni se declamó una estrofa,
frenéticos ¡El Autor!
piden de tan fértil obra.

En vano porque se calme
la fiebre vertiginosa,230
van en deliciosos grupos
cruzando la escena corva.

¡¡Julnius demanda el poeta
de aquella creación hermosa,
sin pensar que es la Lujuria235
de aquel portento la autora!!

- V -

¡Miró con desdeñosa
sonrisa Allan Kardec al noble genio,
señalando al proscenio
donde la escena vergonzosa ardía,240
y dijo con pausado
acento y continente reposado:
«¡No hay duda que aquí el arte
lleva la mejor parte,
y la buena moral tiene gran templo!245
Mas, si no me rehúsas
un favor sin ejemplo,

quiero dejar a Julnius y sus musas
y cuanto aquí se encierra,
puesto que de la tierra²⁵⁰
es sólo mal trasunto,
según he visto en infernal conjunto.
Si de esa gran ciudad, cuyos cimientos
se afirman en las nubes,
puedo la arena hollar, guía mi paso²⁵⁵
a través de las nieblas,
antes que el sol disipe las tinieblas
dejando el rojo ocaso;
salgamos de este suelo de fantasmas
donde se aspiran fétidos miasmas.»²⁶⁰

Esto diciendo, alzose
de su cómodo asiento,
y hacia el pórtico, altivo dirigiose,
hallándose otra vez en la alameda,
antes que el genio detenerlo pueda.²⁶⁵
La soledad reinaba
en aquellos jardines,
sólo algunas parejas vergonzantes
ocupaban los blancos cenadores
ocultos por las ramas y las flores.²⁷⁰
Las lunas al ocaso
rápidas se acercaban,
recogiendo sus ráfagas brillantes
en los opacos globos,
y ese triste período aparecía,²⁷⁵
que precede al crepúsculo del día.

Siguiolo el genio por las anchas sendas
de los Elíseos campos,
que cruzaba Kardec sin rumbo fijo,
como el padre amoroso sigue al hijo;²⁸⁰
y cuando se encontraron
al pie de un alto monte
que a lo lejos cortaba el horizonte,
detuvo del profeta la carrera,
y le habló con amor de esta manera:²⁸⁵

»Allan, no te maravillen
las que crees vanas patrañas,
estas costumbres, extrañas
no son al mundo⁽²³⁾ en verdad;
»mas si con lógica fría²⁹⁰
y reflexión las comparas,
hallarás que son más raras
en aquella sociedad.

»Que estos pobres animales
se afanen en la política,²⁹⁵

y en esta lucha raquíica
pasen un tiempo mejor;
»Que se rindan como hombres
a maquiavélicos fines,
y se den ¡siervos ruines!300
un despótico señor;

»que en los brazos de la crápula
se adormezcan noche y día,
y el vicio, el oro y la orgía
se afanen en apurar;305

»que en terciopelos y sedas
y en suave ablución de rosas,
sus pasiones asquerosas
quieran hundir y bañar;

»al cabo son pobres bestias,310
estúpidas alimañas,
que en las terrenas montañas
tuvieron su habitación;

»cuya brújula es su instinto,
torpe, egoísta y rastrero;315
brújula que el derrotero
no marca de la razón.

»¡Mas los hombres de la tierra,
que son de distinta esencia,
que orgullosos con su ciencia320
desprecian a su Hacedor!

»¡Que una chispa de Dios mismo
creen encerrar en su alma,
que han de hallar al fin la palma
en otro mundo mejor!325

»¡Que a pura hipótesis saben
que no valen lo que ellos,
ni los órdenes más bellos
de la escala irracional!

»Pues aun los seres que tocan330
los límites racionales,
son al hombre desiguales
en el ángulo facial.

»Esos altivos señores
de cuanto abarca la tierra,335
¿por qué se dan mutua guerra
y en su necia estupidez

»ávidos buscan placeres
y corren al precipicio
de la ambición y del vicio,340

apurando hasta la hez?

»¿Por qué el fuerte sobre el débil
su garra de hiena lanza,
y gozan en la matanza
como el tigre y el chacal?345

»¿Por qué bastardas pasiones
móviles son de sus daños
y pierden los breves años
en las argucias del mal?

»Esta identidad extraña,350
buen profeta, no te asombre,
¡no el bruto tiende hacia el hombre,
el hombre tiende hacia él!

»Vuestros hábitos sociales
son propios del ser agreste,355
he aquí por qué el globo este
es igual al mundo aquél.

»Ahora que he roto la venda
que te ocultaba el misterio,
vamos al nuevo hemisferio360
que deseas, a explorar.

»Hemisferio delicioso,
donde tienen sus moradas
las ánimas depuradas
que a Dios le plugo llamar.365

»Mira mi rápido Hipogrifo
cómo deja la pradera,
y se apercibe en la esfera
la nueva ruta a seguir:

»Dócil a mi voz se acerca,370
¡te aguardan nuevos azares,
da el adiós a estos lugares
que vamos presto a partir!»

Esto dijo el genio al sabio
que en silencio le escuchaba,375
en tanto se acomodaba
en el bruto volador.

Y recogiendo las riendas
dejaron el bajo suelo,
remontándose hasta el cielo380
como ligero vapor.

Visión sétima
La ciudad aérea

¡He aquí, por fin, la ciudad aérea!

¡El mundo de los espíritus!

- I -

Ya iba el alba robando a los luceros
la copia de sus trémulos fulgores,
y del fresco rocío los veneros
vertiendo sobre el cáliz de las flores;
cuando los dos intrépidos viajeros,⁵
envueltos en los húmedos vapores
de la elevada atmósfera, a lo lejos
vieron del astro padre los reflejos.

Giraban de las puertas orientales
los encendidos ejes lentamente,¹⁰
mostrando por espacios colosales
la deslumbrante faz del sol naciente,
cuando de una ciudad las desiguales
torres, hacia la parte de Occidente
vio el sabio alzarse, ante su vista ansiosa¹⁵
velada en gasas de brillante rosa.

Como de nubes tenues y ligeras
parecen a lo lejos sus palacios,
que bordan las olímpicas praderas
sobre extensas planicies de topacios;²⁰
sus cármenes, sus bosques, sus riberas,
suspendidos están en los espacios,
ofreciendo al profeta el gran portento
de una ciudad segura sobre el viento.

Kardec la juzga asilo de querubes²⁵
al contemplar sus muros relucientes,
cuyas bases se asientan en las nubes
que no pueden hollar seres vivientes;
«¡He aquí, le dijo el genio, que ahora subes
al mundo de los cuerpos trasparentes!³⁰
Lo que ningún terrícola ha logrado,
por fácil vía te apercibe el hado.

»Esa es la Julnius limpia y depurada
que moran los filósofos y artistas,
mansión sobre los aires levantada³⁵
con cimientos y plintos de amatistas;
el término será de esta jornada,

que aun cuando a abandonarla te resistas,
el libro del misterio aquí se cierra
y volverás a contemplar la tierra.»40

Callo el Delirio, y el corcel fogoso,
doblando su potencia voladora,
avanzó en el sendero nebuloso
que el sol ardiente de rubí colora;
ya en el cuadrante eterno y luminoso45
señalaba su luz la sexta hora,
cuando el celeste límite tocaron
y en los valles etéreos penetraron.

- II -

Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban
adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe,
el segundo zafiro; el tercero calcedonia; el cuarto esmeralda.

S. JUAN: Apocalipsis

Cercada está de un muro extraordinario
de jaspe, de color resplandeciente,50
con fundamento tan precioso y vario
que en vano aquilatarlo se pretende;
pulidas por extraño lapidario,
cada puerta una piedra trasparente
cubre con sus facetas colosales,55
hacia los cuatro puntos cardinales.

Allí todo es etéreo, vaporoso,
diáfano, sin contornos, impalpable,
como el edén de amor voluptuoso
al grosero mortal inexpugnable;60
los sentidos de plácido reposo
en un éxtasis yacen inefable,
y como el filtro la corriente pura,
la materia aquel ámbito depura.

Nada son las visiones de Mahoma65
con los portentos que el profeta mira,
ni hay alto metro en el terreno idioma
para cantarlos en la corva lira;
Aquel pincel divino que dio a Roma
esas creaciones que el latino admira,70
jamás pudo encontrar en su paleta
el cuadro etéreo que admiró el profeta.

«¡Oh, descifradme el celestial misterio!

Con indecible afán ruega al Delirio,
mostradme este recóndito hemisferio⁷⁵
a trueque de la palma del martirio;
yo cantaré en profético salterio
y encenderé de la oración el cirio,
como paciente y religiosa ofrenda,
cuando a la tierra por mi mal descienda.⁸⁰

»Aun ese muro de cristal brillante
inflexible se eleva ante mis ojos,
y sus puertas de sardio y de diamante
fijas están sobre los ejes rojos;
¡dejemos el corcel del mago Atlante,⁸⁵
que el dilatar la entrada me da enojos!
Abridme esa sardónica luciente
que mira hacia la parte de Occidente.»

«Pláceme, le responde el noble guía,
la incesante avidez que te devora,⁹⁰
y dócil va a ceder a la voz mía
esa preciosa piedra brilladora;
mas antes, por tu ciencia y tu hidalguía
júrame sumisión como hasta ahora;
a más alto poder obedeciendo,⁹⁵
mis órdenes sin réplica siguiendo.

»Tu ser va a transformarse de tal suerte
que abandone el grosero barro humano,
sin que el crisol helado de la muerte
funda tu cuerpo en misterioso arcano;¹⁰⁰
mi venda de tisú voy a ponerte,
pronto en la sombra estrecharás mi mano,
que no pueden tus ojos terrenales
secretos sorprender tan colosales.»

Dio Allan Kardec jurado asentimiento¹⁰⁵
a la amistosa intimación que oía,
atendiendo solícito y contento
a cuanto el noble genio le exigía;
éste, pasando a realizar su intento,
la venda de tisú y argentería¹¹⁰
desenlaza del cinto, al cielo invoca,
y en los ojos del sabio la coloca.

Al punto, de tinieblas circüido,
siente Allan que su sangre se coagula,
y por grados se ofusca su sentido¹¹⁵
y otra vida en sus venas se inocular;
se impregnan en magnético flüido
sus fatigados miembros, y circula

por su ser un sopor tan perezoso,
que le sume en letargo delicioso.120

Cuando vuelve a la luz, siente admirado
que se mece en el éter de la esfera,
y que su cuerpo rígido y pesado
ahora es de espuma cándida y ligera;
el Delirio risueño va a su lado125
sin hollarla cruzando la pradera,
y el sabio de su cárcel transparente
la indescriptible maravilla siente.

Parece que algún mago caprichoso
cristalizó las formas del profeta,130
sin condenarlo a estúpido reposo
ni reducirlo a mágica silueta;
su cuerpo transparente y luminoso
aun a la carne humana se sujeta;
aun es el ser que piensa y raciocina135
bajo aquella envoltura cristalina.

Atónito Kardec, apenas sabe
si piensa y es, o yace en el abismo,
y loco busca la ignorada clave
sin tregua interrogándose a sí mismo;140
el Delirio, que todo lo precave,
lo arranca de su inútil parasismo,
respondiendo a las dudas del profeta
con esta breve reprensión discreta.

«No te atormentes, hombre afortunado,145
en penetrar arcanos celestiales,
baste a tu orgullo el premio reservado
sólo a ti entre los débiles mortales;
tu esencia el Hacedor ha depurado
para poder hollar esos umbrales;150
fácil la entrada a tu ambición se ofrece...
Penetra, admira, calla y obedece.»

- III -

Bosques de flores enormes, de que no sabrías
imaginar las formas ni los colores, y de una ligereza de tisú que
les hace transparentes...

...Vegetación sin ejemplar entre vosotros, de plantas destinadas,
por la naturaleza de sus órganos, a respirar, a alimentarse, a vivir
y a reproducirse en el aire.

OSCAR COMETTANT

Como al contacto del diamante salta
el delgado cristal, al punto herida¹⁵⁵
por la mano del genio, dividida
la brillante sardónica saltó:

Y el sabio, traspasando los umbrales
de aquella puerta etérea y misteriosa,
tendiendo en torno la mirada ansiosa,¹⁶⁰
en un ¡ay! de entusiasmo prorrumpió,

aqueel era el jardín de las delicias,
el hiram de los sueños seductores;
no hay ángulo sin hojas ni sin flores
ni contorno sin líneas de color,¹⁶⁵
perpetua luz circunda sus palacios
y baña sus espléndidas moradas;
jamás soñaron imitar las hadas
sus pórticos de espuma y de vapor.

Allí no hay piedra sobre piedra alzada,¹⁷⁰
ni material terreno se consiente;
el alcázar más bello y permanente
nube ligera vaporosa es:

Y hay edificios de impalpable humo,
y monumentos de nevada espuma,¹⁷⁵
y altivas torres de flotante bruma
con montañas de nieblas a sus pies.

Los colores del iris, tornasolan
columnatas y bóvedas y arcadas;
de átomos luminosos impregnadas¹⁸⁰
brillan como el carbunco y el rubí;
y los ojos del sabio, deslumbrados
en la contemplación de sus portentos,
de la Tierra los grandes monumentos
van poco a poco vislumbrando allí.¹⁸⁵

Mira a su diestra el templo salomónico
que los cedros del Líbano adornaron,
donde los himnos bíblicos sonaron
del escogido pueblo de Jehová;
ve a otro lado de Budda las pagodas¹⁹⁰
donde aún el indio macerado ruega,
y el templo hermoso de la Venus griega
con sus atrios corintios más allá.

De Eleusis la morada misteriosa
revestida de extraños caracteres,¹⁹⁵
en cuyos antros se ocultaba Ceres
antes de alzarse al firmamento azul;
de Chipre el santuario licencioso

que las libres hieródulas servían,
y el pórtico brillante en que solían²⁰⁰
danzar envueltas en ligero tul.

El portentoso Acrópolis de Atenas
donde se alzaba el blanco Propileo;
el dórico santuario de Teseo
y el celebrado y bello Partenón;²⁰⁵
las enormes pirámides egipcias
con sus puntas sombrías hacia el cielo,
y el templo babilonio del dios Belo,
y el líbico de Júpiter Ammón.

De la ciudad eterna de los Césares²¹⁰
los palacios y termas y obeliscos,
los calados alcázares moriscos
y las tristes mezquitas del Islam;
las catedrales góticas, bordadas
por ojivas y vidrios de colores,²¹⁵
donde aún resuenan místicos loores
y se bendice el agua del Jordán.

Todo aquello se ofrece poco a poco
a los ojos del sabio deslumbrado,
no de un modo inarmónico agrupado²²⁰
confundiéndose siempre acá y allá;
sino con limpias líneas, destacadas
del fondo azul del trasparente cielo,
sobre el florido y nacarado suelo
que el sabio ansioso recorriendo va.²²⁵

Una cintura de árboles y plantas
cada prodigio artístico rodea,
y el alma al contemplarlos se recrea
en una doble y plácida ilusión;
parece que el jardín de las Hespérides²³⁰
sobre el templo de Júpiter irradia,
y los verdes laureles de la Arcadia
tejen una diadema al Partenón.

Aquellos anchos círculos de flores
son de naturaleza tan extraña,²³⁵
que el más ligero polvo las empaña
y las deshoja el viento más sutil;
jamás Kardec vio especies tan exóticas
ni las soñó el botánico Linneo;
seméjanse a las flores del deseo,²⁴⁰
no se conocen en ningún pensil.

Hay jazmines de lágrimas del día

y azucenas de ráfagas de luna,
camelias de vapor de la laguna
y dalias de arrebol crepuscular;245
parras de escarcha, cuyas blancas hojas
suspendidas están en el vacío,
con apretadas uvas de rocío
que hace el soplo del céfiro oscilar.

Granados y laureles cristalinos250
que de vidrio parecen a lo lejos;
cipreses que del sol a los reflejos
piras de fuego y escarlata son;
acacias y naranjos, que conservan
los cambiantes del iris en sus frentes,255
y mirtos y palmeras transparentes
de los copos de espuma del Cedrón.

Ni los ojos de Argos bastarían
para abrazar tan vasto panorama;
la vista del profeta se derrama260
sobre tantos prodigios a la par;
que trémulo, convulso, delirante
bajo su etérea y diáfana corteza,
inclinó sobre el pecho la cabeza
por el genio dejándose arrastrar.265

Éste, bañando con algunas gotas
de pura esencia su abatida frente,
hizo cesar el rápido accidente
y fuerzas nuevas al profeta dio;
y prosiguiendo la celeste ruta270
por aquel hemisferio portentoso,
el genio con acento cariñoso
así al profeta Allan Kardec habló:

«No te asombre, Kardec, que tu materia
impura aún para el espacio este,275
sienta al tocar su atmósfera celeste
sensación fatigosa y terrenal;
»aunque el Señor tu cuerpo ha depurado
y sobre nubes de color te meces,
no eres tan puro, Allan, como pareces280
bajo ese limpio manto de cristal.

»No ha dejado tu espíritu la carne
y lo fatiga su pesado yugo,
mas ya que al que lo puede así le plugo,
que sufras resignado fuerza es;285
»aspira con valor y pecho firme
estas auras divinas, aunque humano;

un genio de la luz guía tu mano
y la tierra da vueltas a tus pies...

»Contempla en torno el delicioso mundo²⁹⁰
que aun abarcar tus ojos no han podido,
mira el etéreo ejército lucido
de espíritus, que puebla esta región;
»sus nombres a la tierra le son caros
y aun viven en el libro de la historia;²⁹⁵
aquí tienen la luz, allí la gloria,
¡qué más han de exigir en su ambición!

»¡He allí a Newton, Copérnico y Euclides,
Arquímedes, Diofanto y Galileo,
los filósofos sabios del Liceo³⁰⁰
y el pórtico severo de Zenón!
»Sócrates y aquel genio delicioso
que al cruzar los jardines de Academo,
buscaba la verdad del Ser Supremo
sumido en celestial contemplación.³⁰⁵

»Guttemberg, Volta, Vatt, Colón, Rogerio,
Miguel Ángel, Calímaco, Cellini,
Palestrina, Mozart, Auber, Rossini,
Tácito, Ovidio, Horacio y Juvenal;
»Cervantes, Calderón, Lope, Quintana,³¹⁰
Juan de Juanes, Rubens, Van-dik, Murillo,
y otros grandes varones cuyo brillo
conserva la morada terrenal.

»Ellos árbitros son de cuanto salta
a nuestros ojos en el mundo este;³¹⁵
el tenue rayo de la luz celeste
les da fosforescente lucidez;
»y sus cuerpos, fugaces como estrellas,
que escapan en las noches de verano,
suben y bajan por el éter vano³²⁰
girando con creciente rapidez.

»¿No es cierto que este cuadro tan gigante
no cabe en la terrena fantasía?
¡Oh, si pudieras como yo podría
con estas nobles almas departir!...³²⁵
»Mas ya que en sus designios misteriosos
el Hacedor tal dicha te ha negado,
acepta los favores que del hado
puedes como elegido conseguir.

»¡Ven, cruzaremos los etéreos valles³³⁰
a esos ligeros huéspedes unidos!

En sus bosques y cármenes floridos
podremos sus misterios sorprender;
 »aún restan maravillas que mostrarte,
aún la ciudad aérea no conoces,335
¡aquí viven los genios y los goces!
¡Aquí mora la ciencia y el placer!»

Tal dijo el guía, y el sabio,
paseando la mirada
sobre aquella laureada340
y espiritual legión,
 vio bajo sus Perispíritus,(24)
de radiosa transparencia,
a los padres de la ciencia
que guiaron su razón.345

Aquel luminoso ejército
de filósofos y artistas,
ligeros cual las aristas
que levanta el vendaval,
 ora en los limpios alcázares350
de eterna luz penetraban,
ora agrupados cruzaban
el ámbito celestial.

De los pórticos aéreos
lentamente descendían,355
o meciéndose subían
sobre nubes de color;
 como bandadas de cisnes,
que antes de nacer la luna
descienden a la laguna360
del crepúsculo al amor.

Contemplando tal prodigio
Allan Kardec se extasía,
y dócil atiende al guía
que va de nuevo a partir;365
 y ambos abordan el dédalo
de florestas y palacios,
sobre rampas de topacios
y planicies de zafir.

- IV -

En aquel mar de espíritus radiantes370
perdiéronse el Delirio y el profeta,
como dos limpias gotas de rocío
se pierden en los mares de la tierra.

Grata fruición, mezclada de amargura,
el sabio Allan Kardec experimenta,375

en aquella región maravillosa
donde no se percibe la materia.

Y siente descender al bajo mundo
después de haber cruzado las etéreas
llanuras donde moran los espíritus³⁸⁰
envueltos en las luces de la ciencia.

Llévale el guía por aquella parte
que más portentos a su paso muestra,
y suben a los pórticos sagrados
y en los regios alcázares penetran;³⁸⁵
y nuevas maravillas le suspenden,
y con nuevos prodigios se recrea,
apurando el venero inagotable
que tiende a fatigar su inteligencia.

A un lado y otro cien habitaciones³⁹⁰
de formas delicadas y diversas,
destacan sobre el fúlgido horizonte
sus torres y sus cúpulas esbeltas;
todas parecen de cristal y nácar,
y cada cual en su portada muestra³⁹⁵
a qué espíritu puro pertenece,
o qué alma viene a descansar en ella.

Aquí se ve la casa de Copérnico
adornada de signos y de estrellas;
allí la del egipcio Tolomeo⁴⁰⁰
guardada por esfinges gigantescas;
en este lado la mansión extraña
donde medita el alma de Villena,
y en aquel, la del mago Nostradamus
guarnecida de trípodes y emblemas.⁴⁰⁵

Sorprender los secretos que presiente
en aquella región, Allan quisiera,
mas obedece al celestial mandato
y silencioso la ciudad observa,
siguiendo con los ojos anhelantes⁴¹⁰
por las fúlgidas sábanas aéreas,
a los nobles espíritus, que vagan
semejándose a grupos de planetas.

«¿Ves, dijo el genio al sabio después de conducirlo
por las extrañas vías del mundo celestial,⁴¹⁵
esas habitaciones seguras en el viento
con torres de topacio y muros de cristal?

»¿Ves ese mar de espíritus de formas encantadas,
cuyas flotantes túnicas de misterioso tul,
ora toman del iris los múltiples colores⁴²⁰
ora las suaves tintas del horizonte azul?

»¿Ves, en fin, las creaciones que guarda en sus museos

la Julnius de la ciencia, el mundo del saber?
Pues aún no has contemplado el último prodigio,
el foco de los goces, el Valle del Placer.⁴²⁵

»A mi siniestra asoman sus árboles frondosos,
sus montes de esmeralda, sus riscos de coral;
allí están los amantes que fueron en la tierra,
y hoy son en ese valle sin parte material.»

Tal dice, conduciendo al trémulo profeta⁴³⁰
por sendas de jacinto a un valle encantador,
celeste maravilla velada por las brumas
donde las almas gozan sus éxtasis de amor.

Visión octava
Las almas simpáticas

Dulce es vivir eternamente en los brazos de la
mujer amada.
MIS RECUERDOS

- I -

Es un pequeño y delicioso valle
de ópalo, nieve y púrpura bañado,
por suaves eminencias limitado
bajo un dosel de nubes de color;
donde hay límpidos lagos de ambrosía⁵
y arroyuelos de luz en áureos cauces,
que van serpenteando entre los sauces
sin levantar espumas ni rumor.

La flora etérea sus brillantes hijas
viste de gala para aquel recinto,¹⁰
y ellas en revoltoso laberinto
matizan el espléndido vergel;
formando verdes bóvedas de yedra
círculos de boj y de romero,
que abrazan el pajizo limonero¹⁵
y circundan las ramas del laurel.

Ocultos pabellones, decorados
con doseles de lirios y de rosas,
brindan en sus hamacas vaporosas
mecidas por el soplo del amor,²⁰
no el candente placer de los sentidos
que huye como el relámpago ligero,

sino el goce tranquilo y duradero
que ofrece a sus querubes el Señor.

Allí están los Espíritus simpáticos,(25)25
las almas que en la Tierra se fundieron,
y a conocerse en Júpiter volvieron
libres de la envoltura material;
que ahora en eterno lazo encadenadas
se entregan a sus cándidos amores,30
como blancas palomas entre flores
por aquella enramada celestial.

El sabio reconoce los espíritus
de la hermosa Beatriz y el torvo Dante,
distinguiendo a la amada del amante.35
En su cingulo estrecho de rubí;
que conservan por gracia del Eterno
las almas sus encantos terrenales,
aunque dejan las partes materiales
al depurarse y penetrar allí.(26)40

Ve también, sobre un lecho de jazmines
y cerca de una fuente cristalina,
a la voluptuosa Fornarina
en los brazos del divo Rafael;
Desnudo el cuello de cristal brillante45
y flojo el cinturón del talle airoso,
cual si entreabriera un sueño delicioso
de sus ardientes labios el clavel.

Apercibe más lejos, a Julieta
sostenida en su hamaca por Romeo,50
meciéndose con suave balanceo
al arrullo del céfiro fugaz;
y allá, bajo una gruta de corales,
sobre ligeras rosas reclinados,
a Laura y el Petrarca, enajenados55
en deleitoso y cándido solaz.

Ve a Francesca de Rímini y Paolo,
a Leonardo de Vinci y su adorada,
Horacio, su Glicera celebrada,
y otras almas esclavas del amor,60
que sus yerros purgaron trasmigrando
hasta tocar la última existencia,
en la cual, prodigando su clemencia,
los une para siempre el Hacedor.

Sus placeres perpetuos se deslizan65
sin hastío, sin lágrimas, sin duelo,

ora cruzan el ámbito del cielo
ora bajan al mundo material;
protegen, como el ángel de la Guarda,
a sus pobres hermanos de la Tierra,⁷⁰
y hacen a otros espíritus la guerra
si se ocupan rastros en el mal.

Allan Kardec recuerda suspirando
por vez primera a su gentil amada,
y siente que tan mágica morada⁷⁵
su Fátima no pueda percibir;
y una lágrima brota de sus ojos,
misteriosa expresión de su martirio,
que al deslizarse sugirió al Delirio
estas frases que el sabio pudo oír:⁸⁰

«¿Lloras como débil hembra
y por la envidia mordido,
das insensato al olvido
tu profética misión?

»¡La imagen bella de Fátima⁸⁵
ante tus ojos cruzando
está tu pecho incendiando,
hiriendo tu corazón!

»Yo, que el pensamiento leo,
sé lo que pasa en tu alma;⁹⁰
no puedes mirar con calma
la ajena felicidad:

»Y envidiando los placeres
que gozan Beatriz y Dante,
sueñas unirte a tu amante⁹⁵
por toda la eternidad.

»Esos dichosos espíritus
que en estos lagos azules
de sus túnicas de tules
hacen ligero bajel;¹⁰⁰

»que descansan sobre flores
que nunca han de marchitarse,
o vuelan a reclinarse
bajo un etéreo dosel;

»esos genios siempre ansiosos¹⁰⁵
de estrecharse en tiernos lazos,
y siempre hallando los brazos
que su sed han de templar,

»la avidez de los placeres
han despertado en tu pecho,¹¹⁰
y hallando el espacio estrecho

a los ojos fue el pesar.

»¡Pobre sabio! ¿Dónde es ida
aquella lógica helada?
¿Aquella tan decantada
rectitud de tu razón?

»¡Ay de ti, si yo dejara
a tu afán tender el vuelo!
¡Ay si no rasgara el velo
de esa efímera ilusión!

»¿Crees que allá sobre la Tierra
en tu Fátima adorada
tienes el alma creada
para ser tuya, por Dios?

»¿Crees que unidos subiréis
aquí a gozar igual suerte,
cuando el soplo de la muerte
os robe el cuerpo a los dos...?

»¡Pobre Allan! ¿sabes acaso
si tu graciosa querida
te jura una fe mentida
o paga ingrata tu amor?

»¿Sabes si un alma gemela
se apasionó de la suya,
y hoy en vez de ser la tuya
goza aquélla su favor?

»Tal vez ¡ay! en tanto cruzas
las regiones de la Gloria,
ella olvida tu memoria
en brazos de algún doncel;

»y se duerme fatigada,
antes que nazca la aurora,
del galán que la enamora
bajo la custodia fiel.

»¡Sufres!... lo sé, mas ¡qué quieres!
Dios quiso que tu existencia
fuera sólo de la Ciencia
que es la única verdad;

»arranca ¡oh sabio! del pecho
esa pasión peligrosa...
La Ciencia es madre amorosa
que da la felicidad.

»Apóstol espiritista
te debes a tus hermanos,
que rastreros y livianos

viven y mueren sin fe:
»¡Sígueme!... el libro sagrado
donde la verdad se encierra
para transformar la Tierra
pronto te confiaré.160

»¡Ven al Parthenon! dejemos
este valle perfumado
donde débil te has mostrado
por vez primera ante mí:
»En su admirable recinto165
tu misión más alta empieza;
del Hacedor la grandeza
has de conocer allí.»

Calló al fin el Delirio, y el profeta
inclinando la frente avergonzado,170
paseó la mirada
última, sobre el valle perfumado.

Más bello y luminoso,
de resplandor más vivo circüido
pareció a Allan Kardec; que es más hermoso,175
si no se ha de encontrar, el bien perdido.
Pero venciendo aquella
tentación vergonzosa,
que su misión excelsa quebrantaba,
como el Delirio altivo le ordenaba180
volvió sin replicar sobre su huella.

Visión última La mansión de Pitágoras

Los fenómenos magnéticos de que el espiritismo se deriva,
constituyen hechos a que podrá atribuirse una significación errónea;
pero cuya existencia dentro de ciertos límites, y descartando la
superchería, se encuentra comprobada.

R. MOLINA

- I -

Cruzando aquí un plantel de clavellinas,
y allí un bosque de verdes limoneros,
bajaron por las fértiles colinas
del Valle del Placer, ambos viajeros;
buscan por las pendientes cristalinas5
los más cortos y fáciles senderos,

y hallan sin enfadosa dilación
el llano donde se alza el Parthenon.

Rey de los monumentos, se levanta
el Templo griego de fulgor bañado;10
no en vano el arte, la belleza canta
de aquel gran santuario celebrado.
Allan Kardec con insegura planta
sube al excelso pórtico estriado,
de Fátima olvidando la memoria15
al tocar los peldaños de la Gloria.

Parece que una nube misteriosa
la columnata dórica rodea,
crespón que veda a la mirada ansiosa
que se goce en lo mismo que hermosea;20
el sabio, detenido en la espaciosa
entrada, desfallece, titubea;
da un paso y retrocede, en su martirio,
buscando con los ojos al Delirio.

Mas ¡oh sorpresa! el Guía infatigable25
que le mostró aquel mundo prodigioso,
despareció cual átomo impalpable
en el éter brillante y luminoso;
Kardec ante este arcano impenetrable
adivina un suceso pavoroso,30
y al verse abandonado de tal suerte
siente el hálito frío de la muerte.

Ya su ánimo cansado decaía
y la frente inclinaba dolorido,
cuando una suave y dulce melodía35
vino en la brisa a regalar su oído;
el alto Parthenon se estremecía,
en su base de nubes conmovido,
y al reflejo de antorchas de colores
el atrio se bañaba, en resplandores.40

Como el soldado perezoso y triste
si escucha el toque agudo de diana
despierta alegre y la coraza viste,
en tanto que despunta la mañana;
de nuevo brío el sabio se reviste45
y presuroso el santuario gana,
perdiéndose en el ígneo laberinto
de su gigante y fúlgido recinto.

Halla el templo de espíritus poblado
y henchido de perfumes y armonía,50

por lámparas de iris alumbrado
y cubierto de ardiente pedrería;
ve con asombro a uno y otro lado
almas que por la historia conocía,
que abriéndole ancha calle ¡oh maravilla!55
doblaban silenciosas la rodilla.

Absorto por tan súbita ocurrencia,
trémulo el pobre sabio se adelanta
hacia un dosel de gran magnificencia
que en el fondo del templo se levanta;60
sobre las gradas hace reverencia
antes de hollarlo con su débil planta;
mas pronto un genio a levantarlo llega
envuelto en rica vestidura griega.

El sabio lanza un grito de alegría65
y vierte de placer copioso llanto,
reconociendo a su prudente guía,
cuyo abandono le abrumara tanto;
recobra su valor y su energía,
da gracias al Señor tres veces Santo,70
y alza orgulloso la serena frente
cubierta de aurëola refulgente.

A esta oración responde un alto coro
que hace temblar el sacro santuario;
órganos braman en tropel sonoro,75
y cantos suenan en concento vario;
Homero da a Kardec la lira de oro,
Moisés le entrega el fúlgido incensario,
y otros nobles espíritus le aclaman
y por único apóstol lo proclaman.80

Llévalo el guía al trono de topacio,
que ocupa Allan Kardec con digno porte;
parece un César dando en su palacio
audiencia a dignidades de la corte:
Nuevos cánticos pueblan el espacio85
y entusiasman la célica cohorte.
En honor del dichoso Evangelista
que ha de formar la secta Espiritista.(27)

Un trípode ante el trono se levanta
incrustado de rica pedrería,90
que guarda en fuego, como prenda santa,
un libro que las llamas desafía;
hacia su hornillo ardiente se adelanta
el misterioso y atrevido guía;
lo hurta al fuego sin que éste le acometa,95

y lo rinde inclinándose al profeta.

«He aquí la Teodicea espiritista
que ha de regenerar tu torpe mundo,
dice el genio al absorto evangelista,
que lo contempla con amor profundo;100
si la propagas, como seca arista
caerá el materialismo moribundo,
y verán asombradas sus naciones
derrumbarse las falsas religiones.

»Yo Pitágoras soy: mis obras fueron105
las que en estos misterios te iniciaron;
aunque otros grandes hombres las midieron,
jamás en sus secretos penetraron;
los que sedientos de verdad vivieron
sus máximas sagradas despreciaron;110
tú solo el alto enigma has comprendido,
tú debes ser el único elegido.

»Vuelve a la Tierra: un mundo inteligente
responderá a tu evocación sumiso,
y envuelto en los miasmas del ambiente115
secundará tus planes si es preciso;
venia te doy para que el buen creyente(28)
en espíritu ascienda al Paraíso,
abismándose en éxtasis ascéticos
por medio de fenómenos magnéticos.(29)120

»Cumple allá tu misión; si no es propicio
el hado para ti sobre la Tierra,
sufre por mi doctrina hasta el suplicio,
que esa doctrina la verdad encierra;
deja paso a la víbora del vicio,125
da a tus pasiones incansable guerra,
y vive descuidado de esa suerte
hasta que avance para ti la muerte.

»Allan, mi noble Hipogrifo te espera
del atrio en la famosa columnata,130
ansioso de cruzar la limpia esfera,
tascando el freno de brillante plata;
el término hallarás de tu carrera
por sendas nebulosas de escarlata...
¡Mi buen profeta, adiós! yo te bendigo;135
mi espíritu en la luz irá contigo.»

Esto dijo el gran Pitágoras
estrechando a su elegido,
que escuchaba conmovido

el mandato celestial:140

En tanto que los espíritus
sus rapsodias entonaban,
y en derredor se agrupaban
del filósofo inmortal.

Pronto llegaron al pórtico,145
donde con voz dolorida
la postrera despedida
dio a Pitágoras Kardec:

Éste en su siniestra puso
del noble bruto las riendas,150
y por las etéreas sendas
volvió el sabio a descender.

- II -

Apenas el templo augusto
fue envuelto en brumas de oro,
y el eco del sacro coro155
se apagó en la inmensidad,
cuando Allan Kardec, atónito,
vio el celaje oscurecerse
y en el abismo mecerse
la indomable tempestad.160

Retumbaba el ronco trueno,
el sol sin lumbre yacía,
y Júpiter se envolvía
en fosfórico vapor.

Rasgaba la sombra densa165
el relámpago pajizo,
y se formaba el granizo
a su pálido fulgor.

Sobre las preñadas nubes
que el Hipogrifo rompía,170
las esferas recorría
el desatado huracán:

Y envuelto en las turbias olas
de aquel horrendo Aqueronte,
iba como Faetonte175
rodando al abismo Allan.

Confuso medita el sabio
en tan extraña aventura:
¿Como tanta desventura
tras tanta felicidad...?180

Este enigma misterioso
más le abate y lo confundo,
mientras en sombras se hunde

y arrecia la tempestad.

- III -

Brillo un nuevo relámpago; el profeta¹⁸⁵
vio una sierpe de fuego reluciente,
y cayendo del bruto inteligente,
al abismo sin término rodó.

Sintió el hálito frío de la tumba,
se ofuscó por completo su sentido,¹⁹⁰
y como cisne por el plomo herido,
otra vez en la Tierra se encontró.

Es la Aurora: las fúlgidas estrellas
palideciendo van a sus albores,
álzanse gayas las pintadas flores¹⁹⁵
en la mansión tranquila de Kardec.

Y Fátima despierta con el alba,
contempla a su señor y dulce amigo,
que de su seno en el templado abrigo
abre los ojos por primera vez.²⁰⁰

-«¿Fátima, dónde estoy? dice el profeta
aún por su sueño mágico abrumado.
¿Me separé esta noche de tu lado
y con la luz del alba descendí?...

»¿Vinieron en la luna los espíritus²⁰⁵
que habitan los planetas superiores
a robarme a tu seno y a mis flores
apenas delirando me dormí?»

-«Señor, dijo la esclava sonriendo
y besando la frente del profeta,²¹⁰
es tal la pesadilla que os inquieta,
que os hace con el día delirar.

«Ni un instante dejasteis mi regazo;
dad esos locos sueños al olvido;
sin tregua con la sombra habéis dormido²¹⁵
y en mis brazos volvéis a despertar.»

Inclinó el pobre sabio la cabeza,
dudando a su pesar de lo que oía,
y viendo que su amada sonreía,
gozándose cruel en su aflicción,²²⁰
abandonó la cámara lujosa
y se alejó de allí con torvo ceño,
diciendo tristemente: -«¿Ha sido un sueño,
y sé bien que los sueños sueños son!»

Conclusión

El poeta

Crítico, te aconsejo
que no frunzas el áspero entrecejo,
si por desgracia mía
cae en tus manos mi humilde fantasía.

Jamás vi de Mesmer la extraña cuba,⁵
no me dio por probar el magnetismo,
ni tuve pretensiones de ser medium,
ni en ello me fiara de mí mismo.

Oscuro espiritista,
aunque fui de sus sábados testigo,¹⁰
no adquirí el raro don de doble vista
ni hablaron los espíritus conmigo.

Por esta confianza,
que precisa a mi ver la competencia
que tengo en el asunto,¹⁵
¡oh incógnito erudito,
tu indulgencia y tu gracia solicito!

Siendo cosa probada
que toda religión es revelada,
y que sus Autos, Máximas y Textos²⁰
sabrosos, o indigestos,
vinieron a las manos
por arte inaccesible a los humanos;
yo quise referir la historia esta,
que no guarda el Kangur ni el Zendavesta;²⁵
pues aunque el Evangelio espiritista
el alma de los crédulos conquista,
y por evocaciones
diz que se revelaron sus lecciones,
le falta esa profética aureola³⁰
que hace rodar la religiosa bola:
Por lo cual, si dijeres ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.

Epístola

A mi querido amigo D. Pedro Román

Desde los verdes valles andaluces
que a Écija la Fenicia dan asiento,
te envió en un romance endecasílabo
paz y felicidad, amigo Pedro:

Bien quisiera que fuese en noble oda⁵

en robustos y clásicos tercetos,
pero faltara al arpa la cadencia,
y el Dante y Tasso fruncirían el ceño.

Antes de entrar de lleno en la materia
te voy a prevenir en un cuarteto,10
que la armonía métrica me priva
de darte en esta carta tratamiento.

Aunque, si bien se mira, importa poco,
porque si fueran títulos añejos
pase; mas el usted no nos da lustre,15
y en pronunciarlo bien se pierde el tiempo.

Pero en fin, dando tregua a la manía
de malgastar en los exordios versos,
te voy a bosquejar mis impresiones
en un tono romántico-poético...20

Cercada de olivares y praderas
y en el fondo de un valle pintoresco,
Écija eleva sus esbeltas torres,
que lanzan sus agujas hacia el cielo.

Guirnaldas de frondosas alamedas25
adornan el recinto de sus huertos,
que el Genil va besando uno por uno
como un padre querido a sus hijuelos.

Las flores y las frutas, en las aguas
se miran orgullosas sonriendo,30
como una joven cándida y gallarda
en el óvalo limpio de un espejo.

Y los juncos que crecen en las márgenes,
rendidos de las ondas a los besos,
caen en arco arrastrando ti las adelfas35
que celosas tal vez se entretejieron.

La golondrina cuelga de estos muros
el nido en el que cubre a sus hijuelos,
y pía revolando entre los álamos
cuando deja su casa en el invierno.40

Y en los campos de espigas y amapolas
que va besando el sosegado viento,
canta la alondra al despertar el día
y el ruiseñor cuando se oculta Febo.

La aurora tiene aquí gotas de aljófara,45
la mañana celajes placenteros,
la tarde nubes de oro y escarlata,
la noche luna, estrellas y misterio.

De las cuatro paredes de mi patria,
este, Pedro, es el pálido bosquejo;50
por eso siento tan amarga pena
cuando el abrigo de sus lares dejo.

¡Qué me valen las ondas de ese Betis,
ni los góticos arcos de ese templo,
ni el son de las campanas de esa torre,55

ni el arábigo alcázar de don Pedro!

¡Qué me vale el rumor de esos placeres,
ni el florido pensil de sus paseos;
si hallo la soledad en su bullicio
y vivo como el lirio del desierto!60

Entre una sociedad indiferente
que no puede apreciar lo que yo siento,
¿qué dicha ha de buscar el que la suerte
separa de la virgen de sus sueños?

Sólo le resta hallar los del pasado65
placeres, en las horas del silencio;
encendiendo en los rayos de la luna
la lámpara vivaz de los recuerdos.

Yo no vivo por mí, vivo por ella;
¡por ella! que es el cándido lucero,70
que entre nubes de púrpura y de nácar
asoma en el celaje de mis duelos.

Perdona, amigo, si te olvido un poco
herido por la luz de los recuerdos;
¡son tan bellas las tardes andaluzas75
junto a una virgen de nevado seno!

Cuando el placer en torno se desliza
y en copas de coral se bebe fuego,
¡tú(30) sabes lo que es, si le has oído
decir a una mujer: «¿Me quieres Pedro?»80

¿Es verdad que olvidaste la respuesta
y olvidaste tal vez al mundo entero,
si los labios que hicieron la pregunta
no estaban de tus labios algo lejos?

¿Es verdad que empapado en una atmósfera85
que templaba el calor de suave aliento,
creíste respirar en tu locura
el sándalo(31) y la mirra de los cielos?

¿Y sentiste dos almas confundidas
elevarse en las alas del misterio,90
y aun, perdona tal vez si fui prosaico,
olvidaste el fatal tanto por ciento?

¡Oh, cuán dulce es mirarse en unos ojos
que copian una pena y un deseo,
como la nube y el cercano monte95
la móvil luz del lago placentero!...

Pero advierto la tosca discrepancia
que salta en el enlace de mis versos,
al confundir el mundo del espíritu
con el mundo MATERIA del dinero.100

Aunque, si bien se mira, está conforme
con todos los filósofos modernos;
y si quieres probar espiritistas,
da en la piedra de toque de los pesos.

Que aunque brame la misma Pitonisa105

que evocaba el oráculo de Delfos,
y el Koran y el Kangur se lo disputen
al Génesis del viejo Testamento;
y aunque le pese a Buda y Zoroastro
y a todo el mitológico colegio,110
Dios hizo al hombre espíritu y materia,
lo que es casi igual, ALMA y DINERO.

Y así estoy plenamente convencido
que el espíritu puro va al Infierno,
si no precisamente al de las llamas,115
al del Hambre, que vale poco menos.

Ya que San Lucas se desvía un poco
de este mi alambicado pensamiento,
yo voy, si puedo, a dar pruebas patentes
de que han metalizado hasta lo Etéreo.120

Empiezo por el sol y por la luna;
dime si no es sabido desde Homero,
que tiene el uno disco de oro puro
y la otra plateados los cabellos.

Dime si los diamantes y el aljófar125
no abundan en la aurora y los luceros,
y la púrpura, el ópalo y la grana
en la bóveda regia de los cielos.

Si esto encierra un axioma matemático,
como ha de confesarme el mundo entero,130
claro está que andarán arriba en coche
y gastarán magníficos arreos.

Y la prueba que todos apadrinan
las complicadas fases de este aserto,
es que se visten todas las imágenes135
de tisú, de brocado y terciopelo.

Tú me dirás que adónde voy sin tino
vagando como grito de eco en eco:
Voy a parar, que ya te iré cansando,
a cantar la excelencia del dinero.140

Y después a decirte, que aunque admiro
de Platón el soñado devaneo,
sé que su escuela enseña el infortunio
si no hay pan y cebolla cuando menos.

De todo cuanto abarca la natura145
y cuantos seres guarda el universo,
pájaros, peces, fieras y cuadrúpedos,
y otras mil criaturas que no cuento,

sólo envidio las altas condiciones
de un vicho verde, extravagante y feo,150
que toma los colores de la atmósfera
y vive sólo con la luz y el viento.

¡Salve, Camaleón, yo te saludo;
tú el problema mayúsculo has resuelto,
de vivir por el aire y con el aire155

sin tener que pensar en el sustento...

No necesitas muelas ni mandíbulas,
ni te importa un chelín el pan ni el queso,
y en tanto que los pobres racionales
se rompen las costillas tras un hueso,160
tú abres la boca con gentil pereza
y tragas tus manjares succulentos,
que son, nubes de insectos microscópicos
en ráfagas pestíferas envueltos.

¡En verdad que es ley dura que ande el hombre165
siempre tras la comida y el almuerzo,
y no pueda nutrirse de ilusiones,
siendo tan económico alimento!

No hay tirano más duro que el estómago,
en vano es darle vueltas al pandero;170
¡o comer o morir!... Parece broma,
pero es algo pesada, amigo Pedro.

Muy bonito es el sol, cuando se almuerza,
y muy azul, cuando se come, el cielo;
pero en ayunas, siempre vemos nubes,175
y es el azul más limpio, turbio y negro.

Y no será que yo pueda quejarme
de esta ley del destino rudo y fiero,
que en cuanto a mí he comido casi siempre,
y creo que comeré si sigo bueno.180

Pero he multiplicado ya mis años
por un probable cálculo aritmético,
y creo que necesito algunas onzas
para darle al estómago su diezmo.

Esto quiere decir, amigo mío,185
los distintos conceptos reasumiendo,
que pronto partiré de estos lugares
como la arista que arrebatara el viento.

A buscar con la cítara en la espalda
no la inmortalidad sino el dinero;190
cambiando por las simas de la Corte
el ángulo tranquilo de mi pueblo.

Muy triste es alejarse de la tierra
donde humea el hogar de nuestro techo;
muy triste es alejarse de la casa195
donde ya sin nosotros pasa el tiempo.(32)

¡Triste es decirle adiós a nuestra hermosa,
sólo con nuestro amor y nuestros duelos,
y oprimir una mano tiernamente
que tiembla de dolor y sentimiento!200

Triste, muy triste, mas acaso resta
de la amistad el sincero consuelo,
que aunque no puede hacer cesar la pena
aduerme el corazón con su beleño.

¡Bien haya la amistad, lazo precioso205

con que uniera las almas el Eterno,
bálsamo dulce que en las horas tristes
calma el continuo afán de nuestro pecho!
¡Bien haya esa afección, que cauteriza
las heridas que encona el hado adverso!210
Por eso te repito al despedirme
¡bien haya la amistad, amigo Pedro!
Año 1870

Oda a la inteligencia
Leída en la solemne apertura del C. M. de Sevilla

Y en tanto el globo sin cesar navega

por el piélago inmenso del vacío.
QUINTANA

Ceñida de relámpagos la frente,
como las aves de la virgen Cuba,
que al retumbo del trueno
van a romper el nebuloso seno:
Del huracán que ruge en la montaña,5
en alas me levanto,
y despreciando del error la saña
la inteligencia ante vosotros canto.
Sacra deidad, que el rayo
y la palabra al mundo encadenaste;10
que el palo de los siglos detuviste
y en mármoles y bronces le grabaste;
que las entrañas del volcán hendiste
y los abismos de la mar sondaste;
presta a mi voz tu poderoso brío15
para que en torno ruede el canto mío.
¿Qué es la ignorancia? Faro ruinoso,
que con fulgor incierto,
llama al abismo la barquilla incauta
que piensa hallar entre sus sombras puerto:20
Catarata rugiente,
que se arroja veloz de la montaña
arrastrando en su rápida corriente
palacios y cabañas;
encendido torrente,25
que troncha, arrastra, sume cuanto baña,
y en su indómita furia sólo cesa
cuando en ceniza convirtió su presa.
Perdonadme, si evoco
de una historia de luto hojas oscuras;30

el ignorante al sabio llama loco
porque no ve la luz de sus locuras.
Perdonadme, si hiero
el corazón y el alma a un tiempo mismo,
al mover las cenizas de los mártires³⁵
que destrozó el puñal del fanatismo.
¿Qué veis en esa plaza,
que la apiñada muchedumbre llena?
¿Qué contempláis entre el espeso humo
que lanzan las hogueras en la arena?⁴⁰
¡Un padre a su hijo abraza,
al ver que el fuego sus entrañas lame,
dando horroroso grito,
y un sicario, dejándolo que clame,
viste a su esposa el sucio sambenito!⁴⁵
Allá entre el humo, se vislumbra apenas
como grupo de víboras odiosas,
presenciando el inicuo sacrificio
entre látigos, llamas y cadenas,
el negro tribunal del Santo Oficio.⁵⁰
Talares ropas visten,
y por sarcasmo inmundo,
clavan sobre sus pechos criminales
la santa cruz del Redentor del mundo.
En vano el mar inocente llora⁵⁵
y atruena el aire en ronco clamoreo
la esposa desolada,
que a su esposo infeliz mira en la hoguera;
la llama en torno sube,
y del fuego al tenaz chisporroteo⁶⁰
cruje la piel y la mirada cesa;
pronto será una trémula pavesa.
Mirad ese aposento
de potros y de máquinas horribles
poblado aquí y allá; negros capuces⁶⁵
visten sus moradores; ¡del tormento
es la sala sombría,
donde apenas del día
logran vivir las nacaradas luces!
Allí un anciano está; triste, ojeroso,⁷⁰
en una tosca mesa reclinado,
esculpida en su rostro luminoso
la luz de la verdad que ha revelado.
¡Es Galileo!! Con terror sombrío
a sus verdugos bárbaros se entrega:⁷⁵
«Y en tanto el globo sin cesar navega
por el piélagos inmenso del vacío.»
La rueda del suplicio
los miembros y los músculos magulla;
llena el mundo fatídico anatema,⁸⁰

y en nombre del que enciende los luceros
se escarnece al filósofo y se quema.
Cerca de los braseros
que luminosas páginas devoran,
premio de arduos afanes,85
empuñando la antorcha, ávida aúlla
negra trahílla de rabiosos canes:
Pero basta de crímenes, ya el labio
al pensamiento niega su tributo;
y salvando un torrente90
de lágrimas y duelo,
tiendo sobre esa atmósfera de luto
de la ignominia y del olvido el velo...
Águila es el Saber, cuyo plumaje
se despliega al fragor de la tormenta95
y ni el medroso retumbar del trueno
ni el rayo le amedrenta;
que a la luz del relámpago, su vuelo
clava en la nube que encapota el cielo,
y salva precipicios y volcanes100
cabalgando en los roncós huracanes.
¡Subid, subid conmigo
a la celeste bóveda! Copérnico
os marcará del simoun el paso,
y os dirá como el sol nace y desciende105
desde el Oriente al encendido Ocaso.
Newton revelará cómo se clavan
esos soberbios ejes de diamantes,
que cubren esas sábanas azules
salpicadas de lámparas brillantes;110
cómo rueda la luna
en la noche apacible,
y nos manda su rayo sosegado
a deleitar el corazón llagado.
Herschel os contará cuántas estrellas115
pasan fugaces en la noche umbría;
a dónde va la nebulosa vía,
y a dónde paran su carrera ellas;
Franklin el rayo alcanzará en su curso
y os mostrará su esencia destructora,120
y Montgolfiel os cernerá en los aires
como rápida garza voladora.
Si no os placen las nubes,
descended con Colón al Océano;
que a sondear el espacio y los abismos125
a un tiempo alcanza el pensamiento humano.
Miradlo: de la Rábida
se dan al mar sus raudas carabelas,
suenan las anclas al dejar las olas
y el viento empuja las tendidas velas.130

El Atlántico gime
bajo su planta preso,
y del genio indomable que le oprime
apenas puede soportar el peso:
Pronto la tierra de su dicha foco¹³⁵
ha de tocar con ánimo profundo;
pronto el sueño de un loco
dará a Isabel la realidad de un mundo.
¡Oh, qué cuadro más grande!
¡Oh, cuán sublime el genio se levanta!¹⁴⁰
rompiendo las cadenas
que el ciego fanatismo le imponía,
cual pirámide santa
que el soplo de los siglos desafía!
¡Mártires de la luz, yo os reverencio!¹⁴⁵
¡Dormid en paz! El libro de la historia
abre sus anchas páginas de gloria,
y os da un lugar sagrado
en el eterno Elíseo de la Ciencia.
Hoy que del claro Betis en la orilla¹⁵⁰
se va a elevar al bien un templo santo,
doblo, pues, la rodilla
y en mi cítara humilde muere el canto.
Año 1870

Adiós a Rossina

He visto la luz en las orillas del lago de
Nápoles...
ROSSINA

¡Adiós, mujer! en el revuelto lecho
te dejo descuidada dormir;
fui para ti el relámpago que pasa
y no vuelve a brillar.
En tus labios marchitos por la orgía,⁵
que el hálito del vicio mancillo,
dejo de nuestra noche de locura
la última impresión.
Pilotos de los mares de la vida,
nunca nos volveremos a encontrar;¹⁰
yo voy cansado hacia la amiga playa,
tú te lanzas al mar.
Compré tu posesión, has sido mía
en cuanto la materia puede ser;
¡el alma no se compra en una noche!¹⁵
de mísero placer!

Al dormirte en mis brazos vagó un nombre
por tus candentes labios de rubí:
No era el mío, y al verte sollozando
tu duelo comprendí.²⁰

Aun el inmundo légamo del vicio
no ha manchado del todo tu candor;
aun puede ser tu norte y tu esperanza
la estrella del amor.

Dios acoge la tímida cordera²⁵
que busca arrepentida su redil;
¡vuelve! ¡vuelve a la orilla de tu lago
como yo a mi Genil!

Tal vez halles la calma en las caricias
de tu napolitano pescador;³⁰
¡es tan cara la espléndida diadema
que cuesta el deshonor!

Terciopelos y sedas te engalanan,
los perfumes del nardo y el clavel
saturan esas formas académicas³⁵
que soñó Rafael.

En un lecho de pluma regalado,
bajo rico y flotante pabellón,
te aduermes cuando cubren las estrellas
la olímpica región.⁴⁰

Mas ¿qué vale que en copa de ambrosía
apures las esencias del placer
y brilles como gota de rocío
que el mar ha de sorber?

¡Los mismos que tus ósculos buscaron⁴⁵
trémulos de deseo y de pasión,
no tendrán para ti cuando te olviden
siquiera compasión!

Y cual la rosa que cayó en el polvo
deshojada por ronco vendaval,⁵⁰
cruzarás el camino de la vida
hundida en su arenal.

¡Oh! ¡si vieras cuán bellas a los ojos
son las delicias del pasado bien
cuando no han de tornar, cuando perdidas⁵⁵
para siempre se ven!

¡Cuántas veces ciñendo al breve talle
la rica seda y el ligero tul
habrás dado un suspiro recordando
tu pobre falda azul!⁶⁰

¡Cuántas veces en medio de la orgía,
cuando rebosa el vino en el cristal,
habrán bebido perlas de esos ojos
tus labios de coral!

¡Cuántas veces, en fin, esos placeres⁶⁵
que no pueden llenar tu corazón,

te habrán hecho anhelar los sufrimientos
que trae la expiación!...

¡Ay! vuelve, vuelve a tu tranquilo lago
donde florece el mirto y el laurel,⁷⁰
donde se mece de tu pobre amante
el humilde bajel.

Ahora sueñas tal vez con sus caricias,
no has de hallarme a tu lado al despertar,
soy para ti el relámpago que pasa⁷⁵
y no vuelve a brillar.

Sevilla, 1868

Dstrucción de Nabod

Profecía de Abiathar

Canto bíblico dedicalo a mi amigo el presbítero D. J. J. B.

Y el santo de Israel abrió su mano,

y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

HERRERA

«Hijos espúreos de Israel y Sara,
que os revolvéis en el inmundo cieno,
¡temblad! ¡temblad! de la venganza el ara
pábulo tiene en el sagrado seno.

»El que a Moisés cubrió de etérea lumbre⁵
y en la encendida zarza os dio su ley,
presto la isräelita muchedumbre
castigará como iracundo rey.

»La viva llama del profeta sienta
que el porvenir descifra ante mis ojos,¹⁰
de Dios escucho el irritado acento
que va rodando en los nublados rojos.

»Las altas torres conmovidas gimen,
en su ancha base las murallas dudan,
y unas con otras de terror se oprimen¹⁵
las rudas piedras que su centro escudan.

»¡No habrá piedad! El niño, el triste anciano,
la virgen con su túnica de lino,
caerán bajo la argolla del tirano
y el hierro matador del asesino.²⁰

»¡Varones de Nabod! ¡Torpes matronas!
oíd mi voz profética y tonante,
que hendiendo el mundo por sus anchas zonas
¡muere a los pies de Jehová triunfante!

»¡Oíd!... oíd el belicoso estruendo²⁵
que el monte atruena y por los aires sube,
de hombres y brutos el rumor horrendo
que avanza y truena cual preñada nube.

»¡Mirad!... ¡Mirad!... Ejércitos lucidos
llegando van en maniobra presta;³⁰
ved cómo brillan, por el sol heridos,
escudo, capacete y sobrevesta.

»Negros crestones de ligera pluma
ondean sobre las láminas de acero,
cual en el mar cubierto por la bruma³⁵
los gallardetes del bajel velero.

»Y los arneses al chocar resuenan,
y los corceles sobre espigas trotan,
y el fértil campo las legiones llenan,
y el grano esparcen y la⁽³³⁾ mies azotan.⁴⁰

»¡Tiembra Nabod! Cuando del sol la lumbre
deje en ocaso sus purpúreas rayas,
como la peña desde el alta cumbre
caerán tus orgullosas atalayas.

»Cual el robusto cedro levantado⁴⁵
elévase en sombrosas alamedas,
álzase el rey convulso y agitado
sobre su carro de crujientes ruedas.

»¡Es Saúl!... ¡Es Saúl!... Su regio manto
plegado cubre la brillante cota,⁵⁰
ligero airón teñido de amaranto
sobre su casco reluciente flota.

»Las riendas lleva con airado ceño,
brilla en su diestra la fulmínea espada,
tiemblan los brutos a la voz del dueño⁵⁵
que ronca sube a la región velada.

»Ya el ejército apresta a la batalla,
ya las extrañas máquinas ordena
con que ha de hacer rodar de la muralla
la altiva torre y la elevada almena.⁶⁰

»Ya lo contemplo rápido avanzando,
con fiera saña y fastuosa pompa,
los ricos campos sin piedad talando
al ronco son de la guerrera trompa.

»¡Escuchad!... El espacio ronco atruena⁶⁵
el eco de salvaje gritería,
la máquina conmueve hasta la almena,
y comienza la atroz carnicería.

»El duro pie de la orgullosa torre
tiembra al impulso de gigante empuje,⁷⁰
y aunque Nabod a su defensa corre,
al desplomarse con estruendo cruje.

»Y por la brecha, cual rabiosos canes
que cerca miran azorada cierva,

se lanzan los briosos alazanes⁷⁵
que apenas tocan la menuda yerba.

»¡Oh, pavoroso instante! El sol se oculta
porque su presa el águila no vea,
y el horror con la sombra el miedo abulta,
donde no da su luz la roja tea.⁸⁰

»¡Doncellas, niños, débiles ancianos
llorosos ruegan y llorando mueren!
Del enemigo las sangrientas manos
al indefenso y a la hermosa hieren.

»¡Nabod! ¡Nabod! Tus hijos perecieron,⁸⁵
tus vírgenes llorosas deshonraron,
en el polvo tus torres escondieron,
en la tierra tus templos sepultaron.»

Esto dice el profeta al pueblo Nabodita
leyendo en las tinieblas del hondo porvenir,⁹⁰
y a dar su hogar al fuego severo les incita,
antes que ajena mano lo venga a destruir.

La multitud le escucha, y él fija la mirada
en el ardiente punto por donde escapa el sol,
así exhorta a la turba sumisa y contristada,⁹⁵
envuelto en los reflejos del último arbol:

»¡Seguidme, Naboditas! Rogad al Dios clemente
que guía las palabras y el paso de Abiathar,
¡rogad al que moviendo su mano omnipotente
caballo y caballero hundió en el rojo mar!¹⁰⁰

»Rogad al que templando la arena del desierto
camino placentero al pueblo suyo dio;
maná cuando rogaba de sed y hambre yerto,
consuelo cuando triste consuelo le pidió.

»Rogad al que la peña trocó en sonora fuente¹⁰⁵
y en sierpe venenosa la vara de Moisés,
al Dios que marca el giro de Sirio refulgente,
al Dios que llena el campo de néctar y de mies.

»¡Llorad y arrepentíos! Tal vez de la venganza
la espada fulminante mi Dios retirará,¹¹⁰
tal vez entre arboles el iris de bonanza
en el tendido espacio riente asomará.

»¡Seguidme, Naboditas! Mi súplica ferviente,
al Dios de los ejércitos no ceso de elevar,
al Dios que abriendo un día su mano omnipotente¹¹⁵
caballo y caballero hundió en el rojo mar.»

Año 1867

Al dinero

Poesía leída en el Coliseo Ecijano en Diciembre de 1869

Poderoso caballero
es don Dinero.
QUEVEDO

Puesto que a Juan y Juana y Pedro y Pablo
compuse y descompuse a pura estrofa,
fácil será, vocablo tras vocablo,
un sáfico enjergar de buena estofa;
unas octavas dadas al diablo,⁵
un florido soneto a la alcachofa,
una silva al relámpago pajizo
y una süave erótica al erizo.

Mas fáltame saber, fácil gracejo,
constancia en el poético trabajo,¹⁰
clásicos que además de ser mi espejo
de Helicon señalen el atajo;
fruncir con aire adusto el entrecejo,
tomar la pluma; y el papel debajo,
agarrar a una musa por la trenza,¹⁵
y decir: ven acá, poca vergüenza.

Escribo ya: Al Amor, borro y prosigo;
burlándoseme está la musa aleve.
¿Quién osa recordar al ciego amigo
en el lumbroso siglo diez y nueve?²⁰
Corrijo: A la Verdad, tácholo y sigo.
¿Quién tales aguas en la tierra bebe?
¡A ver! ¡ya di en el quid! ¡¡Oda al Dinero!!
Ya estático me escucha el mundo entero.

Ya desde el perillán sepulturero²⁵
que el cadáver despoja sonriente,
hasta el lánguido prócer altanero
que se reclina en pluma adormeciente;
desde el negro y honrado carbonero
hasta el blanco y vicioso adolescente,³⁰
sin escuchar envidia dicen quiero,
que es un albur de mágico el dinero.

Bello es cantar las márgenes del río
con su alfombra de frutos y de flores,

salpicadas con gotas de rocío³⁵
de una aurora de tibios resplandores;
bello es cantar las tardes del estío
con sus nubes de trémulos colores;
bello es cantar las noches estrelladas
de misteriosas sombras adornadas.⁴⁰

Bello es cantar la suspirante boca
de una virgen de negra cabellera,
en cuyo labio, que al amor provoca,
puso Venus su púrpura hechicera;
que hace brotar los lirios cuando loca⁴⁵
con su ligera planta la ribera;
y retirar al sol sus rayos rojos,
porque son más oscuros que sus ojos.

Bello es cantar la luz, la flor, el ave,
el mar con sus espumas y sus olas,⁵⁰
del Véspero la ráfaga suave
que va besando espigas y amapolas;
esto es bello y poético, y se sabe
qué dio laurel a Lamartine y Arolas;
pero es más provechoso a lo que infiero,⁵⁵
que las estrofas suenen a dinero.

Tal vez alguna candorosa oveja
que no conozca más que su manada,
fruncirá con desdén la fina ceja
de mi prosaico acento disgustada;⁶⁰
pero si esto lo escucha alguna vieja
que esté ya por el lobo amaestrada,
os dirá que el mejor de esos poetas
no vale en buena venta tres pesetas.

¡Oh dinero! Alcahuete deslumbrante,⁶⁵
que cubres cual la capa del Demonio
las faltas de la joven intrigante
que se lanza a buscar un matrimonio;
que tornas en cuadrúpedo constante
al bípedo que huele un patrimonio;⁷⁰
mi arpa canta tus caras y tus cruces
desde mis hondos valles andaluces.

Oigo la voz del mundo alborozado
atento a este metálico repique;
a todos place el círculo dorado,⁷⁵
sea el busto de Isabel o de Felipe;
quitad al mundo el Dios que se ha forjado
y habréis echado su cimiento a pique;
que aun se estrechan temblando las naciones

porque sonaron tres napoleones.80

¡Dinero! Que se sacie mi codicia,
a coro clama la insaciable gente;
¡vendemos vida, amor, honor, justicia!
Para calmar nuestra ambición ardiente;
¿llamas vicio a la usura y la avaricia?85
Loco estás, buen amigo, enteramente;
¡si la virtud se cambia por dinero!
¿Serás más cuerdo tú que el mundo entero?

La muerte es desear, la vida el oro,
puesto que sacia el goce y el deseo,90
no hay son más incitante ni sonoro
que el choque del metal del fariseo;
y aunque después derrame turbio lloro
ahogándose en las aguas del Leteo,
el mundo clama en su delirio fiero:95
¡Al Diablo la virtud, venga dinero!
Año 1869

Las hojas secas
A la eminente trágica Carolina Civili, en su álbum

Cuando en la tarde del Otoño triste
baja el sol entre púrpura a las ondas,
el céfiro que juega por las selvas
hace caer las amarillas hojas.

Ya con soplo apacible las esparce,5
ya entre el césped menudo las coloca,
ya poco a poco las reúne en grupos
haciéndolas crujir unas con otras.

Ya vuelan entre el polvo como nubes
de doradas y sueltas mariposas,10
o ya suben y bajan por el éter
como insectos fantásticos de sombra.

Y revueltas en círculo las abre,
y las hace volar hacia las rocas,
hasta que al fin las sume en el torrente15
haciéndolas juguete de las olas.

Así tú, Carolina, nos impeles,
como el soplo del céfiro las hojas...
De torbellinos de placer y amores

a precipicios de amargura y sombra.²⁰

Cuando lo quieres el afán concluye,
cuando lo quieres el pesar se colma;
si a ti te place nuestro llanto surge,
si a ti te place nuestra risa brota.

Cuando tu mano trémula sostiene²⁵
el puñal o el veneno de los Borgias,
o tus labios desprecian los placeres
de las nobles impúdicas de Roma;

ya luches con los césares altivos,
ya tengas las diademas por alfombras,³⁰
ya sufras los tormentos de Estuarda
o las tiernas angustias de Sofronia,

siempre dóciles giran al impulso
de las pasiones que inspirada copias,
los corazones que tu voz conmueve³⁵
y que ante ti sin voluntad se postran.

Yo, pobre trovador que en este valle
por tí arranco al laúd candentes notas,
y veo tu imagen al nacer la luna,
y al despuntar las luces de la aurora,⁴⁰

no tengo una corona de rubíes,
y así de Pensamientos la corona
te ofrezco, que en mis débiles cantares
dejó⁽³⁴⁾ de tus encantos la memoria.
Año 1868

En la catedral de Sevilla
A mi querido amigo D. Aurelio Orduña

¿Quién es Dios? ¿Dónde está?
ESPRONCEDA

Ya declina la tarde: en torno mío
se revuelven las sombras,
escalando los góticos pilares
del silencioso templo;
esparcen oscilando⁵
las lámparas sus trémulos fulgores,
y los rayos del sol que va espirando
se quiebran en los vidrios de colores.

Larga fila de fúnebres fantasmas
que esconden sus cabezas en un cielo¹⁰
de tinieblas profundo,
semejan las arcadas,
que se elevan titánicas del suelo
cual si pugnaran por dejar el mundo.

Quéjase el pavimento¹⁵
del pie que hiere las heladas losas
con punzante gemido,
y las sombrías bóvedas medrosas
repiten el rüido.

Desparecieron las purpúreas luces²⁰
que bañaron las rosas y los lirios;
ya se destacan las sombrías cruces
al fulgor misterioso de los cirios.
Las imágenes quieren desprenderse
del lazo que las une a sus altares,²⁵
y veo sombras fantásticas mecerse
en cúpulas, ojivas y pilares.

No turba un solo eco
la apacible quietud de esta morada,
sólo allá entre los altos rosetones³⁰
cecea la lechuza acurrucada;
y el monstruoso engendro de la sombra
tiende en ella sus alas puntiagudas
con revueltas extrañas,
despareciendo rápido en los antros³⁵
donde sus telas urden las arañas.
El toque de oración de la campana
en la torre no zumba,
ni apagando levítica plegaria
el órgano retumba⁴⁰
bajo la inmensa nave solitaria.

El silencio es el huésped misterioso
que el sacro asilo mora;
sólo el reloj, que gira sin reposo,
lucha con él al señalar la hora;⁴⁵
y repitiendo el golpe compasado
con sarcasmo profundo,
va sumiendo en el lago del pasado
las horas que desprecia el pobre mundo.

¡Tinieblas, soledad, mármoles fríos,⁵⁰
trémulas luces que brilláis lejanas
en ángulos sombríos,
como estrellas livianas,
que allá desaparecieron,
polvo de los que fueron,⁵⁵
ved donde van los pensamientos míos!

¿Por qué, en este recinto

donde no llegan nunca los rumores
del mundo revoltoso,
donde el misterio a la oración convida,⁶⁰
no halla siempre reposo
el viajero cansado de la vida?

¿Por qué aun bajo estas bóvedas,
mudas como la losa del sepulcro,
forja el mortal candentes ilusiones⁶⁵
y no logra acallar el alarido
que alza en su seno el mar de las pasiones?

Aquí estoy, a los pies de un crucifijo,
envuelto en las tinieblas indecisas;
al Eterno mis súplicas dirijo⁷⁰
con el perfume de las sacras brisas,
y lucho aún, y vienen los recuerdos
de dichas que pasaron
a desgarrar mi pecho dolorido,
y no logro evocar en mis plegarias⁷⁵
la misteriosa virgen del olvido.

¿Dónde están los placeros
que forja la ilusión? ¿Dónde la dicha,
tras la que corre el hombre presuroso?
¿Dónde la gloria? ¿Dónde⁸⁰
la eterna fuente de Verdad se esconde?

En vano aquí rendido
llego a las puertas de la fe, mi alma
no puede hallar la calma
aunque suena su cántico en mi oído.⁸⁵
El árido desierto que he cruzado
mi planta ensangrentó con sus abrojos,
y tanto ¡ay! he llorado,
que ya no tienen lágrimas mis ojos.

¡Quiero creer! ¡Yo ansío⁹⁰
la luz de la verdad! Cuando en presencia
de Dios nos encontramos,
siendo el único juez nuestra conciencia,
las úlceras más hondas confesamos.

Trémulo he interrogado a las estrellas,⁹⁵
al sol radioso que en oriente arde,
a esas creaciones múltiples y bellas
que cubre con sus besos por la tarde;
a cuanto vive en torno,
a cuanto yace en el profundo abismo;¹⁰⁰
a esta llama increada
que siento arder espléndida en mí mismo;
y al darme una respuesta misteriosa
cuya razón a descifrar no acierto,
he inclinado la frente fatigosa¹⁰⁵
creyendo siempre que soñé despierto.

¡Cuántas veces al pie de esos altares,
cuando el rumor del día es más escaso
y los rayos solares
caminan entre púrpura al ocaso,110
luchando con la esfinge de la duda
que en un ángulo oscuro se mecía
así ante los sepulcros
tristemente decía!...
-¿Qué hay detrás de la muerte?115
¿Qué hay antes de la vida?
¿Qué término nos fija allá la suerte?
¿Cuál es del alma el punto de partida?-
Y temblando esperaba
que alzándose las piedras sepulcrales,120
respondieran las sombras
a estas preguntas tristes y fatales.
¡Vana esperanza! Fijos
los mármoles yacían
sobre el humano polvo que cubrían;125
y en tanto que la duda
bajaba a darme recelosa ayuda,
la oración escapaba
y una incrédula frase suspiraba.
Hoy no vengo a arrancar a esos sepulcros130
el misterioso arcano de la muerte,
ni a implorar del Eterno
la clave ignota de la humana suerte;
hoy tan sólo cansado, dolorido,
y ansiando un puerto de segura calma,135
vengo a buscar aquí la paz del alma
y la flor sin perfumes del olvido.
¡Mas inútil afán! De las pasiones
también aquí penetra el sordo acento,
también en la quietud del santuario140
truenan la voz del mundo turbulento.
En vano mis plegarias
al Eterno dirijo,
perdido en estas naves solitarias,
arrodillado al pie de un crucifijo.145
Vuelvo a caer bajo la garra aguda
de la helada razón y la experiencia,
y no deja el demonio de la duda
reinar la fe y la paz en mi conciencia.
Año 1869

Una esperanza perdida
A mi simpática amiga Lola

Mentira son sus amores
mentira son sus victorias,
y son mentira sus glorias
y mentira su ilusión.
ESPRONCEDA

- I -

Si una kadsida moruna
no suena en el arpa mía,
lánguida como la luna
al bañarse en la laguna
cuando va muriendo el día;5

si de sus cuerdas de oro
no arranco plácido son,
como el eco del ¡te adoro!
que lleva el viento sonoro
al entreabierto balcón,10

es porque en esa sonrisa
que vaga en tus labios rojos,
acre llanto se divisa;
es que desmiente a esa risa
la tristeza de tus ojos.15

Tal vez, Lola, bien no acierte
a descifrar ese arcano;
tal vez por no comprenderte
amarga cicuta vierte
sobre este papel mi mano.20

Mas si acaso el triste canto
te duele del arpa herida,
si te hace saltar el llanto
el doloroso quebranto
de una esperanza perdida,25

te mostraré de este suelo
mentiras, no realidades,
que son el triste consuelo
que templan el hondo duelo
de sus amargas verdades.30

Que yo sé lo que es amor,
y sé lo que tú padeces,
y sé lo que es el dolor,
y he apurado muchas veces
la copa del sinsabor....35

¡Amor!... celeste perfume
que las almas embriaga,
que dos en una consume,
que esta vida réasume
y hasta en lo infinito vaga.40

Astro de trémula aurora
que hiende la húmeda bruma,
regia perla de Bassora
que incita a la pescadora
escondida entre la espuma.45

Sueño de noche de estío,
dulce como el murmurar
de las ondas de ese río,
que por el bosque sombrío
va caminando hacia el mar.50

Cuando tu aroma aspiramos,
cuando tus goces sentimos;
cuando tu néctar libamos,
tan dichosos nos hallamos
como desdichados fuimos.55

Porque el amor es la vida
como el hastío la muerte,
porque el alma embebecida
amando, vuela atrevida
y en águila se convierte.60

Águila que desde el prado
tendiendo su regio vuelo
por el ámbito aromado,
cruza el éter azulado
y va a perderse en el cielo.65

Tal es el amor, Dolores,
en su grata primavera,
cuando viene a ornar de flores
y a bañar con sus colores
el alma por vez primera.70

Cuando el corazón se lanza
en ese edén prometido,
cuando no se nos alcanza
que pedirá la esperanza
el bálsamo del olvido.75

- II -

Mas permite que mude, Lola hermosa,

las luces de mi mágica linterna,
y cambie por su lámpara de rosa
la luz de la verdad que nos gobierna.
Si su vista te fuera dolorosa⁸⁰
cambiaré acto continuo de lucerna,
que es tan fértil su cámara en colores
como el mundo en mentiras y dolores.

Lola, cuando venimos a la vida
tranquilo el corazón, de gozo henchido,⁸⁵
todo a goces y amores nos convida,
todo de rosa y oro está vestido;
ni una sola ilusión desvanecida
arranca al corazón triste quejido;
que cruzamos el mundo dilatado⁹⁰
como el ave marina el mar salado.

La hermosura del valle nos encanta,
la claridad del sol nos extasía,
el ave amante que en las ramas canta
y de la flor la plácida ambrosía;⁹⁵
la luna que entre nubes se levanta
cuando cayendo va el tranquilo día,
la blanca estrella que a lo lejos arde
con las últimas luces de la tarde.

Mas pasa la ilusión con sus placeres¹⁰⁰
al pasar esas horas de la infancia,
y viene a regalarnos padeceres
de la suerte la frívola inconstancia;
como la espiga que llenara Ceres
de granos áureos y sutil fragancia,¹⁰⁵
que ve caer sus galas seductoras
al golpe de las hoces segadoras.

Mentira fue el amor que nos forjamos,
mentira la amistad que nos tuvieron,
las dichas que al soñar acariciamos¹¹⁰
como sombras fantásticas huyeron;
mentira los placeres que gozamos,
mentira las delicias que trajeron,
mentira hasta lo mismo que sufrimos,
mentira hasta el espacio en que vivimos.¹¹⁵

La esperanza al dejarnos su abandono
trueca nuestro placer por sus dolores,
y al tocar de la suerte el rudo encono
lloramos de su ausencia los rigores;
(mas quiero a mi placer mudar de tono,¹²⁰
y no has de murmurar, bella Dolores,

porque cambie la octava por romance
antes que me suceda algún percance.

- III -

Lola, digo (y no te enfades
porque no diga Dolores,125
pues para empezar romances
es asaz largo ese nombre)

que ambos vamos por la senda
de matizados colores...

Esa senda de la villa130
a que llaman ilusiones.

Yo, por suerte, voy delante
y he cruzado a Sur y Norte
ese camino engañoso
que hasta el fin no se conoce.135

Por eso quiero mostrarte
sus resbaladizos cortes,
sus simas de abrojos llenas
aunque cubiertas de flores;

Fulano quiere a Fulana;140
Fulana, que lo conoce,
mira, inspecciona y comenta
si conviene nuestro hombre.

No importa que zafio sea,
lo que importa es el importe,145
y en teniendo peluconas
hay doradas ilusiones.

Esto es cuestión de garbanzos,
que con amor no se come,
y el que no come no vive150
aunque ame por cien, Dolores.

Amor tuvo en otras épocas
mil cumplidos campeones,
hablen Orlandos y Cides
y otros apuestos varones;155

mas en el siglo del gas,
del buen tono y los doblones,
eso está ya tan gastado
como el corazón del hombre.

No hay cosa que no se venda,160
no hay cosa que no se compre,
que el oro ablanda el diamante
y doma el mármol y el bronce.

De aquí nace claramente
sin clásicas sinrazones,165
que el hombre compra mujeres
y la mujer compra hombres.

En esta compra va implícito
el amor que él atesore,

como ella a más del cariño170
remolca el ansiado dote.

Murmurarán los románticos,
harán asco los que lloren
sus perdidas esperanzas
y perdidas ilusiones;175

mas el mundo, que no cura
de llanto y lamentaciones,
seguirá siempre en sus trece
aunque lo manden catorce.

Virtud, es palabra vana,180
pasión, es cosa de zotes,
amistad, menos que nada,
menos que cero ilusiones.

Así pues: por esta senda
que ambos cruzamos, Dolores,185
todo lo que hermoso miras
tiene su perfil deforme.

Me dijiste cierto día
(mejor dicho, cierta noche)
que a tu esperanza perdida190
dedicara unos renglones.

Yo te complazco y te digo
que esos sueños no deploras,
porque llorarás mentiras
que no merecen las llores.195
Año 1867

La batelera

Balada

Para el álbum de mi joven amigo Juan Pérez

-La luna besa tu blanca frente,
¿por qué no dejas que yo la bese
después de darte mi corazón?
¿Crees que los rayos de ese astro hermoso,
que impunemente tocan tu rostro5
serán más puros que mi pasión?
¡Ay, batelera napolitana,
por Dios no bajas a tu cabaña
sin que me dejes tocar tu sien!
¡La luna besa tu blanca frente!10
¿Por qué no dejas que yo la bese,
si eres mi vida, mi único bien?...
-Porque la luna besa mi frente,
¡ay! yo no quiero que tú la beses

aunque perdiera tu corazón;15
porque los rayos de ese astro hermoso,
que impunemente tocan mi rostro,
caricias sólo del cielo son.
Tu mano arde, tu aliento quema,
¡ay, tus caricias son de la tierra,20
como ella pueden desaparecer!
Y por los goces perecederos,
que con sus galas viste el deseo,
jamás mis lágrimas han de correr.
Año 1870

A Cástulo

A mi amigo D. Juan Llorente

Cástulo; si el espíritu maligno
que la cuadriga estúpida dirige
de este siglo de máscaras indigno
sopla mi trompa, y el sarcasmo elige,
no me motejes de impostor artero,5
pues ya sabes quién dijo lo que dije.
La pluma en el diabólico tintero
a mi pesar empapo, pues la diestra
me oprime con sus músculos de acero;
y no se ha de extrañar, si en su siniestra10
mala intención y redomadas mañas,
saca lo más secreto a la palestra.
No diré a la verdad cosas extrañas,
pues que serán secretos mundanales
que son más realidades que patrañas.15
¡Secretos! Pues los callan los mortales
aunque sepan demás uno por uno
su número con pelos y señales.
Mas un temor involuntario aduno:
¿Hosco el semblante escuchará la gente20
mi canto, en realidades importuno?
¿Cómo decir al general valiente
que en mil batallas ocultó su miedo,
que es farsa ese valor enteramente?
¿Cómo decir al que destroza el credo25
de oscura iglesia en ángulo apartado,
la bóveda atronando con denuedo,
que ese golpe de pecho compasado,
que esas cuentas que bañan turbio lloro,
es de hipócrita fe traje robado?30
¿Cómo decir al que apilando el oro
forma de pobres chozas real morada

y del sudor ajeno su tesoro,
que esa regia techumbre artesonada,
que esa cúpula y pórtico labrado³⁵
es del robo la fruta sazónada?

Y en fin, ¿cómo decir al potentado
que altivo con su título se mofa,
del que no recibió favor del hado,
que un gitano cualquiera es de su estofa,⁴⁰
coma el uno faisán en áurea fuente
y el otro cebollinos y alcachofa?

Dirás que es la verdad pura y patente:
Mas ¿qué importa en el siglo de las luces
la verdad sin ropajes a la gente?⁴⁵

La rapiña se cubre con las cruces,
la vida libertina con buen tono,
el gallego con trajes andaluces;
de bardo se disfrazaba cualquier mono,
cualquier asno de clásico y de crítico,⁵⁰
de doctor el gazzápiro colono;
el tahúr cortesano de político,
el bolsista de honrado patriota,
de liberal filántropo el raquíptico.

¿No juzgas, caro Cástulo, chacota,⁵⁵
entre piélagos tales de mentira,
hallar de la verdad la fuente ignota?

Si de lo mucho que a tu lado gira
algo sin dolo por ventura viste,
dímelo y presto pulsaré la lira.⁶⁰

Amor no busques, que si acaso existe,
es a esa cosa que dinero llaman
y que de rica posición reviste.

Sólo al orgullo las mujeres aman,
y aunque doliente el corazón se queja,⁶⁵
por oro viven y por oro claman.

De hermosa joven o coqueta vieja,
amante bruto con cuantioso dote
jamás en vano molestó la oreja.

Pues aunque en vez de enamorarlas bote,⁷⁰
suplen las onzas que apiló su abuelo
lo que él adune de maligno zote.

Si quieres gloria sin marcharle al cielo,
habla y adula al que poder alcance
para que pique tu servil anzuelo.⁷⁵

Nunca envidié tan peligroso trance,
que es una gloria por infierno dada
y en él la trocará el menor percance.

Amistad es también fruta vedada,
amigos mil te estrecharán la mano⁸⁰
para darte en la sombra una estocada;
que son tal vez como el rapaz milano,

que oprime al ave con su corva garra
antes que pose en el florido llano.

¡Honor! ¡Ni en el escudo de Navarra⁸⁵
encontrarás un átomo siquiera
aunque cuentes los motes de su barra!

Que ya puede un mulato cualesquiera,
alquilar por su dádiva el derecho
de pintar en su coche una pantera.⁹⁰

¡Justicia! Húyete el bulto a tal acecho,
que es ese foro que igualdad pregona,
embudo siempre para el pobre estrecho.

Nunca en el prócer su furor encona,
que es buen calmante al judicial pleonasma⁹⁵
la antigua y reluciente pelucona...

Mas vislumbro en tu rostro impreso el pasmo
que te causa el que meta las narices
donde no las metiera el sabio Erasmo.

Y jurara en mi fe, que entre ti dices¹⁰⁰
que esas trampas del mundo son castigo
único de los necios e infelices;

yo, por mí, ni condeno ni maldigo,
que es, Cástulo, el espíritu mundano
el que me sopla y dice lo que digo.¹⁰⁵

Y pues libre me deja ya la mano
y retira el diabólico tintero,
dejo aquí el canto cáustico y sincero
antes que lo moteje algún villano.

Año 1868

La orgía en el Tíber.

Romance

A mi buen amigo D. Vicente Aceña

- I -

Cruzando va por el Tíber,
a la luz de las estrellas,
con el pabellón cerrado
la góndola de Lucrecia.

El escudo de los Borgias⁵
con sus flámulas no ondea,
aunque en su cámara oculta
a la noble aventurera,
que cuando a vedados goces
en el misterio se entrega,¹⁰

con una máscara infame
su faz y su nombre vela.
Silenciosos gondoleros

con antifaces de seda,
envueltos en sus tabardos¹⁵
desde los asientos reman,
y aunque a expiar el misterio
sale la luna indiscreta,
en capas y cortinajes
sus tibios rayos se estrellan.²⁰
Bajo el cielo de la Italia,
era una noche serena,
limpia como la mirada
de una tímida doncella,
duerme la lúbrica Roma²⁵
cansada de sus flaquezas,
en el regazo de Venus
doblando la frente regia,
y sólo algún condottiero
o alguna donna hechicera,³⁰
un puñal o una caricia
aguzan en las tinieblas.
Es la hora en que a la orgía,
sobre las aguas serenas
del Tíber, en leves góndolas³⁵
las cortesanas se aprestan.
De los arcos de Sant Angelo
como fantasmas se alejan,
a favor de la corriente
buscando orillas desiertas,⁴⁰
esquivando siempre unas
pasar de las otras cerca,
rápidas como delfines
que en las ondas juguetean.
En el fondo de las cámaras⁴⁵
voces y músicas suenan,
y aunque los ojos no ven
a través de las espesas
cortinas, lo que se oculta
en sus recónditas celdas,⁵⁰
si al pasar alguna góndola
algún curioso la observa,
y señala sonriendo
desde la suya la ajena,
al atisbar dos amantes⁵⁵
es probable que sorprenda
en los rumores un beso
y una lágrima en la estela.

- II -

Al avanzar por el Tíber
la góndola de Lucrecia,⁶⁰
un batel de pescadores

se deslizó junto a ella.
En él una barcarola
entona la batelera,
que en los brazos de su esposo⁶⁵
torna alegre de la pesca.
Es la blanda barcarola
la canción de las sirenas,
y la hermosa pescadora
puede competir con ellas;⁷⁰
perdiéndose van las notas
en la atmósfera serena,
entre el arrullo tranquilo
de las aguas lisonjeras,
y robándolas la brisa⁷⁵
entre sus alas las(35) lleva
a la cámara flotante
donde descansa Lucrecia.

- III -

Desnudo el mórbido pecho
y el cabello destrenzado,⁸⁰
flojo el cinturón estrecho
de su justillo azulado.
Copiando el cuadro asqueroso
de las bacantes de Grecia,
va entre un grupo licencioso⁸⁵
la cortesana Lucrecia.
Corre el ardiente licor
en las copas de cristal,
y no hay púdico cendal
que ponga valla al amor.⁹⁰
La góndola es torpe foco
de misterios sensuales,
por eso allí los cendales
son tenidos en tan poco...
En uno de esos momentos⁹⁵
de extraña melancolía,
que traen los remordimientos
a los brazos de la orgía,
cuando Lucrecia retira
del vaso la torpe mano,¹⁰⁰
y entre sus labios espira
un beso de amor liviano:
Oyó el ardiente cantar
de la joven batelera,
que la vino a acariciar¹⁰⁵
con la brisa pasajera.
-¡Oh qué voz tan deliciosa!-
Dijo, alzándose anhelante
y levantando afanosa

el cortinaje ondulante...110
-¡Remeros, venid a mí;
largad la lancha ligera
y esa joven batelera
traed sin excusa aquí!...

- IV -

Una lanchilla ligera115
tripulada por dos sombras,
se deslizó sobre el río
del costado de la góndola;
y dando caza al batel
donde va la pescadora,120
cumplió en silencio las órdenes
que diera Lucrecia Borgia.

- V -

En su mejilla nublado
el cielo de la alegría,
y en brazos de un embozado125
que profana desalmado
su boca pálida y fría,

la inocente pescadora
va convulsa y agitada;
¡ay! ya no canta ni llora,130
su voz alegre y sonora
se apagó con su mirada.

Allá queda el pescador
amarrado a su batel;
inútil es su furor,135
demanda al cielo favor
y el cielo se burla de él.

Ya la barca silenciosa
llena su misión tirana,
vuelve con la niña hermosa140
por cuya voz deliciosa
Lucrecia tanto se afana.

Ya la góndola ha tocado,
ya sube sobre cubierta
el raptor enmascarado,145
por el cebo aguijonado
de una recompensa cierta.

Lucrecia, que ansiosa espera
entre sus gentes erguida,
ve a la joven batelera,150

que cual náyade hechicera
está al parecer dormida.

Y su oído delicado
aplicando inquieta al pecho
por el lino mal velado,155
oyó un latido apagado
bajo su justillo estrecho.

Haciéndola respirar
de un pomo de pura esencia
la emanación de azahar,160
hizo a la niña tornar
al caos de la existencia.

Volvió de nuevo la vida
a encender sus negros ojos,
y su faz descolorida165
fue poco a poco teñida
por leves matices rojos.

Un ¡ay! de triunfo lanzó
la caprichosa romana,
en sus brazos la estrecho,170
y así riendo exclamó
con frase torpe y liviana:

«Pobre pescadorcilla de la ribera,
no llores por tus redes ni por tus velas;
que los placeres175
a la choza que habitas nunca descenden.

»Tú eres flor de los valles, que no perfumas
más que los pobres riscos que te circundan;
ave marina,
que nunca ha respirado más que esta brisa.180

»¡Ven, yo tengo un palacio con suntuosas
cámaras, saturadas de nardo y rosa;
nido de amores
donde se va la vida libando goces.

»Ven, cubriré tus hombros de tul ligero,185
y con sartas de perlas tu airoso cuello;
tu breve talle
encerraré en costosa prisión de encaje.

»Mi hermana en los placeres, será tu vida
una larga cadena de amor y orgías.190
¡Para tus duelos

en cristalinas copas bulle Falerno!

»Los apuestos donceles de nuestra Roma
arrullarán tu sueño con dulces trovas;
y el que prefieras¹⁹⁵
lo llevarás al lecho desde la reja.

»Sólo el placer su solio tiene en mi alcázar.
¿Qué es la vida sin goces? ¡Fuente sin agua!
¡Concha sin perlas!
¡Limonero sin fruto, flor sin esencia!»²⁰⁰

Dijo Lucrecia, acercando
una copa embriagadora
a la joven pescadora,
que airada la rehusó:
Y grande, heroica, magnífica²⁰⁵
como una mártir cristiana,
así a la noble romana
indignada respondió:

«Guardad vuestros encajes y terciopelos
y no ciñáis con perlas mi pobre cuello,²¹⁰
que a mí me sobra
con las humildes galas que hay en mi choza.

»Guardad vuestro palacio, mansión del vicio,
que yo prefiero el valle donde he nacido
a esa morada²¹⁵
de bajos palaciegos y cortesanas.

»Si es la vida sin goces fuente sin agua,
la vida sin la honra es turbia charca,
¡la gran señora
tal vez envidie al cabo la pobre choza!»²²⁰

»¡Vos, que en perpetua orgía perdéis los años,
decidme si la dicha habéis hallado;
o si hay Falerno
que ahogue los tenebrosos remordimientos!

»Esposa soy honrada, el pobre lecho²²⁵
de mi adorado esposo guardaré ileso...
¡Mirad señora
lo que para la honrada vale la honra!»

Calló la niña, separó convulsa
el tapiz que la cámara cubría,²³⁰
en tanto que Lucrecia enmudecía
presa de extraña y súbita emoción:

Y antes que detenerla los remeros
pudieran, arrojose en el abismo,
en un raptó de místico heroísmo²³⁵
buscando peligrosa salvación.

Flotó un instante su movible falda
sobre el profundo Tíber silencioso,
y un rayo de la luna misterioso
se quebró con las olas de zafir.²⁴⁰

Y siguiendo la góndola su rumbo
sobre las aguas mudas y livianas,
el rumor de las cítaras romanas
volvió el eco lejano a repetir.

Año 1869

A un crítico
Soneto único

Dícenme que denuestras a mi musa
sin el menor asomo de respeto,
por esquivar el clásico soneto
que todo vate por difícil usa:

Razón de tal valer no admite excusa,⁵
yo ratifico el concienzudo veto,
y resarcir la falta te prometo
si el rebelde laúd no lo rehúsa.

Diversos cobijaba en mi carpeta,
que tal vez los prohija con descoco¹⁰
algún alto erudito a la violeta;

mas yo no peco y tu indulgencia invoco,
pues ha tiempo que dijo un buen poeta
que para muestra y de lo malo poco.

Año 1870

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

